

Los perezosos

CHARLES DICKENS

WILKIE COLLINS



Lectulandia

En 1857, Charles Dickens y Wilkie Collins se pusieron a escribir una historia a cuatro manos. El resultado fue esta divertida novela protagonizada por dos profesionales del ocio, dos amigos cuya holgazanería constituye un paradójico acto de rebeldía en una Inglaterra victoriana que ensalzaba la diligencia y la productividad como virtudes rectoras.

Como el Bartleby de Herman Melville, el dúo cómico formado por Thomas Idle y Francis Goodchild preferiría no hacer nada, o al menos nada que comporte un esfuerzo demasiado oneroso. Aun así, hilarantes aunque modestas aventuras les salen al paso en sus viajes por los pueblos de Inglaterra. La ascensión de una montaña, un día en las carreras de caballos, un partido de críquet, un trayecto en ferrocarril o la visita a un balneario; hasta la actividad más anodina puede propiciar el encuentro con personajes pintorescos y situaciones disparatadas que acabarán por reafirmar a Thomas Idle en su resolución de «no volver a ser activo nunca más, bajo ningún pretexto y por todo el tiempo que le quedara de vida».

Esta deliciosa novela de espíritu cervantino da rienda suelta, a través de digresiones e historias intercaladas, a lo mejor de cada autor: el realismo lírico y la sátira social de Dickens, el misterio y el suspense que con tanto éxito cultivó Collins.

Charles Dickens & Wilkie Collins

Los perezosos

ePub r1.0

Titivillus 15-02-2020

Título original: *The Lazy Tour of Two Idle Apprentices*

Charles Dickens & Wilkie Collins, 1857

Traducción: Jordi Gubern

Diseño de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Dos caballeros en Londres* (1907), Bill Nelson

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Capítulo 1

En el ya otoñal mes de septiembre de 1857, época en que se inician estos acontecimientos, dos aprendices holgazanes, exhaustos por el largo y caluroso verano y por el largo y caluroso trabajo que el verano les había deparado, desertaron de sus obligaciones. Ambos estaban al servicio de una dama de altos méritos (llamada Literatura), cuyo amplio crédito y sólida reputación, sin embargo, y ello debe reconocerse, no gozan en la City londinense de la elevada estima que en justicia les correspondería. El hecho es más notable todavía si se tiene en cuenta que en aquel distrito nada hay en contra de la citada dama, sino más bien lo contrario, pues su familia ha prestado eminentes servicios a muchos vecinos de Londres hoy famosos. Bastaría con mencionar a *sir* William Walworth, lord mayor durante el reinado de Ricardo II, en la época de la insurrección de Wat Tyler, y a *sir* Richard Whittington^[1], distinguido caballero y magistrado que contrajo una deuda indudable con la familia de la dama por el regalo de su célebre gato. Existen incluso poderosas razones para suponer que el personal de Highgate hizo sonar con sus propias manos las campanas por él.

Los descarriados jóvenes que de aquel modo eludieron sus deberes hacia la señora cuyos múltiples favores habían recibido, actuaban movidos por la vil idea de emprender un viaje realmente ocioso a cualquier parte. No tenían intención de dirigirse a ningún sitio en particular; no querían ver nada, no querían conocer nada, no querían aprender nada, no querían hacer nada. Lo único que querían era permanecer ociosos.

Tomaron los nombres de Thomas Idle y Francis Goodchild inspirados en las viñetas de Hogarth; pero no existía entre ellos ni un ápice de diferencia moral, y ambos eran holgazanes en grado sumo.

Lo que, sin embargo, sí había entre Francis y Thomas era la siguiente diferencia de carácter: Goodchild era laboriosamente perezoso, y habría afrontado toda clase de penas y fatigas para demostrarse a sí mismo su propia holgazanería; en definitiva, no tenía otra idea mejor de la ociosidad sino la de que era una laboriosidad inútil. Thomas Idle, por su parte, era un holgazán al

más puro estilo irlandés o napolitano; un holgazán pasivo, un holgazán innato, un holgazán consecuente, que practicaba lo que habría predicado de no haber sido demasiado holgazán para predicar; un completo y perfecto crisólito de holgazanería.

Los dos aprendices holgazanes se encontraron, a las pocas horas de su escapada, caminando por el norte de Inglaterra. Es decir, Thomas estaba tendido en un prado, viendo pasar los trenes por un distante viaducto, lo cual respondía a su idea de lo que significaba caminar hacia el norte; mientras que Francis había caminado apresuradamente una milla en dirección sur, que era su idea de caminar hacia el norte. Entre una cosa y otra se les fue el día y los hitos previstos quedaron sin conquistar.

—Tom —dijo Goodchild—, el sol está muy bajo. ¡Levántate! ¡Sigamos!

—¡Ni hablar! —replicó Thomas Idle—. No he terminado todavía con mi «Annie Laurie».

Y procedió a cantar la ociosa pero popular balada así titulada, según la cual, por la amable doncella de tal nombre, uno se dejaría morir.

—¡Menudo estúpido era ese sujeto! —exclamó Goodchild, con el amargo énfasis del desdén.

—¿Qué sujeto? —preguntó Thomas Idle.

—El sujeto de tu canción. ¡Dejarse morir! ¡Qué bien quedaría ante la muchacha si hiciera eso! ¡Un pobre llorón! ¿Por qué no salir a golpearle la cabeza a alguien?

—¿A quién? —inquirió Thomas Idle.

—A cualquiera. ¡Cualquiera sería mejor que nadie! Si yo cayese en un estado mental así por causa de una muchacha, ¿crees tú que me dejaría morir? No, señor —prosiguió Goodchild, expresando su menosprecio al estilo escocés—: saldría por ahí y golpearía a alguien. ¿Tú no?

—Yo no querría saber nada de ella —bostezó Thomas Idle—. ¿Por qué buscarse tantas complicaciones?

—Enamorarse no es buscarse complicaciones, Tom —dijo Goodchild sacudiendo la cabeza.

—Ya es suficiente molestia salir del lío una vez que te has metido en él —replicó Tom—, de modo que lo que yo hago es mantenerme siempre fuera. Y sería mejor para ti que hicieras lo mismo.

El señor Goodchild, que siempre está enamorado de alguien, y con no poca frecuencia de varias mujeres a la vez, se abstuvo de contestar. Exhaló un suspiro del tipo que la clase baja llama «golpe de fuelle», y a continuación, poniendo en pie al señor Idle (que estaba muy lejos de la pesadumbre que el

suspiro de su amigo había expresado), le instigó a seguir camino hacia el norte.

Ambos habían despachado por tren su equipaje personal: sólo se quedaron con una mochila cada uno. Idle se dedicaba ahora a lamentarse constantemente de no haber tomado ellos mismos el tren, cuyo recorrido seguía en las intrincadas páginas de la *Guía Bradshaw*, comprobando dónde estaría ahora, y dónde más adelante, y dónde después, y preguntando qué sentido tenía caminar cuando se podía viajar a una velocidad como aquélla. ¿Se trataba de ver el paisaje? Si ése era el propósito, bastaba con mirar por las ventanillas del vagón. Había mucho más que ver desde allí que desde aquí. Por otra parte, ¿quién quería ver el paisaje? Nadie. Y además, ¿quién caminaba de verdad? Nadie. Los tipos que presumían de caminar nunca llegaban a hacerlo. Regresaban y decían que sí, que habían caminado, pero no era cierto. Entonces, ¿por qué tenía que caminar él? No daría un paso más. Lo juraba por el último mojón que habían alcanzado.

Este mojón era el quinto desde que salieron de Londres: no habían llegado más allá en su viaje al norte. Por lo tanto, cediendo ante la poderosa cadena de argumentos, Goodchild propuso regresar a la metrópoli y hacer una excursión hasta la estación terminal de Euston Square. Thomas asintió con entusiasmo, y en consecuencia su viaje al norte se efectuó en el expreso de la mañana siguiente, con las mochilas en el furgón de equipajes.

El expreso era como todos, como es y debe ser cada expreso. Se adentraba en la cultivada campiña, dejando en el aire un olor como el de los días de gran colada y una agresiva expulsión de vapor, a la manera de una tetera gigante. Siendo la mayor potencia de la naturaleza y el arte combinados, se deslizaba sin embargo por peligrosas alturas a la vista de la gente que lo contemplaba desde campos y caminos, tan ligero e irreal como un juguete en miniatura. Ahora, la máquina lanzaba chillidos histéricos de tal intensidad que parecía deseable que los hombres a cuyo cargo estaba le cogiesen los pies, le palmeasen las manos para retenerla; luego se adentraba en los túneles con una energía tenaz y reservada, tan desconcertante que el tren parecía precipitarse en leguas y leguas de tinieblas. Aquí, el expreso engullía estación tras estación sin detenerse; allá, se abalanzaba sobre las estaciones como una descarga de artillería y se llevaba por delante a cuatro campesinos cargados de verduras y a tres comerciantes con sus maletas, y volvía a abrir fuego, ¡bang, bang, bang! Separadas por largos intervalos, había incómodas cantinas, más incómodas si cabe por el menosprecio de la Bella hacia la Bestia, o sea, el público (al cual, sin embargo, nunca amansaba y enternecía, como la Bella

hacía en el cuento con la otra Bestia), lugares donde los estómagos dolientes eran llenados con una solicitud displicente que no ocasionaba más que indigestiones. Aquí, de nuevo, había estaciones donde nada se movía, excepto una campana, y maravillosas navajas de madera colocadas en lo alto de grandes postes que afeitaban el aire. En los campos, los caballos, las ovejas y las vacas estaban perfectamente habituados al retumbante meteoro y no se inmutaban a su paso; más allá, retozaban todos juntos y los seguía una piara de cerdos. Aquel paisaje pastoral se oscurecía, se tiznaba de carbón, se cubría de humo, se hacía infernal, mejoraba, empeoraba, volvía a mejorar, adquiriría un carácter lúgubre, luego un carácter romántico; había un bosque, un río, una cadena de colinas, un desfiladero, una laguna, una ciudad con una catedral, una plaza fuerte, un páramo. Ahora eran miserables viviendas negras, un canal negro, las mórbidas torres negras de unas chimeneas; ahora, un cuidado jardín, donde las flores eran brillantes y lozanas; después, una desolación de horrendos altares llameantes; más allá, los húmedos prados con sus recintos feriales; más allá todavía, los sucios descampados de las afueras de una ciudad inactiva, con el espacio vacío donde estuvo emplazado un circo la semana anterior. La temperatura cambiaba, el dialecto cambiaba, la gente cambiaba, las caras se hacían más angulosas, los modales empeoraban, las miradas eran más duras y desconfiadas; y todo ello sucedía tan deprisa que en el mismo intervalo un atildado guardia londinense no habría tenido tiempo de arrugar el cuello de su uniforme, entregar la mitad de los despachos contenidos en su reluciente valija, o leer el periódico.

¡Carlisle! Idle y Goodchild habían llegado a Carlisle. Parecía un lugar amable y plazeramente ocioso. El mes anterior se habían celebrado allí ciertas fiestas públicas, y algo más iba a ocurrir antes de Navidad; y mientras tanto se pronunciaría una conferencia sobre la India para quienes estuvieran interesados, que no era precisamente el caso de Idle y Goodchild. Asimismo, para quienes gustasen de ellos, podían adquirirse anodinos periódicos y no menos anodinos libros. Para quienes desearan depositar algo en las alcancías de las misiones, allí estaban las alcancías. Para quienes quisieran algo del reverendo Podgers (grabados a treinta chelines), el reverendo Podgers estaba a su disposición. No menos generoso y prolífico, y asimismo miembro de la parroquia, pero fraternalmente opuesto con uñas y dientes al reverendo Podgers, estaba el señor Codgers. Y había ediciones de guías de diversas clases para conocer las antigüedades de la vecindad, además del Distrito de los Lagos; y numerosos bustos masculinos y femeninos, moral y físicamente imposibles, para que las damas jóvenes los copiaran a fin de ejercitarse en el

arte del dibujo; y además una gran estampa del señor Spurgeon, recio como si fuera de carne y hueso, por no decir un tanto gordo. Los obreros jóvenes de Carlisle circulaban por las calzadas con las manos en los bolsillos, en formaciones de cuatro o seis hombres; al parecer (con gran satisfacción del señor Idle) no tenían otra cosa que hacer. Las muchachas de Carlisle, obreras o en vías de serlo, a partir de los doce años paseaban por las calles al fresco de la tarde y bromeaban con los citados obreros jóvenes. A veces eran éstos quienes bromeaban con ellas, como era el caso de un grupo que se reunía en torno a un acordeonista, del que se destacó un obrero para situarse detrás de una chica, por quien parecía sentir cierta ternura, y anunciarle que estaba allí y con ganas de divertirse, cosa que hizo (calzaba zuecos) dándole un puntapié.

Las mañanas de mercado, Carlisle se animaba de manera asombrosa y se convertía, para los dos aprendices holgazanes, en una población no tan acogedora, demasiado atareada. Junto al río se situaban los tratantes de ganado vacuno, ovino y porcino; los Rob Roys^[2] de rostro enjuto y cabello greñado ocultaban sus atuendos propios de las Tierras Bajas cubriéndose con las grandes capas escocesas de lana llamadas *plaids*, y deambulaban de acá para allá entre los animales, perfumando el aire con vapores de *whisky*. Al final de la calle principal se encontraba el mercado de cereales, donde se regateaba bulliciosamente junto a los sacos abiertos. Asimismo, el mercado tenía su emplazamiento en la calle, con ramos de brezo aún colmados de flores purpúreas y admirables canastos de retama, frescos y primitivos; donde mujeres elegían zuecos y gorras en los puestos al aire libre y junto a las paradas que vendían Biblias. El «Dispensario del doctor Mantle para la cura de todas las enfermedades humanas y consejo gratuito» y el «Laboratorio de ciencias médicas, químicas y botánicas», también del doctor Mantle, eran dos instituciones sanitarias instaladas sobre un par de caballetes y una tabla protegidos por un toldo. Y con el renombrado frenólogo londinense presto a que los clientes de ambos sexos le favoreciesen con su presencia (a seis peniques la visita), a fin de, tras examinarles la cabeza, hacerles revelaciones que «les capacitarían, tanto a ellos como a ellas, para conocerse a sí mismos». A través de todas aquellas transacciones y satisfacciones se abría paso a codazos el sargento de la Recluta, atento y vigilante, amenazadora figura de la guerra proyectada sobre la maraña humana. Con idéntico propósito, en las paredes podían leerse indicaciones de que a los Oxford Blues no les disgustaría recibir a unos cuantos hombres jóvenes, activos y de buena planta; y que si bien la norma de aquel distinguido cuerpo era una estatura de seis

pies por lo menos, «los mozos en proceso de crecimiento que alcanzaran los cinco pies once pulgadas» no debían en absoluto desesperar de ser admitidos.

Respirando un aire matinal mucho más placentero que el que respiró el ya enterrado soberano de Dinamarca, los señores Idle y Goodchild partieron de Carlisle a las ocho de una mañana, en dirección a la villa de Hesket, en Newmarket, a unas catorce millas de distancia. Goodchild, que ya empezaba a dudar de si sería o no perezoso, cosa que le ocurre siempre que no tiene nada que hacer, había leído algo relacionado con cierta colina o montaña negra del viejo Cumberland, llamada Carrock o Carrock Fell; y había llegado a la conclusión de que ascender hasta ella sería el triunfo culminante de la holgazanería. Thomas Idle, sin dejar de hacer hincapié en las penalidades ineludibles de semejante hazaña, expresó las más serias dudas con respecto a la conveniencia e incluso la sensatez de tal empresa; pero Goodchild se mantuvo en sus trece, y, en consecuencia, hacia allí partieron.

Cuesta arriba y cuesta abajo, torciendo a la derecha y torciendo a la izquierda, fueron guiados los dos aprendices de un modo agradable y pintoresco por la vieja mole de la Skiddaw (que se había jactado de sus méritos bastante más de lo que éstos justificaban, cosa muy corriente en el Distrito de los Lagos). Viviendas campesinas bien construidas, cálidas, protegidas de las inclemencias del tiempo y agradablemente encaladas punteaban de vez en cuando la ruta. De las casas salían a curiosear niños de aspecto aseado que llevaban en brazos a otros niños tan aseados y casi tan grandes como ellos. Los campos aún estaban sin recolectar y habían sido copiosamente bañados por las lluvias; la hierba aún estaba por segar. Junto a las granjas se veían huertos bien cultivados, con abundancia de productos que le habían sido arrancados al duro suelo. Rincones solitarios y silvestres; pero la gente puede nacer, y casarse, y recibir sepultura en tales lugares, y puede vivir y amar, y ser amada, allí como en cualquier otra parte, ¡gracias a Dios! (observación del señor Goodchild). Finalmente, el pueblo. Casas negras, de piedra basta y toscas ventanas; algunas con escalera exterior, como las casas suizas; y un arroyo pedregoso que se enroscaba en la colina y desaparecía en ángulo, como si fuera una calle. Todos los niños escapaban a la carrera. Las mujeres interrumpían sus tareas de lavado para mirar por las puertas o por los ventanucos. Tales fueron las cosas que vieron los señores Idle y Goodchild, hasta que su trayecto terminó ante la casa del zapatero local. La vieja Carrock se alzaba oscureciéndolo todo con su hosca apariencia. Y empezaba a llover.

El zapatero del pueblo declinó cualquier posible relación con la Carrock. Ningún visitante subía a la Carrock. No había visitantes. Todo el mundo se

marchaba. Pero estaba el hostelero. El hostelero tenía a dos hombres trabajando en los campos y podía avisar a uno de ellos para que les condujese a la Carrock en calidad de guía. Los señores Idle y Goodchild lo aprobaron con entusiasmo y entraron en casa del hostelero a beber *whisky* y comer un poco de pastel.

El hostelero no era lo bastante holgazán (no lo era en absoluto, grave defecto), pero sí el hombre típico del norte, o de hombre en general. Tenía el rostro sonrosado, los ojos brillantes, un cuerpo bien trabado, unas manos inmensas, una voz alegre y franca y una mirada directa, nítida y generosa. También tenía un salón en el piso alto que bien valía la visita a las colinas de Cumberland. (Ésta era la opinión del señor Francis Goodchild, de la que el señor Thomas Idle discrepaba).

El techo de este salón estaba tan cruzado y recruzado por vigas de desigual longitud, que irradiaban de un rincón, como una estrella de mar rota. La habitación había sido amueblada sólida y confortablemente en caoba y cuero de caballo. Disponía de un cómodo rincón junto a la chimenea y de un par de ventanas con hermosas cortinas que se abrían al silvestre paisaje de la parte trasera de la casa. Pero lo que más destacaba era un inesperado gusto por los pequeños ornamentos y las fruslerías, que abundaban por doquier. No eran muy variadas, pues en su mayoría consistían en muñecas de cera con los miembros más o menos mutilados y que, apoyadas sobre una sola pierna, reclamaban el afecto paternal protegidas bajo pequeñas campanas de cristal. Allí estaba, sin embargo, el tío Tom, en barro cocido, recibiendo enseñanzas teológicas de la señorita Eva, quien se hallaba a su lado, de perfil, en una conminatoria actitud de desmesurado propagandismo. En la pared había grabados del muchacho campesino del señor Hunt, antes y después de comerse su pastel, separados por un cuadro de tema naval vivamente coloreado, cuyo barco tenía todas las banderas (y más) desplegadas y avanzaba por un mar de diseño tan regular como el cuello de una dama. Un benevolente y anciano caballero del siglo pasado, con peluca empolvada, montaba guardia, en óleo y barniz, junto a un desconcertante objeto colocado sobre una mesa: en apariencia, algo a medias entre un asiento de cochero y un estuche para guardar cuchillos, pero que, abierto, resultaba ser un instrumento musical de cuerdas tintineantes, exactamente como el arpa de David embalada para ir de viaje. Todo en aquella habitación se convertía en baratija. La tetera de cobre, bruñida hasta el punto de máximo esplendor, ostentaba su sitio exclusivo sobre un pedestal a la mayor distancia posible de la chimenea y un rótulo que decía: «Con vuestro permiso, no una tetera, sino una joya». La

mantequera de Staffordshire, con su tapa, se encontraba sobre una mesita redonda, de madera labrada, junto a una ventana, y se ofrecía a las dos butacas accidentalmente colocadas allí como una invitación a la plática educada, una deliciosa fruslería de porcelana que brindaba un tema de conversación a las visitas cuando éstas malgastaban frívolamente los momentos de charla, mariposeando de aquí para allá en aquel viejo y rústico pueblo de las colinas de Cumberland. Un escabel no fue capaz de quedarse en el suelo, sino que había ido a parar al sofá y allí exhibía su forma de perro de aguas, con relieves de lana blanca y de color de hígado crudo, hecho un ovillo para descansar. Sin embargo, a pesar de sus relucientes ojos de vidrio, el perro era ciertamente la pieza menos exitosa de la colección: completamente aplastado, sugería con desconsuelo la equivocación, al sentarse, de algún corpulento miembro de la familia.

La habitación también estaba repleta de libros; libros sobre la mesa, libros en la repisa de la chimenea, libros en una prensa abierta, en un rincón. Allí estaba Fielding, y allí estaba Smollett, y allí estaban Steele y Addison, en volúmenes dispersos; y había relatos sobre los hombres que se hacen a la mar en noches borrascosas; y había una verdadera selección de buenos libros, tanto para días de lluvia como para días soleados. Y era realmente agradable encontrar aquellas muestras de un gusto que, sin dejar de ser hogareño, iba más allá de la extraordinaria limpieza y el pulcro orden reinantes en la casa; y qué fantástico resultaba imaginar la maravilla que aquella habitación debía de ser para los niños nacidos en el lúgubre pueblo, qué gran impresión se llevarían de ella los que partiesen para vagar por el ancho mundo, y cómo, en puntos distantes del planeta, algunos viajeros ya ancianos morirían acariciando la creencia de que la mejor estancia que el ser humano conoció se hallaba en la Hostería de Hesket Newmarket, en el antiguo, extraordinario Cumberland. Y cultivar estas ensoñaciones en compañía del selecto pastel y el genial *whisky* de aquella hostería resultaba una ocupación tan ociosa y hechizante, que el señor Idle y el señor Goodchild en ningún momento se preguntaron qué habría ocurrido para que no se volviese a hablar de los hombres que estaban en los campos, cómo era que el fornido hostelero los sustituyó sin explicación, de qué modo su carruaje acudió a la puerta a esperarles, y por qué vías, sin el menor arreglo, se había organizado todo para ascender por las paredes de la vieja Carrock y alcanzar la cumbre.

Por lo tanto, sin mediar palabra, los dos aprendices holgazanes se entregaron, resignados, a la lluvia, que era fina, suave, cerrada, soñolienta y penetrante; montaron en el ligero carruaje del hostelero y partieron

traqueteando a través del pueblo hacia el pie de la Carrock. La excursión, al principio, nada tuvo de particular. La carretera de Cumberland subía y bajaba como otras tantas; los perros de Cumberland salían de detrás de las casetas y ladraban como otros tantos, y la gente de Cumberland se quedaba mirando, perpleja, el carruaje a su paso, igual que el resto de los perros de la misma raza que iban en él. Aproximarse al pie de la montaña fue igual que aproximarse a los pies de la mayoría de las montañas del mundo. Los cultivos cesaron gradualmente, los árboles se hicieron cada vez más escasos, el camino fue tornándose más escabroso, y las laderas de la montaña parecían más y más altas y más y más difíciles de escalar. Dejaron el carruaje en una granja solitaria. El hostelero tomó prestado un paraguas grande y, asumiendo por un instante el carácter del más jovial y aventurero de los guías, lideró la marcha hacia la ascensión. El señor Goodchild miraba la cumbre de la montaña con inquietud, y, presintiendo que ahora iba a ser muy perezoso, todo su ser resplandecía de manera visible debido a su alegría interior y a la humedad que había en el ambiente. Sólo en su seno, el señor Thomas Idle conservaba el desaliento. Lo mantuvo en secreto; pero, cuando empezó la ascensión, habría dado una muy generosa suma por encontrarse ya de regreso en la hostería. Las paredes de la Carrock aparecían tremendamente escarpadas, y su cumbre estaba oculta por la niebla. Llovía cada vez más. Las rodillas del señor Idle (siempre débiles en las excursiones a pie) temblaban y se agitaban por efecto del miedo y la humedad. El agua penetraba ya a través del sobretodo del joven hasta la chaqueta de caza novísima por la cual había pagado a regañadientes la elevada suma de dos guineas antes de abandonar la ciudad; no llevaba consigo ningún refrigerio estimulante, salvo un paquetito de pegajosas nueces de jengibre; no tenía a nadie que le ofreciera el brazo, nadie que le empujase amablemente por la espalda, nadie que tirase gentilmente de él desde más arriba, nadie a quien hablar que experimentase de veras las dificultades del ascenso, la humedad de la lluvia, la densidad de la niebla y la indecible locura de trepar sin propósito por cualquier lugar empinado de los que se encuentran en todo el mundo, cuando hay tanta abundancia de lugares llanos y accesibles por los cuales pasear. ¿Para eso Thomas había dejado Londres? Londres, donde hay hermosos paseos de corto recorrido en jardines públicos adecuadamente nivelados, con bancos a una conveniente distancia unos de otros para el reposo de los fatigados viajeros; Londres, ¿donde la rústica piedra ha sido tallada por la mano del hombre para formar los adoquines de las calzadas e inteligentemente alisada para poder utilizarlas como losas en los pavimentos! ¡No! No era la laboriosa ascensión

por las paredes de la Carrock el motivo por el que Idle hubo abandonado su ciudad natal y viajado hasta Cumberland. Nunca había estado tan horriblemente persuadido de cometer un gravísimo error de juicio como en el momento en que se encontró plantado bajo la lluvia al pie de la escarpada montaña y comprendió que la responsabilidad de llegar realmente a la cumbre recaía sobre sus débiles hombros.

El honesto hostelero iba a la cabeza, Goodchild le seguía rebosante de alegría y el afligido Idle caminaba a la cola. De vez en cuando, los dos primeros miembros de la expedición intercambiaban sus puestos en el orden de marcha, pero la retaguardia nunca alteraba su posición. Montaña arriba o montaña abajo, metidos en el agua o fuera de ella, sobre rocas, atravesando ciénagas, bordeando brezales, el señor Thomas Idle siempre era el último, y en cada ocasión era el hombre a quien había que atender y esperar. En sus inicios, la ascensión fue engañosamente fácil: los flancos de la montaña se empinaban gradualmente, y el material del que estaban compuestos era una turba blanda y esponjosa, sobre la cual caminar resultaba mullido y placentero. Sin embargo, al cabo de aproximadamente un centenar de metros, el frondoso escenario y las pendientes suaves desaparecieron, y empezaron las rocas. No se trataba de rocas nobles, macizas, erguidas y de disposición regular, dotadas de una superficie plana donde sentarse, sino de pequeños, irritantes e incómodos pedruscos, esparcidos al buen tuntún por la naturaleza; traicioneras y descorazonadoras piedras de todo tipo de formas y tamaños, prestas a herir los dedos más sensibles y a destrozar todo pie vacilante. Cuando estos obstáculos fueron rebasados, aparecieron lodazales y brezos. Aquí la dureza de la ascensión quedaba ligeramente mitigada, y los tres exploradores giraron en redondo para contemplar la vista que se ofrecía a sus pies. El paisaje de marjales y campos era como un dibujo borroso a la acuarela. La niebla se oscurecía, la lluvia arreciaba, los árboles aparecían dispersos como sombras tenues, las líneas divisorias que trazaban el mapa de prados y cultivos se confundían unas con otras, y la solitaria granja donde habían dejado el carruaje se alzaba, espectral, entre la luz grisácea como el último enclave humano en el confín del mundo habitable. ¿Merecía aquella vista el esfuerzo de la ascensión? Seguro..., ¡seguro que no!

Arriba otra vez..., porque la cumbre de la Carrock no se ha alcanzado aún. El hostelero seguía de tan buen humor y tan servicial como al pie de la montaña. El señor Goodchild, con los ojos más brillantes y la cara más sonrosada que nunca; rebosante de comentarios alegres y pertinentes citas; con un trote ligero que provocaba admiración y envidia. El señor Idle, más y

más rezagado cada vez, con las botas chapoteando en el agua, la chaqueta de caza de dos guineas empapada y pegada a sus doloridos costados, con el sobretodo tan mojado por la lluvia y colgando de sus hombros de forma rígida y piramidal, que creía caminar dentro de un gigantesco matacandelas (la candela a punto de apagarse representaría con bastante fidelidad su decaído espíritu). Arriba, arriba, arriba de nuevo, hasta alcanzar una cresta, y el borde exterior de la niebla que envuelve la cumbre de la Carrock, oscura y húmeda, está muy cerca. ¿Es aquello la cumbre? No, en absoluto. Constituye una agravante peculiaridad de todas las montañas el que, si bien tienen una sola cumbre cuando se las mira desde el pie (como se las debería mirar siempre), muestran una perfecta erupción de falsas cimas cuando el viajero ha sido lo suficientemente mal aconsejado como para apartarse de su camino con el propósito de escalarlas. La Carrock es sólo una nadería, una loma de menos de quinientos metros, pero presume de tener falsas cumbres e incluso precipicios, como si fuera el Mont Blanc. No importa: Goodchild la disfruta, y continuará; mientras que Idle, temeroso de que le dejen solo y atrás, deberá seguirlo. Al adentrarse en el perímetro de la niebla, el hostelero se detiene y dice que confía en que ésta no se intensificará. Hace veinte años que subió por última vez a la Carrock, y cabe la posibilidad, si aumenta la niebla, de que el grupo se pierda en la montaña. Goodchild escucha esta desagradable advertencia, pero no le impresiona lo más mínimo. Avanza hacia la cumbre que nunca encontrará, como si fuera el Judío Errante, obligado a viajar eternamente desafiando los elementos. El hostelero lo acompaña fielmente. Los dos, ante la sombría mirada de Idle, que está mucho más abajo, parecen, desdibujados por la niebla, una amigable pareja de gigantes subiendo las escalinatas de algún castillo invisible. Arriba y arriba, y luego un poco hacia abajo, y luego arriba, y a continuación una franja de terreno llano, y después nuevamente arriba. El viento, un viento desconocido en el dichoso valle, sopla fuerte y tenaz; la lluvia-niebla se ha hecho impenetrable; aparece un pequeño y melancólico montón de piedras. El hostelero añade una piedra al montón, primero rodeándolo como si se dispusiera a practicar un encantamiento, luego dejando caer la piedra en su cúspide con el gesto de un brujo que añade un ingrediente a su caldero en plena ebullición. Goodchild se sienta junto al montón de piedras como si éste fuera la mesa de su estudio; Idle, empapado y jadeante, se coloca de espaldas al viento, se cerciora de que eso es al fin la cima, mira en torno con toda la escasísima curiosidad que le queda y obtiene, en recompensa, una magnífica vista de... ¡Nada!

El efecto que la contemplación de este sublime espectáculo produce en las mentes de los exploradores se ve un poco perjudicado por la constatación de que la niebla se cierne sobre ellos, tal como temía el hostelero. Ahora se ha hecho imperiosamente necesario determinar la situación exacta de la granja del valle donde dejaron el carruaje, antes de que los viajeros inicien el descenso. Mientras el hostelero se empeña en descubrirlo a su manera, el señor Goodchild introduce la mano en su chaqueta empapada, saca un pequeño estuche de cuero rojo y muestra ante los ojos de sus compañeros una pulcra brújula de bolsillo. Es localizado el norte, queda establecido el punto en que está situada la granja, y comienza el descenso. Tras caminar un poco cuesta abajo, Idle (el último, como de costumbre) se percata de que sus compañeros giran bruscamente hacia un lado; intenta seguirlos, los pierde entre la niebla; oye que lo llaman a gritos, lo esperan, consigue encontrarlos, y entonces repara en que se ha decidido hacer un alto, en parte en atención a él y en parte para consultar de nuevo la brújula.

La posición del norte queda aclarada como anteriormente entre Goodchild y el hostelero, y la expedición reemprende la marcha, no montaña abajo, sino bordeándola. Thomas Idle padece enormemente la dificultad de seguir la nueva ruta. La dureza que implica el simple hecho de caminar se ve aumentada por la fatiga de tener que cruzar el flanco de la ladera, cuando la tendencia natural, a cada paso, es girar en ángulo recto y tomar la dirección que marca el desnivel. Imagínese el lector a sí mismo andando a través del tejado de un granero, en lugar de hacia abajo o hacia arriba, y tendrá una idea exacta de la dificultad pedestre en que los viajeros se habían metido. Al cabo de diez minutos, Idle se había perdido otra vez en la distancia, lo habían llamado, lo habían esperado y fue rescatado como en la ocasión anterior. Encontró a Goodchild observando de nuevo la brújula, y protestó acaloradamente por haber tomado aquel flanco, cuya ruta sus compañeros se empeñaban en seguir. A la mente inexperta de Thomas le parecía que, cuando tres hombres quieren llegar al pie de una montaña, su forma de lograrlo ha de ser bajar por ella; y expuso su visión del caso, no sólo con vehemencia, sino incluso con cierta irritación. Se le rebatió, desde la científica autoridad de la brújula que sustentaba las opiniones de sus acompañantes, que en algún lugar próximo al pie de la Carrock había un pavoroso abismo, llamado los Arcos Negros, al cual a buen seguro irían a parar en medio de la niebla si se arriesgaban a continuar el descenso desde el sitio en que se habían detenido. Idle recibió esta respuesta con silencioso respeto por ser ellos quienes encabezaban la expedición, y siguió caminando al sesgo por el tejado del

granero, es decir, por el flanco de la montaña, reflexionando sobre las garantías que había recibido al retomar la marcha de que la finalidad de la partida era solamente ganar «una cierta posición» y, una vez conseguida ésta, continuar el descenso hasta alcanzar la base de la Carrock. Aunque relativamente admisible como expresión genérica, la frase «una cierta posición» tiene la desventaja de sonar sumamente vaga cuando es pronunciada en terreno desconocido y bajo un palio de niebla mucho más espesa que el *fog* de Londres. Sin embargo, según la brújula, esta frase era la única pista por la cual debía guiarse la partida, así que Idle se aferró a ella con toda la esperanza que fue capaz de reunir.

Más caminar al sesgo, niebla más y más espesa, todo tipo de posiciones alcanzadas excepto «una cierta posición»; tercer extravío de Idle, terceras voces de llamada, tercer rescate, tercera consulta de la brújula. El señor Goodchild la saca cariñosamente del bolsillo y se dispone a ajustarla sobre una piedra. Algo cae en la hierba: es el cristal. Algo más cae inmediatamente después: es la aguja. ¡La brújula se ha roto y la partida de exploradores está perdida!

Es costumbre de todo inglés recibir los grandes desastres en un silencio sepulcral. El señor Goodchild devolvió la inútil brújula a su bolsillo sin decir una palabra, el señor Idle miró al hostelero, y el hostelero miró al señor Idle. Ya no había más opción que proceder a ciegas y confiar en la benevolencia de la fortuna. De modo que los viajeros extraviados siguieron adelante, flanqueando aún la ladera de la montaña, desesperadamente resueltos a evitar los Arcos Negros y a conseguir «una cierta posición».

Un cuarto de hora les llevó bordear una garganta, en el fondo de la cual discurría un arroyo fangoso. Allí hicieron un nuevo alto en el camino y tuvo lugar otra consulta. El hostelero, empecinado aún en la idea de alcanzar la «posición», propuso cruzar el arroyo y continuar rodeando la ladera de la montaña. El señor Goodchild, para gran alivio de su compañero de viaje, respaldó la propuesta del señor Idle de bajar de la Carrock enseguida, a toda costa; con mayor razón porque el curso del arroyo sería una guía segura en el camino de la montaña al valle. Convenido esto, el grupo bajó al pedregoso y accidentado fondo de la garganta; y allí, una vez más, Thomas perdió lamentablemente terreno y quedó muy rezagado de sus compañeros de viaje. Habían transcurrido apenas seis semanas desde que se dislocó un tobillo, y ahora, cuando se encontraba entre los guijarros esparcidos por el caudal de agua, empezó a notar que aquel tobillo le fallaba. Goodchild y el hostelero caminaban a una distancia considerable de él. Los vio cruzar el arroyo y

desaparecer detrás de un saliente de la orilla. Momentos después los oyó gritar, como señal de que se habían detenido a esperarlo. Tras responder al grito, aligeró el paso, atravesó la corriente por donde ellos lo habían hecho, y cuando estaba a punto de alcanzar la orilla opuesta su pie resbaló sobre una piedra húmeda, su tobillo resentido se torció y un dolor ardiente, desgarrador, torturante, lo atenazó en un segundo, y el más holgazán de los dos aprendices holgazanes cayó redondo a tierra, tullido en un abrir y cerrar de ojos.

La situación era ahora, dicho claramente, de absoluto peligro. Allí yacía el señor Idle retorciéndose de dolor, allí estaba la niebla, más densa que nunca, allí el hostelero, tan completamente perdido como los forasteros a quienes guiaba, y allí la brújula, rota en el bolsillo de Goodchild. Abandonar al lisiado Thomas en aquel lugar ignoto era del todo imposible; obligarlo a caminar con un tobillo seriamente maltrecho parecía igualmente fuera de discusión. Aun así, Goodchild, que había acudido al oír las llamadas de socorro, vendó con un pañuelo el tobillo lastimado y, ayudado por el hostelero, enderezó al aprendiz tullido sobre sus pies, le ofreció un hombro para que se apoyara en él y le exhortó por el bien de toda la partida a que intentase andar. Thomas, asistido por el hombro a un lado y un bastón improvisado al otro, lo intentó, con el dolor y las dificultades que únicamente pueden imaginar quienes se han dislocado un tobillo y luego han tenido que apoyarse en él. Al tener que adaptarse al débil renquear de un hombre recién lisiado, la partida extraviada se desplazó, desconociendo por completo si se encontraba en el lado correcto de la montaña o en el incorrecto, e igualmente insegura del tiempo que Idle sería capaz de soportar el dolor de su tobillo antes de rendirse de nuevo y volver a caer, incapaz de dar un paso más.

Despacio, despacio, con el inconveniente del inválido Thomas lastrando con creciente intensidad la marcha de la expedición, los perdidos viajeros siguieron los serpenteos del arroyo, hasta que encontraron las marcas apenas perceptibles de un camino de carro que se ramificaba a la izquierda casi en ángulo recto. Tras un breve debate se optó por seguir aquel leve vestigio de ruta con la esperanza de que condujese a alguna granja o a una vivienda, donde podrían dejar a Idle en unas condiciones razonables de seguridad. Faltaba poco para que anoheciera, y rápidamente se hacía más que dudosa la posibilidad de que la partida, retrasada en su avance como estaba, encontrase el buen camino antes de que cayera la noche y se viese condenada a pernoctar en la montaña con las ropas empapadas y sin alimento ni bebida que la reconfortase.

El camino de carro se fue borrando por momentos, hasta desaparecer en otro arroyuelo, oscuro, turbulento y rápido. El hostelero sugirió, a juzgar por el color del agua, que probablemente procedía de una de las minas de plomo de los alrededores de la Carrock; y los viajeros, por lo tanto, siguieron el arroyo durante un tiempo, confiando en que acaso encontrarían ayuda en aquella dirección. Tras recorrer un par de centenares de metros, llegaron ciertamente a una mina, pero se trataba de una mina agotada y abandonada; un lugar deprimente y ruinoso, de cuya gloria pasada sólo daban testimonio los restos de obras y edificios. Pero allí había unas cuantas ovejas pastando. El hostelero las examinó con detenimiento; creyó que reconocía las marcas que ostentaban, luego pensó que no, y finalmente abandonó, desalentado, a aquellos animales, tan ignorante como siempre de la situación en que la partida se encontraba.

El avance, tanto metafórica como literalmente a oscuras, duraba ya tres cuartos de hora, a contar desde el momento en que el aprendiz tullido había sufrido su accidente. El señor Idle, pese a su empeño en dominar el dolor de su tobillo y caminar cojeando, se percató de que las fuerzas le abandonaban rápidamente y comprendió que en diez minutos como máximo llegaría al límite. Acababa de hacerse a la idea, y estaba a punto de comunicar a sus compañeros el decepcionante resultado de sus reflexiones, cuando de pronto la niebla se tornó más luminosa y comenzó a levantarse directamente frente a ellos. Un minuto más y el hostelero, que iba a la cabeza, exclamó que veía un árbol. No mucho después aparecieron otros tres árboles, luego una casita de campo, a continuación, una casa grande detrás de la casita, y detrás de la casa, la línea familiar de una carretera. Por último, la propia Carrock se hizo visible, lúgubre, oscura, alejada a la derecha. La partida no sólo había bajado la montaña sin saber cómo, sino que se había apartado de ella en la niebla sin saber por qué, y ahora se encontraba a una distancia considerable, adentrada en el propio marjal a través del cual aquella mañana se había aproximado a la base de la Carrock.

La dichosa disipación de la niebla, y el todavía más dichoso descubrimiento de que los viajeros habían encontrado a tientas su camino, aunque dando insólitos rodeos, hasta un lugar que estaba a menos de una milla de la parte del valle donde se hallaba situada la granja, restauraron el decaído ánimo del señor Idle y reavivaron sus escasas fuerzas. Mientras el hostelero partía a la carrera en busca del carruaje, Thomas, con ayuda de Goodchild, se dirigió a la casita, la primera vivienda que habían visto cuando la oscuridad se disipó, y se recostó contra la valla del huerto como un artístico

maniqué en espera de su destino, hasta que el carruaje llegase de la granja, que estaba valle abajo. A su debido tiempo (un tiempo que al señor Idle le pareció muy largo) se oyó el traqueteo de las ruedas, y el tullido aprendiz fue levantado de su asiento. Cuando ya el carruaje rodaba de regreso a la hostería, el hostelero contó una anécdota que acababa de oír en la granja, referente a un infeliz que se había extraviado, como sus dos huéspedes y como él mismo, en la Carrock; que allí había pasado la noche, solo; que lo encontraron a la mañana siguiente, «aterrorizado y hambriento»; y que nunca más volvió a salir de casa, salvo para tomar el camino de la tumba. El señor Idle escuchó esta triste historia y extrajo de ella por lo menos una conclusión útil. Por intenso que fuera el dolor de su tobillo, se aprestó a soportarlo con estoicismo, agradecido por que un accidente más grave no hubiese acabado con él en los indómitos peñascos de la Carrock.

Capítulo 2

El carruaje, con el señor Thomas Idle y su tobillo en el asiento trasero, y el señor Francis Goodchild y el hostelero en la parte delantera, bajo la lluvia que caía a borbotones y lo empapaba todo, fue recorriendo el camino de retorno hacia la pequeña hostería; el quebrado paisaje de marjales parecía una extensión de pantanos preadamíticos, o las ruinas de un inmenso puchero de sopa de pan. Los árboles chorreaban; las dispersas casitas de campo chorreaban; los perros ladrones chorreaban; las cercas de piedra que dividían las tierras chorreaban; los coches y carromatos guardados en cocheras de tejado deteriorado, chorreaban; los melancólicos gallos y las melancólicas gallinas posados en los palos de sus gallineros, o cobijados debajo de ellos, chorreaban; el señor Goodchild chorreaba; Thomas Idle chorreaba; el hostelero chorreaba; la yegua que tiraba del carruaje chorreaba. Las vastas cortinas de niebla y nubes que pasaban ante las formas sombrías de las colinas derramaban agua a raudales a lo largo y ancho del paisaje. Al bajar pendientes tan pronunciadas que la yegua parecía trotar de cabeza, y subir pendientes tan pronunciadas que la yegua parecía tener en la cola una pata de más, el carruaje traqueteó y se tambaleó hasta llegar al pueblo. Llovía demasiado para que las mujeres curioseasen, demasiado incluso para que curioseasen los niños; todas las puertas y las ventanas estaban cerradas, y el único signo de vida o movimiento se observaba en los charcos punteados por la lluvia.

Whisky y aceite para el tobillo de Thomas Idle, y *whisky* sin aceite para el estómago de Francis Goodchild produjeron un agradable cambio en el ánimo de ambos: calmaron el dolor del señor Idle, que antes había sido intenso, y endulzaron el temperamento del señor Goodchild, que siempre había sido dulce. Se abrieron los equipajes y hubo cambio de ropa. El señor Goodchild, que no podía cambiar su ropa más que por la seda y el terciopelo de un traje de etiqueta, se encontró de repente convertido en un magnífico portento para la casa del hostelero, una espléndida portada para la revista *Modas* del mes, y al mismo tiempo una formidable rareza en aquel pueblo de Cumberland.

Avergonzado en extremo de su espléndida apariencia, el cohibido Goodchild la disimuló cuanto le fue posible a la sombra del tobillo de Thomas Idle, y más tarde en un rincón del pequeño carruaje cubierto que partió con ellos en dirección a Wigton; un tipo de carruaje que sería el más deseable de cualquier país si no fuera porque tiene el techo plano y carece de flancos, lo cual hace que el goteo de agua de lluvia acumulada en el techo juegue durante todo el camino animadas partidas de tiro al blanco en el interior, con una muy elevada cantidad de aciertos. Resultaba reconfortante observar que la gente que regresaba del mercado de Wigton en coches abiertos no se preocupaba más por la lluvia que por los rayos del sol; que el agente de policía de Wigton, en su paseo de media docena de millas por el campo (aparentemente por placer), con su resplandeciente uniforme, aceptaba la saturación de agua como su estado normal; que los oficinistas y los maestros de escuela, quienes solían vestir de negro, vagaban por las calles sin paraguas y quedaban embadurnados de agua y barro a cada paso; que las muchachas de Cumberland, que salían a cuidar de las vacas, se sacudían riendo la lluvia de las pestañas; y de qué manera la lluvia continuaba cayendo encima de todas las cosas, como sólo cae en las tierras de colinas.

El mercado de Wigton había terminado, y sus puestos vacíos humeaban con la lluvia a lo largo de la calle. El señor Thomas Idle fue melodramáticamente transportado al primer piso de la hostería y acomodado en tres sillas (habría tenido el sofá si lo hubiese habido), y el señor Goodchild se dirigió a la ventana con la intención de efectuar una inspección de Wigton e informar de lo que veía a su inválido compañero.

—Hermano Francis, hermano Francis —llamó Thomas Idle—, ¿qué es lo que ves desde tu torrecilla?

—Veo —dijo el hermano Francis— lo que creo y espero que sea uno de los lugares más deprimentes que ojos humanos hayan visto jamás. Veo casas con tediosos tejados negros, con las fachadas sucias y las ventanas de bordes oscuros, que parecen estar todas de luto. Cada vez que un ligero soplo de viento viene calle abajo, veo un perfecto reguero de agua que recorre los puestos de madera del mercado y estalla contra mí. Veo en el centro una farola de gas muy grande que sé, por un íntimo presentimiento, que esta noche no se encenderá. Veo una bomba que tiene debajo del caño un trípode donde colocar los recipientes que han de llenarse de agua. Veo a un hombre que se acerca a la bomba, bombea con energía y se marcha de vacío porque no sale una gota de agua.

—Hermano Francis, hermano Francis —exclamó Thomas Idle—, ¿qué más ves desde tu torrecilla, aparte del hombre y la bomba y el trípode y las casas enlutadas y la lluvia?

—Veo —dijo el hermano Francis— uno, dos, tres, cuatro, cinco comercios de tejidos frente a mí. Veo una tienda de tejidos en la puerta de al lado, a la derecha, y hay cinco tiendas de tejidos más en la esquina, a la izquierda. ¡Once establecimientos de tejidos homicidas, obligados a disputarse un territorio minúsculo, listos para saltarles a la yugular a sus rivales! Hay uno que tiene encima un pequeño piso con una maravillosa inscripción: Banco.

—Hermano Francis, hermano Francis —insistió Thomas Idle—, ¿qué más ves desde tu torrecilla, aparte de los once comercios de tejidos homicidas y la maravillosa inscripción Banco en el pequeño piso, y el hombre y la bomba y el trípode, y las casas enlutadas y la lluvia?

—Veo —dijo el hermano Francis— el almacén del Conocimiento Cristiano, y a través del vapor oscuro creo que distingo de nuevo al señor Spurgeon trabajando duramente. Estoy seguro de ver también a su majestad la reina, Dios la bendiga, impresa a todo color. Veo el *Illustrated London News* de hace varias semanas, y veo una confitería que su propietario llama Depósito de Sal, con una niña que lleva un gorro de algodón y mira de puntillas al interior, indiferente a la lluvia. Y veo un relojero, con sólo tres relojes grandes y descoloridos, de un metal mate, colgados en el escaparate, cada uno en una vidriera separada.

—Hermano Francis, hermano Francis —siguió llamando Thomas Idle—, ¿qué otra cosa ves de Wigton, aparte de esos objetos, y el hombre y la bomba y el trípode, y las casas enlutadas y la lluvia?

—No veo nada más —respondió el hermano Francis—, y no hay nada más que ver, excepto el papel arrugado de un cartel del teatro, que abrió y cerró la semana pasada (la familia del empresario representaba todos los papeles), y un ómnibus tintineante, pequeño, anticuado, que lleva a la estación de ferrocarril y que arrastra una vida tan zarandeada sobre el adoquinado que no se mantendrá entero mucho tiempo. ¡Oh, sí! Ahora veo a dos hombres con las manos en los bolsillos, de espaldas a mí.

—Hermano Francis, hermano Francis —exclamó Thomas Idle—, ¿qué impresión tienes desde tu torrecilla de esos dos hombres que llevan las manos en los bolsillos y están de espaldas a ti?

—Son hombres misteriosos —dijo el hermano Francis—, de expresión inescrutable. Persisten en estar de espaldas a mí. Si uno se vuelve un ápice en

cualquier dirección, el otro se vuelve un ápice en la misma dirección, y no más. Giran de forma rígida, en un círculo muy pequeño, en medio del mercado. Por su apariencia podrían ser mineros, granjeros, mozos de cuadra. Miran al vacío y con gran intensidad. Tienen los hombros caídos y las piernas curvadas de no moverse, y los bolsillos abultados y deformados de tanto llevar las manos metidas en ellos. Dejan que la lluvia les caiga encima sin ningún movimiento de impaciencia o insatisfacción, y están tan juntos que el codo de uno empuja el codo del otro, y sin embargo no se hablan. De vez en cuando escupen, pero hablar, no. Veo que está oscureciendo por momentos, y todavía los distingo, la única población visible de este lugar, dejándose calar por la lluvia, de espaldas a mí y mirando fijamente al vacío.

—Hermano Francis, hermano Francis —exclamó Thomas Idle—, antes de que cierres la celosía de tu torrecilla y entres a que el calor del gas te chamusque la cabeza, a ver si puedes captar y transmitirme algo de la expresión de esos dos hombres asombrosos.

—Las lóbregas sombras —dijo Francis Goodchild— se acumulan con rapidez, y las alas de la noche, las alas de carbón, se pliegan ya sobre Wigton. Pero ellos todavía miran intensamente al vacío, vueltos de espaldas a mí. ¡Ah! Ahora se giran, y veo...

—Hermano Francis, hermano Francis —exclamó aún Thomas Idle—. ¡Dime inmediatamente qué ves de los dos hombres de Wigton!

—Veo —dijo Francis Goodchild— que carecen completamente de expresión. Y ahora la ciudad se dormirá, sin que la deslumbre la gran farola del mercado; y no permitamos que nadie la despierte.

Al concluir la etapa del día siguiente, el tobillo de Thomas Idle estaba mucho más hinchado y entumecido. Existen razones que por sí mismas explicarían hoy el hecho de que no se indique públicamente la dirección exacta en que aquella etapa se desarrolló ni el lugar donde finalizó. Para Thomas Idle fue una larga jornada de sacudidas sobre caminos irregulares, y para el señor Goodchild un día igualmente largo de saltar del coche y preceder a los caballos, de afanarse cuesta arriba, de arrastrarse cuesta abajo; trabajosas fatigas en las cuales se congratulaba de alcanzar un alto grado de ociosidad. Fue en una pequeña ciudad, todavía en Cumberland, donde hicieron un alto para pasar la noche; una población muy pequeña, con un brezal pardo y purpúreo casi contiguo a su única calle y una curiosa cruz de término, pequeña, antiquísima,alzada en mitad de ésta. La ciudad misma parecía ser una colección de grandes piedras apiladas por los druidas siglos

atrás, en las cuales unos cuantos anacoretas hubieran excavado posteriormente sus habitaciones.

—¿Hay aquí algún médico? —preguntó el señor Goodchild, quien, rodilla en tierra, examinaba el tobillo del señor Idle con ayuda de una vela, dirigiéndose a la maternal propietaria de la pequeña hostería local.

—¡Eh, palabra! —dijo la hostelera, mirando a su vez el tobillo con aire vacilante—. Está el doctor Speddie.

—¿Es un buen médico?

—¡Eh! —dijo la hostelera—. Para mí lo es. Para mí que es el mejor que conozco. Puede que no, ¡eh! Pero aquí es *el médico*.

—¿Le parece que estará en casa?

La réplica de la mujer fue:

—Lárgate, Jock, y ve a por él.

Jock, un mozo rubio que, bajo el pretexto de disolver un poco de sal en una jofaina de agua para sumergir el desafortunado tobillo, se había divertido a lo grande salpicando la alfombra en los últimos diez minutos, partió con presteza. Pocos minutos más habían transcurrido cuando llegó con el doctor, precipitándose contra la puerta delante de él y abriéndola de un cabezazo que sonó como un estampido.

—Calma, Jock, calma —dijo el médico, mientras avanzaba con paso tranquilo—. Caballeros, buenas noches. Lamento que haya sido requerida mi presencia. Un accidente sin importancia, espero. ¿Un resbalón y una caída? Sí, sí, sí. La Carrock, ¡ciertamente! ¡Ah! ¿Le duele, señor? Sin duda le duele. El ligamento principal de este lado, vea, ha sufrido un tirón. ¡Tiempo y reposo, señor! Suele ser la prescripción en los casos graves —dio un ligero suspiro— y suele ser la prescripción en los casos leves. Puedo enviarle una pomada que le aliviará, pero la curación debemos confiarla al tiempo y al reposo.

Había dicho esto último sosteniendo el pie de Idle sobre su rodilla con las dos manos, sentado frente a él. A modo de explicación había tocado el tobillo con destreza y cuidado, y al concluir su atento examen devolvió suavemente el pie a su anterior posición horizontal sobre una silla.

Al principio había hablado con poca convicción, pero más tarde con soltura. Era un caballero anciano, alto, delgado, de huesos anchos, que a primera vista aparentaba tener rasgos duros; pero, tras mirarle con mayor detenimiento, la apacible expresión de su rostro y ciertas trazas de dulzura y paciencia en torno a su boca corregían aquella impresión y atribuían a sus largos desplazamientos profesionales, de día y de noche, en el frío e inhóspito

clima de las colinas, la verdadera causa de su apariencia. Aunque pasaba de los setenta y tenía el cabello muy gris, andaba poco encorvado. Su modo de vestir era más el de un clérigo que el de un médico rural: sencillo traje negro, sencillo pañuelo blanco al cuello, anudado detrás, como una banda. El negro era el peor color para vestir, así que se advertían zurcidos en su chaqueta, y la tela estaba un poco deshilachada en los bordes y en los dobladillos. Podía ser pobre (cosa bastante probable en aquel rincón del mundo), o podía ser un poco descuidado y excéntrico. Cualquiera se habría dado cuenta enseguida de que no le esperaban en casa mujer ni hijos. Poseía un aire docto y aquella clase de compasión hacia el prójimo que, como contrapartida, exigía para él un gentil respeto. El señor Goodchild efectuó este estudio de su persona mientras examinaba el pie y lo devolvía a su posición de reposo. El señor Goodchild desea añadir que lo considera un retrato muy fiel.

En el curso de una breve conversación, salió a relucir que el doctor Speddie estaba relacionado con algunos amigos de Thomas Idle y que había pasado, cuando era joven, unos años en la tierra natal de éste, al otro lado de Inglaterra. Ciertos trabajos ociosos, fruto del aprendizaje del señor Goodchild, también le resultaban muy familiares. Los perezosos viajeros se encontraron así con el médico en términos más íntimos que los que las casuales circunstancias del encuentro habrían establecido por sí mismas; y cuando el doctor Speddie se levantó para marcharse a casa, diciendo que enviaría a su asistente con la pomada, Francis Goodchild dijo que ello no sería necesario, pues con sumo gusto lo acompañaría y traería la pomada de regreso. (Como llevaba más de un cuarto de hora sin hacer nada para cansarse, Francis empezaba a temer que no estaba en situación de ocio).

El doctor Speddie aceptó cortésmente la proposición de Francis Goodchild, «ya que le proporcionaría el placer de gozar unos pocos minutos más de la compañía del señor Goodchild, cosa, por otra parte, en la que había depositado sus esperanzas», y ambos salieron a la calle. Ya apenas llovía, un frío viento del nordeste estaba dispersando las nubes y brillaban estrellas en las apacibles alturas a lo lejos. La casa del doctor Speddie era la última del pueblo. Después comenzaba el brezal, todo soledad y negrura. El viento gemía de un modo ronco, lúgubre, estremecedor, en torno al jardincillo, como una criatura sin hogar que sabe que se aproxima el invierno. El entorno era extremadamente solitario y desolado.

—Rosas —dijo el médico cuando Goodchild tocó unas hojas húmedas que rebasaban el porche de piedra—, pero se están marchitando.

El doctor abrió la puerta con la llave e introdujo a su acompañante en un vestíbulo, de techo bajo, pero bastante amplio, con habitaciones a cada lado. La puerta de una de ellas estaba abierta, y el médico atravesó el umbral con unas palabras de bienvenida para su huésped. El techo era también bajo, y en la habitación, mitad gabinete profesional y mitad salón, había estantes de libros y frascos en las paredes, que tenían un tinte muy oscuro. Ardía el fuego en el hogar, puesto que la noche era fría y húmeda. El asistente del doctor estaba apoyado en la repisa de la chimenea, contemplando las llamas.

Era un hombre de apariencia poco común. Mucho más viejo de lo que Goodchild había esperado, pues por lo menos debía rondar los cincuenta y dos años. Lo sorprendente en él era su notable palidez. Sus grandes ojos negros, sus mejillas hundidas, su largo y espeso cabello gris acero, sus flacas manos, e incluso la disminución de su figura, quedaban al principio eclipsados por su extraordinaria palidez. En aquel hombre no había el menor asomo de color. Cuando volvió el rostro, Goodchild se sobresaltó como si una estatua de piedra se hubiera movido para mirarlo.

—El señor Lorn —dijo el doctor—. El señor Goodchild.

El asistente, azorado (como si hubiera olvidado algo, o como si lo hubiera olvidado todo, incluidos él mismo y su nombre), advirtió la presencia del visitante y retrocedió hacia la sombra de la pared que tenía a su espalda. Pero era tan pálido que su cara sobresalía en relieve desde el oscuro fondo, que de ningún modo podía ocultarlo.

—El amigo del señor Goodchild ha sufrido un accidente, Lorn —dijo el doctor Speddie—. Necesitamos la loción para una luxación grave.

Una pausa.

—Estimado compañero, esta noche está usted más ausente que de costumbre. La loción para una luxación grave.

—¡Ah! ¡Sí! Enseguida.

Experimentó un evidente alivio al apartarse y llevarse su pálido rostro y sus extraños ojos a un hueco que había entre las botellas. Sin embargo, aunque permaneció allí preparando la loción de espaldas a ellos, Goodchild no consiguió, por un tiempo, apartar su mirada de aquel hombre. Cuando finalmente lo hizo, se percató de que el médico lo estaba observando con cierta inquietud en el rostro.

—Está ausente —explicó el médico en voz baja—. Siempre ausente. Muy ausente.

—¿Enfermo?

—No, enfermo no.

—¿Desdichado?

—Sospecho que lo fue —asintió el doctor— una vez.

Francis Goodchild no pudo menos que advertir que el médico acompañaba aquellas palabras con una mirada benigna y protectora dirigida al objeto de las mismas, muy parecida a la expresión con que un padre preocupado habría mirado a un hijo seriamente afligido. Sin embargo, resultaba obvio para cualquiera que no eran padre e hijo. El asistente, por su parte, se volvió con la intención de hacerle una pregunta al doctor y le miró con una lánguida sonrisa que parecía indicar que éste lo era todo para él.

Desde su butaca, el médico hizo un esfuerzo inútil por distraer la mente del señor Goodchild, sentado en la butaca opuesta. Hiciera lo que hiciese el señor Goodchild por atender al doctor, sus ojos y sus pensamientos revertían al asistente. El médico no tardó en notarlo, y, tras quedar en silencio y sumirse en una ligera perplejidad, dijo:

—¡Lorn!

—Mi querido doctor.

—¿Querría usted ir a la hostería y aplicar esta loción? Usted sabrá aplicarla mucho mejor de lo que el señor Goodchild podría hacerlo.

—Será un placer.

El asistente tomó su sombrero y se deslizó como una sombra hacia la puerta.

—¡Lorn! —le llamó repentinamente el médico.

El hombre regresó.

—El señor Goodchild me hará compañía hasta que usted regrese. No se apresure. Y perdone que le haya hecho retroceder.

—No es ésta la primera vez —dijo el asistente, con la misma sonrisa de antes— que me hace usted retroceder, doctor.

Y se marchó después de pronunciar estas palabras.

—Señor Goodchild —dijo el doctor Speddie, de nuevo en voz baja, mientras la preocupación reaparecía en su rostro—, he visto que mi amigo le ha llamado la atención.

—Me fascina. Debo pedirle que me disculpe, pero casi me ha confundido y subyugado.

—Considero que una vida solitaria y un antiguo secreto —dijo el médico, desplazando su butaca para aproximarla a la del señor Goodchild— se hacen, con el transcurso del tiempo, muy pesados. Le contaré una cosa. Puede usted darle el uso que quiera, bajo nombres ficticios. Sé que puedo confiar en usted. Esta noche me siento especialmente proclive a las confidencias debido a que

inesperadamente he retrocedido, en el curso de nuestra conversación en la hostería, a ciertos momentos de mi vida pasada. ¿Querría usted acercarse un poco más?

El señor Goodchild se acercó un poco más, y el doctor inició su relato, hablando casi siempre en un tono tan cauteloso que el viento, aunque no soplaba con excesiva fuerza, hacía su voz ocasionalmente inaudible.

—Cuando el actual siglo diecinueve era bastante más joven de lo que es hoy, un amigo mío llamado Arthur Holliday llegó por azar a la ciudad de Doncaster exactamente en mitad de la semana de carreras, o, dicho en otras palabras, a mediados del mes de septiembre. Mi amigo era uno de esos caballeros jóvenes, temerarios, ligero de cascos y vociferante que poseen el don de la familiaridad en su más alto grado de perfección y que han venido al mundo a pasárselo bien, haciendo amigos, como suele decirse, dondequiera que van. Su padre era un fabricante muy rico, que por añadidura había comprado tierras en uno de los condados del centro del país en cantidad suficiente para que todos los terratenientes del lugar le envidiasen. Arthur era su único hijo, y heredaría las grandes fincas y los grandes negocios cuando su padre muriese; estaba bien provisto de dinero y vigilado sin excesivo rigor mientras el padre vivió. La información disponible, o los chismes, según se prefiera, afirmaban que el anciano caballero había sido bastante disoluto en su juventud, por lo cual, a diferencia de la mayoría de los progenitores, no tendía a mostrarse violentamente indignado cuando observaba que su hijo le seguía los pasos. Esto puede ser cierto o no serlo. Yo sólo conocí personalmente al viejo señor Holliday cuando ya tenía muchos años, y entonces era un caballero tranquilo y respetable como el que más.

»Bien, un cierto mes de septiembre, como he dicho, el joven Arthur se encontró en Doncaster y decidió de pronto, a su manera atolondrada, que iría a las carreras. No llegó a la ciudad hasta el anochecer, y se dispuso a ocuparse de inmediato de su cena y alojamiento en el hotel principal. Estaban dispuestos a servirle la cena, pero, en cuanto al alojamiento, se rieron apenas lo mencionó. En Doncaster, durante la semana de carreras, es cosa frecuente que los visitantes que no han reservado habitaciones pasen la noche en el interior de sus carruajes a las puertas de los establecimientos hoteleros. Por lo que respecta a los forasteros menos adinerados, yo mismo los he visto a menudo durmiendo a la intemperie en las escaleras por falta de una habitación donde cobijarse. Aun siendo tan rico como era, las posibilidades de Arthur de encontrar alojamiento (visto que no había escrito de antemano para asegurárselo) eran más que dudosas. Lo intentó en el segundo hotel, y en el

tercero, y luego en dos de las hosterías de inferior categoría; y en todas partes recibió la misma respuesta. No quedaba ni una sola habitación disponible para pasar la noche. De nada le servirían todos los relucientes soberanos de oro que llevaba en su bolsa para disponer de una cama en Doncaster durante la semana de carreras.

»Para un personaje joven y dotado del temperamento de Arthur, la novedad de verse arrojado a la calle como un vagabundo sin dinero en todas las casas donde había solicitado habitación se presentaba como una experiencia inédita y extremadamente divertida. Persistió en su empeño, con la maleta en la mano, pidiendo una cama en todos los lugares de atención al viajero que pudo encontrar en Doncaster, hasta que fue a parar a las afueras de la ciudad. En aquellos momentos ya se habían desvanecido los últimos fulgores del crepúsculo, una luna borrosa se elevaba entre la bruma, el viento era frío, las nubes se amontonaban y todos los indicios señalaban que no tardaría en llover.

»El desapacible aspecto de la noche tuvo un efecto más bien deprimente en el animoso talante del joven Holliday. Empezó a considerar la situación de desamparo en que se hallaba desde un punto de vista más serio que humorístico; y echó un vistazo a su alrededor, en busca de algún otro establecimiento público, con la mente algo más inquieta por el asunto de su alojamiento nocturno. Los suburbios hacia los cuales se había desviado ahora estaban apenas iluminados, y nada le era posible distinguir de los edificios ante los cuales pasaba, excepto que se hacían progresivamente más pequeños y sucios cuanto más se alejaba. Al fondo de la sinuosa calle que tenía enfrente se percibía el mortecino resplandor de un farol de aceite, la única luz, débil y solitaria, que combatía en vano contra la brumosa oscuridad que lo rodeaba. Determinó continuar hasta aquel farol, y si su luz no le mostraba nada que tuviese la apariencia de una hostería, regresaría al centro e intentaría por lo menos conseguir una silla donde pasar la noche sentado, en uno de los principales hoteles de la ciudad.

»Cuando se aproximaba al farol oyó voces, y al detenerse bajo su luz descubrió que alumbraba la entrada de una angosta callejuela, en cuya pared había pintada una mano larga, en un ya desteñido color carne, cuyo índice extendido señalaba esta inscripción: “Los Dos Petirrojos”.

»Arthur entró en la callejuela sin vacilar, dispuesto a averiguar qué podían hacer por él los dos petirrojos. Cuatro o cinco hombres se encontraban reunidos ante el zaguán de la casa que se hallaba al final de la calle. Todos ellos escuchaban a otro, que iba mejor vestido que los demás, quien les estaba

contando algo a media voz, con gran interés, al parecer, por parte de los oyentes.

»Al llegar al zaguán, Arthur se cruzó con un forastero que llevaba en la mano una bolsa de viaje y que, evidentemente, abandonaba la casa.

»—No —dijo el viajero de la bolsa, dirigiéndose jovialmente a un hombre grueso, calvo y de aspecto apocado, ataviado con un sucio delantal blanco, que le había seguido por el pasaje—. No, señor hostelero, yo no me asusto fácilmente por fruslerías; pero no me importa confesar que no estoy dispuesto a soportar esto.

»En cuanto oyó esas palabras, el joven Holliday supuso que al forastero le habrían pedido un precio exorbitante por una cama en Los Dos Petirrojos y que no quería o no podía pagarlo. Y apenas el viajero volvió la espalda, Arthur, consciente de su bien provista bolsa, se dirigió con gran presteza, temeroso de que otro viajero en busca de habitación se le anticipase, al hostelero calvo, de aspecto apocado y sucio delantal.

»—Si tiene usted una cama disponible —dijo—, y si el caballero que acaba de marcharse no quiere pagar el precio que le pide, yo sí lo haré.

»El tímido hostelero miró fijamente a Arthur.

»—¿Lo hará usted, señor? —preguntó, con aire meditativo e inseguro.

»—Diga el precio —replicó el joven Holliday, creyendo que las dudas del hostelero eran porque recelaba de él—. Diga el precio y le daré el dinero de inmediato, si quiere.

»—¿Qué le parecen cinco chelines? —inquirió el hostelero, restregándose la doble papada y mirando pensativo al cielo.

»Arthur casi se echó a reír en sus propias narices, pero consideró prudente dominarse y le ofreció los cinco chelines con toda la seriedad de la que fue capaz. El tímido hostelero tendió la mano, y súbitamente la retiró de nuevo.

»—Se comporta usted conmigo con nobleza y corrección —declaró—, así que, antes de aceptar su dinero, procederé de igual modo. Mire, ésta es la cuestión: por cinco chelines puede usted tener una cama para usted solo, pero no tendrá más que la mitad de la habitación donde está instalada la cama. ¿Comprende lo que quiero decir, joven caballero?

»—Por supuesto que sí —respondió Arthur, ligeramente irritado—. ¿Eso significa que es una habitación con dos camas y que una de las camas está ocupada?

»El hostelero asintió con la cabeza y se restregó la doble papada con mayor vigor que antes. Arthur titubeó y dio un par de pasos hacia la puerta. La idea de dormir en una habitación con alguien totalmente extraño no le

hacía mucha gracia. Se sentía tentado a guardar los cinco chelines en su bolsa y regresar a la calle una vez más.

»—¿Es sí o no? —preguntó el hostelero—. Decídalo lo antes posible porque, además de usted, son innumerables las personas que esta noche buscan una cama en Doncaster.

»Arthur miró a la callejuela y oyó que comenzaba a llover a cántaros en el exterior. Sin embargo, antes de decidirse a abandonar precipitadamente el refugio de Los Dos Petirrojos, creyó conveniente hacer una o dos preguntas:

»—¿Qué clase de hombre es el que ocupa la otra cama? —inquirió—. ¿Es un caballero? Es decir, ¿se trata de una persona tranquila y de buenos modales?

»—Es el hombre más tranquilo con que me he tropezado —dijo el hostelero, frotándose sus gruesas manos—. Sobrio como un juez, y tan sistemático en sus hábitos como un reloj. No son todavía las nueve, y no lo eran hace diez minutos, y ya está en la cama. No sé si esto se ajusta a su concepto de un hombre tranquilo, pero le aseguro que rebasa el concepto que tengo yo.

»—¿Cree que estará ya dormido? —insistió Arthur.

»—Sé que está dormido —replicó el hostelero—. Y lo que es más, se ha dormido tan deprisa que le garantizo que no podrá despertarlo. Por aquí, señor —añadió, hablando por encima del hombro del joven Holliday, como si interpelase a un nuevo huésped que entrara en la casa.

»—Aquí tiene —dijo Arthur, decidido a anticiparse al intruso, quienquiera que fuese—. Me quedo con la cama.

»Y entregó los cinco chelines al hostelero, quien los agradeció con un gesto, dejó caer descuidadamente las monedas en un bolsillo de su chaleco y a continuación encendió una vela.

»—Venga y verá la habitación —dijo el patrón de Los Dos Petirrojos, mostrando el camino hacia las escaleras con sorprendente ligereza, habida cuenta de lo gordo que estaba.

»Subieron al segundo piso de la casa. El hostelero entreabrió una puerta situada frente al rellano, y entonces se detuvo y se volvió a Arthur.

»Es un trato equitativo, piénselo, tanto por mi parte como por la suya —dijo—. Usted me entrega cinco chelines y yo le doy a cambio una cama limpia y confortable. Y le aseguro de antemano que bajo ningún concepto será importunado ni molestado por el hombre que duerme en la misma habitación que usted.

»Dicho esto, miró por un momento el rostro del joven Holliday y lo introdujo en la habitación.

»Era un cuarto más amplio y más pulcro de lo que Arthur había imaginado. Las dos camas estaban dispuestas en paralelo y entre ambas había unos dos metros de distancia. Las dos eran de tamaño mediano, y ambas tenían similares cortinas, lisas y blancas, que, en caso necesario, podían correrse en torno a cada una de ellas. La cama ocupada era la más próxima a la ventana. Sus cortinas habían sido corridas en su totalidad, salvo media cortina de la parte de los pies, en el lado de la cama más alejado de la ventana. Arthur observó que los pies del durmiente levantaban las sábanas formando una pequeña protuberancia, como si el hombre estuviera acostado boca arriba. Tomó la vela y avanzó sigilosamente para apartar la cortina; se detuvo a medio camino, escuchó por unos instantes y luego se volvió al hostelero.

»—Duerme de forma realmente silenciosa —dijo Arthur.

»—Sí —concedió el hostelero—, muy silenciosa.

»El joven Holliday reemprendió su avance con la vela y examinó cautelosamente al hombre.

»—¡Qué pálido está! —dijo Arthur.

»—Sí —replicó el hostelero—, bastante pálido, ¿no?

»Arthur miró al hombre desde más cerca. Tenía subida la sábana hasta la barbilla pero el pecho no se movía lo más mínimo.

»Sorprendido y vagamente alarmado cuando reparó en ello, Arthur se inclinó para aproximarse más aún al forastero; examinó sus labios entreabiertos y cenicientos; escuchó un instante conteniendo el aliento; miró de nuevo aquella cara extrañamente rígida, los labios y el pecho inmóviles; y se volvió de inmediato al hostelero, con sus propias mejillas tan pálidas en aquel momento como las mejillas hundidas del hombre que yacía en la cama.

»—Venga usted aquí —murmuró en voz muy baja—. ¡Venga usted aquí, por el amor de Dios! Este hombre no duerme: ¡está muerto!

»—Lo ha descubierto usted antes de lo que yo suponía —dijo el hostelero con aplomo—. Sí, está muerto, por descontado. Murió hoy a las cinco.

»—¿Y de qué murió? ¿Quién es? —preguntó Arthur, momentáneamente desconcertado por la audaz frialdad de la respuesta.

»—Respecto a quién pueda ser —añadió el hostelero—, no sé más de lo que usted sabe. Sus libros, sus cartas y todas sus cosas están envueltos en ese papel marrón de ahí y sellados, a disposición de la indagatoria que el juez de instrucción abrirá mañana o pasado. Se ha alojado aquí durante una semana, ha pagado religiosamente, la mayor parte del tiempo sin salir a la calle, como

si no se sintiera bien. Mi chica le ha subido el té, hoy, a las cinco, y mientras se lo servía él ha sufrido un desmayo, o un paroxismo, o las dos cosas a un tiempo, por lo que yo sé. No hemos conseguido reanimarle, y yo he dictaminado que estaba muerto. Y tampoco el médico ha logrado que volviera en sí, y asimismo ha dictaminado que había muerto. Y eso es todo. Y la indagatoria del juez de instrucción comenzará tan pronto como sea posible. Y no sé absolutamente nada más.

»Arthur sostenía la vela ante los labios del hombre. La llama continuaba ardiendo perfectamente vertical, inalterable. Hubo un momento de silencio, que la lluvia subrayó melancólicamente con su golpeteo en los cristales de la ventana.

»—Si no tiene usted más que decirme —continuó el hostelero—, supongo que debo retirarme. No esperará usted que le devuelva los cinco chelines, ¿verdad? Aquí está la cama que le he prometido, limpia y confortable. Aquí está el hombre que le he garantizado que no le molestaría, quieto para siempre en este mundo. Si le da miedo quedarse a solas con él, eso ya no es asunto mío. Yo he cumplido mi parte del trato, y tengo intención de quedarme el dinero. No soy nativo de Yorkshire, joven caballero, pero he vivido en estos lugares el tiempo suficiente para aguzar el ingenio; y no me extrañaría que usted encontrase la manera de que se le aguce el suyo la próxima vez que se halle entre nosotros.

»Con estas palabras el hostelero se dirigió a la puerta, riendo quedamente para sí, satisfecho de su propia astucia.

»Pese a sentirse sorprendido y turbado, Arthur se había restablecido lo suficiente para preguntarse acerca de la triquiñuela de que había sido objeto, y en particular por la forma insolente en que el hostelero se regodeaba en ella.

»—No se ría —dijo secamente— hasta que esté seguro de que tiene motivos. No le he dado los cinco chelines porque sí. Me quedo con la cama.

»—¿De veras? —replicó el hostelero—. Pues entonces le deseo una buena noche.

»Tras esta escueta despedida, salió y cerró la puerta a sus espaldas.

»¡Una buena noche! Apenas habían sido pronunciadas aquellas palabras, apenas se había cerrado la puerta, y ya Arthur casi se arrepentía de lo que había dicho involuntariamente. Aunque por naturaleza no era en exceso aprensivo ni le faltaba coraje, tanto físico como moral, la presencia del hombre muerto tuvo sobre su mente un efecto glacial en cuanto se encontró solo en la habitación; solo y obligado además por sus impulsivas palabras a quedarse allí hasta la mañana siguiente. Un hombre de más edad no habría

pensado nada de tales palabras y habría actuado, respecto a ellas, según le dictase su sentido común. Pero Arthur era demasiado joven para afrontar con desdén el ridículo, incluso ante personas de condición inferior; demasiado joven para no temer la momentánea humillación de haber de desmentir su propia y alocada bravata, o cuando menos para no temerla más que a la prueba de pasar una larga noche en la misma habitación que un muerto.

»—Sólo son unas pocas horas —se dijo a sí mismo—. Me marcharé en cuanto apunte el día.

»Cuando se le ocurrió esta idea estaba mirando hacia la cama ocupada, y la bien perceptible y angular protuberancia que en las sábanas formaban los pies del muerto atrajo de nuevo su atención. Se adelantó a correr del todo las cortinas, absteniéndose deliberadamente de mirar el rostro del cadáver mientras lo hacía, no fuera que con ello se grabase en su mente alguna impresión desagradable que le afectase a los nervios. Así que corrió la cortina con mucha suavidad y suspiró cuando la hubo cerrado.

»—Pobre hombre —dijo con tanta tristeza como si hubiera conocido al difunto—. ¡Ah, pobre hombre!

»Se situó ante la ventana. La noche era negra y no consiguió ver nada. La lluvia seguía golpeando rudamente los cristales. Dedujo, al oírla, que la habitación estaba en la parte trasera de la casa, pues recordaba que la fachada se hallaba protegida de las inclemencias del tiempo por la estrechez de la callejuela y la altura de los edificios del lado contrario.

»Mientras estaba frente a la ventana (porque incluso la melancólica lluvia era un alivio, debido al ruido que producía, y también porque estaba en movimiento y, en consecuencia, ofrecía una leve sugestión de vida y compañía), mientras estaba frente a la ventana y miraba sin ver hacia la densa oscuridad del exterior, oyó que el reloj de un lejano campanario tocaba las diez. ¡Sólo eran las diez! ¿Cómo iba a pasar el tiempo hasta que la casa recobrara su actividad a la mañana siguiente?

»En otras circunstancias habría bajado al salón del establecimiento, habría pedido un grog, y habría reído y charlado con la gente allí congregada tan familiarmente como si la conociera de toda la vida. Pero la mera idea de matar el tiempo de aquella manera le resultaba ahora desagradable. La inusitada situación en que se encontraba parecía haber producido ya un cambio en su persona. Hasta entonces, su vida había sido la común, frívola, prosaica y superficial existencia de un joven rico, sin problemas que resolver ni dificultades que afrontar. No había perdido a ningún ser amado, a ningún amigo querido. Hasta aquella noche, cualquier porción que le correspondiese

de la herencia imperecedera, que se encuentra dividida entre todos nosotros, permanecía dormida en su interior. Hasta aquella noche, la Muerte y él no se habían encontrado ni una sola vez, ni siquiera en sus pensamientos.

»Dio unas cuantas vueltas de un lado a otro de la habitación, y después se detuvo. El ruido que producían sus botas sobre el suelo mal alfombrado le perturbaba el oído. Dudó un momento y acabó quitándose las botas para caminar en silencio. Ya no deseaba dormir o descansar. La sola idea de tenderse en la cama le recordaba la siniestra figura del hombre muerto. ¿Quién habría sido aquel hombre? ¿Cuál sería la historia de su vida? Debió de ser pobre, o de lo contrario no se habría alojado en un lugar como la hostería de Los Dos Petirrojos; y estaría consumido, probablemente, por una larga enfermedad, o no habría muerto de la manera que el hostelero describió. Pobre, enfermo, solitario; muerto en una cama extraña; muerto sin que nadie, salvo otro extraño, se apiadase de él. Una triste historia; ciertamente, a juzgar por las apariencias, una muy triste historia.

»Mientras estos pensamientos rondaban por su cabeza, Arthur se había detenido sin querer en la ventana, cerca de la cual estaban los pies de la cama con las cortinas corridas. Primero miró al techo distraídamente; después reparó en que lo estaba mirando con fijeza; y, por último, se apoderó de él un deseo perverso, el de hacer precisamente la única cosa que hasta aquel momento se había propuesto no hacer: mirar al hombre muerto.

»Tendió la mano hacia las cortinas; pero se contuvo cuando se disponía a recorrerlas, se dio la vuelta rápidamente y se dirigió hacia la chimenea con intención de distraerse con los objetos que allí había y apartar así al muerto de su mente. En la repisa de la chimenea había un tintero de peltre con restos de tinta seca. Había dos adornos de porcelana de lo más corriente; y un rectángulo de cartulina repujada, sucia, cubierta de manchas de moscas, que tenía impresa una colección de detestables acertijos escritos en todas direcciones, zigzagueantes y en tintas de varios colores. Arthur tomó la cartulina y se acercó a la mesa para leerla, donde estaba la vela. Y se sentó, resueltamente de espaldas a la cama de cortinas corridas.

»Leyó el primer acertijo, el segundo, el tercero, todos ellos en una cara de la cartulina; luego le dio la vuelta con impaciencia, en busca de otros. Antes de que empezara a leer los acertijos impresos en el dorso, le detuvo el sonido del reloj del campanario lejano. Las once. Había pasado ya una hora de su tiempo en aquella habitación y en compañía del cadáver.

»Le echó un vistazo de nuevo a la cartulina. No era fácil distinguir las letras impresas en ella, debido a la poca luz que el hostelero le había dejado:

una vela barata de sebo provista de un par de pesadas y anticuadas despabiladeras de acero. Hasta aquel instante, su mente había estado demasiado ocupada para pensar en la luz. No había espabilado la mecha de la vela, de modo que ahora era más alta que la llama y se había quemado hasta formarse en su extremo un extraño sobradillo del cual caían, de vez en cuando, fragmentos de algodón chamuscado, en pequeños copos. Tomó las despabiladeras y cortó la mecha. La luz brilló con mayor fuerza y la habitación no pareció tan deprimente.

»De nuevo se ocupó de los acertijos; los leyó con atención, casi con empecinamiento, primero en una cara de la cartulina, luego en la opuesta. No consiguió, sin embargo, concentrarse en ellos. Se entregó a su ocupación de modo inconsciente y nada sacó en claro de lo que leía. Era como si una sombra procedente de la cama rodeada de cortinas se hubiera interpuesto entre su mente y las alegres letras allí impresas; una sombra que nada lograba disipar. Finalmente, renunció al esfuerzo, arrojó la tarjeta con impaciencia y reanudó sus silenciosos pasos de un lado a otro de la habitación.

»El muerto, el muerto, ¡el muerto oculto en la cama! Ésa era la única y persistente idea que lo obsesionaba. ¡Oculto! ¿Era sólo la presencia del cadáver, o era la presencia de un cadáver oculto lo que ofuscaba su mente? De nuevo se detuvo ante la ventana, vacilante; de nuevo prestó oído al repiqueteo de la lluvia, de nuevo contempló la negrura de la noche.

»¡Siempre el muerto! La oscuridad del exterior le apartó aquel pensamiento de su mente para revivir con dolorosa claridad la impresión que había tenido cuando vio el cadáver por primera vez. Al poco tiempo, el rostro de aquel hombre pareció flotar en medio de las tinieblas, enfrentándosele a través de la ventana, con la palidez más acentuada, la espantosa línea de luz inerte entre los párpados mal cerrados más ancha que cuando él la vio, los labios entreabiertos más y más separados y los rasgos cada vez más grandes y más próximos, hasta que parecieron llenar la ventana, silenciar la lluvia y expulsar la noche.

»El sonido de una voz que gritaba al pie de las escaleras lo sacó súbitamente de aquel estado provocado por su imaginación desmedida. La voz, como reconoció, era del hostelero.

»—Cierra a las doce, Ben —le oyó decir—. Yo me voy a la cama.

»Se secó el sudor que le bañaba la frente, razonó consigo mismo un instante y resolvió airear su mente y liberarla de la horrible impostura a la que aún se aferraba para enfrentarse, aunque sólo fuera un momento, a la solemne

realidad. Sin vacilar ni un instante descorrió las cortinas de los pies de la cama, y miró.

»Allí estaba, apoyado en la almohada, el blanco rostro, triste y apacible, envuelto en el impresionante misterio de la inmovilidad. ¡Ni la más mínima conmoción, ni el más ligero cambio! Lo contempló un instante antes de volver a correr las cortinas; pero aquel instante lo tranquilizó, lo calmó, lo devolvió en cuerpo y alma a su propio ser.

»Reemprendió entonces su anterior actividad de andar de un lado a otro de la habitación, y perseveró en ella, hasta que el reloj sonó de nuevo. Las doce.

»Cuando cesó el sonido de la campana, le siguió el rumor confuso, en el piso de abajo, de los clientes del bar, que abandonaban la casa. Tras un momento de silencio, el siguiente sonido lo provocó el barrado de la puerta y el cierre de los postigos en la parte trasera de la hostería. Después se hizo de nuevo el silencio y ya nada lo perturbó.

»Ahora estaba solo, completamente solo con el muerto, hasta la mañana siguiente.

»La mecha de la vela debía espabilarse de nuevo. Arthur se dispuso a hacerlo, pero se detuvo bruscamente con las despabiladeras en la mano y miró la vela con atención, luego miró la cama, por encima del hombro, con sus cortinas, y finalmente la vela de nuevo. Ésta había sido encendida para mostrarle el camino escaleras arriba, y por lo menos sus tres cuartas partes se habían consumido ya desde entonces. Una hora más y se habría quemado del todo. Al cabo de una hora (salvo que llamase de inmediato al hombre que había cerrado la hostería y le pidiera una nueva vela) se encontraría sumido en la oscuridad. Por mucho que su ánimo se hubiera visto turbado desde que entró en la habitación, su temor irracional a caer en el ridículo y a arrojar sospechas sobre su coraje aún conservaba la compostura, ni siquiera en aquellas circunstancias la había perdido. Se demoró, indeciso, junto a la mesa, intentando sobreponerse para abrir la puerta y llamar, desde el descansillo, al hombre que había cerrado la hostería. En su actual estado de ánimo, vacilante, fue una forma de alivio ganar unos momentos abstrayéndose en la trivial tarea de espabilar la candela. Sus manos temblaban un poco, y las despabiladeras eran pesadas y de uso incómodo. Cuando las cerró en torno a la mecha, lo hizo un poco por lo bajo. En un instante, la vela se apagó y la habitación se sumió en una negrura de alquitrán.

»La falta de luz produjo que su mente recelara de la cama de las cortinas; un recelo que no se concretó, pero que tuvo el suficiente poder para dejarlo

postrado en su butaca, acelerar los latidos de su corazón e inducirlo a escuchar atentamente. Ningún sonido se oía en el cuarto, salvo el familiar repiqueteo de la lluvia contra la ventana, más fuerte y agudo que antes.

»Sin embargo, la desconfianza y el temor inexpresable se habían adueñado de él y lo mantenían inmovilizado en su asiento. Al entrar en la habitación había dejado su maleta sobre la mesa, y ahora sacó la llave del bolsillo, tendió la mano cautelosamente, la abrió y buscó en su interior su lapicero, donde sabía que guardaba una pequeña reserva de fósforos. Cuando encontró uno de ellos, aguardó unos instantes antes de rascarlo contra la áspera madera de la puerta y, sin saber por qué, escuchó de nuevo con gran atención. Seguía sin oírse en la habitación más que el monótono, persistente y reiterado rumor de la lluvia.

»Encendió de nuevo la vela, ya sin más demora, y lo primero que sus ojos buscaron en cuanto la mecha prendió fue la cama con sus cortinas corridas.

»Y al mirarla vio, en esta ocasión, una larga mano blanca que colgaba de un lado.

»Estaba inmóvil, hacia la mitad de la cama, en el punto donde coincidían la cortina de la cabecera y la de los pies. No se veía nada más. La cortina lo ocultaba todo, salvo la larga mano blanca.

»Se quedó mirándola incapaz de moverse, incapaz de llamar, sin sentir nada, sin entender nada, con todos los sentidos aunados y dispersos en uno solo: el de la vista. Nunca supo, después, cuánto tiempo había permanecido presa de aquel pánico. Pudo ser sólo un momento; pudieron ser varios minutos. El modo en que se dirigió a la cama (si se precipitó, o si se aproximó a ella lentamente), cómo descorrió las cortinas y miró en su interior, no ha podido recordarlo, ni lo recordará jamás hasta el día de su muerte. Basta con que, en efecto, llegara hasta la cama y mirase detrás de las cortinas.

»El hombre se había movido. Uno de sus brazos aparecía fuera de las sábanas; la cabeza se había ladeado un poco sobre la almohada; sus párpados estaban completamente abiertos. Aunque había cambiado de posición y se había alterado alguno de sus rasgos, su rostro continuaba terrorífica y maravillosamente imperturbable. La mortal palidez y la mortal serenidad persistían.

»A Arthur le bastó con una sola mirada para percatarse de todo esto; una mirada sólo, antes de que se precipitara sin aliento hacia la puerta y alarmase a la casa entera.

»El hombre a quien el hostelero había llamado Ben fue el primero en aparecer en la escalera. En definitiva, Arthur le contó lo que había pasado y lo

envió en busca del médico más próximo.

»Yo, quien le cuento ahora esta historia, ejercía por aquel entonces en Doncaster con otro médico, amigo mío, y me ocupaba de sus pacientes con motivo de una estancia suya en Londres, por lo que, en aquel momento, era yo el médico más próximo. Me habían llamado de la hostería cuando el forastero enfermó por la tarde, pero no estaba en casa y tuvieron que buscar asistencia médica en otro lugar. Cuando el hombre de Los Dos Petirrojos hizo sonar mi campanilla de noche, yo estaba a punto de acostarme. Como es natural, no creí una sola palabra acerca de la historia de “un muerto que ha recobrado la vida”. Pese a ello, me encasqueté el sombrero, cogí un par de frascos de medicamentos reparadores y corrí a la hostería, esperando no encontrar nada más que un paciente que había sufrido algún tipo de ataque.

»Mi sorpresa al comprobar que el hombre había dicho la verdad fue superada, o por lo menos igualada, por el pasmo, nada más entrar en aquel cuarto, de encontrarme cara a cara con Arthur Holliday. No era aquél el momento de dar ni pedir explicaciones. Nos limitamos a estrecharnos la mano, asombrados, y enseguida ordené que todo el mundo, excepto Arthur, saliera del dormitorio, y me apresuré a asistir al hombre que yacía en la cama.

»El fuego de la cocina no llevaba mucho tiempo apagado. Había abundante agua caliente en el caldero y, en la casa, todas las mantas necesarias. Con ello, además de mis medicamentos, y de toda la ayuda que Arthur prestó, arranqué literalmente a aquel hombre de las fauces de la muerte. Menos de una hora después de que me avisaran, él estaba vivo y coleando, en el mismo lecho donde había yacido en espera de la indagatoria del juez de instrucción.

»Naturalmente, me preguntará usted qué le había ocurrido; y yo podría abrumarle con una larga teoría, ampliamente aderezada con lo que los niños llaman palabras difíciles. Prefiero decirle que, en aquel caso, ninguna teoría podía establecer satisfactoriamente una relación de causa y efecto. En la vida y en las condiciones de vida, hay misterios en los que la ciencia aún no ha penetrado; y sinceramente le confieso que, al devolver a aquel hombre a este mundo, yo estaba, moralmente hablando, tanteando en la oscuridad. Sé (por el testimonio del médico que le atendió por la tarde) que la maquinaria vital, en el grado en que su acción es perceptible por nuestros sentidos, indudablemente se había detenido; y tengo la misma certeza (puesto que yo fui quien lo reanimó) de que su hálito vital no se había extinguido. Si añado que había padecido una larga y complicada enfermedad y que su sistema nervioso estaba absolutamente alterado, le habré dicho cuanto sé realmente de

la condición física de mi paciente muerto-vivo de la hostería de Los Dos Petirrojos.

»Cuando “volvió en sí”, como se dice vulgarmente, ofrecía una visión alarmante, con la cara descolorida, las mejillas hundidas, los extraños ojos negros y el largo cabello oscuro. Por lo primero que me preguntó cuando pudo hablar, intuí que estaba atendiendo a un hombre de mi propia profesión. Así se lo hice saber y me dijo que había acertado.

»Me contó que había llegado de París, donde había ejercido como agregado en un hospital; que había llegado recientemente a Inglaterra, camino de Edimburgo, donde continuaría sus estudios; que se había sentido indispuerto durante el viaje y que se detuvo en Doncaster para descansar y recuperarse. No dijo ni una palabra sobre cómo se llamaba y quién era, ni por supuesto yo le interrogué sobre ello. Lo único que inquirí, cuando dejó de hablar, fue en qué deseaba especializarse.

»—Cualquier especialización —dijo amargamente— que permita comer a un hombre pobre.

»Al oír esto, Arthur, que hasta entonces había estado observándolo con silenciosa curiosidad, exclamó impetuosamente y con su habitual entusiasmo:

»—¡Querido compañero! —Todo el mundo era “querido compañero” para Arthur—. Ahora que ha vuelto a la vida, no debe mostrarse pesimista con respecto a su futuro. De su futuro me encargo yo. Puedo ayudarlo a alcanzar una buena posición en el sector médico; y si yo no pudiera, sé que mi padre podrá.

»El estudiante de medicina lo miró fijamente.

»—Muchas gracias —dijo con frialdad. Luego añadió—: ¿Puedo preguntarle quién es su padre?

»—Alguien sobradamente conocido en esta parte del país —replicó Arthur—. Un gran fabricante apellidado Holliday.

»Durante esta breve conversación, mi mano tenía asida la muñeca del hombre y en el instante en que fue pronunciado el nombre de Holliday noté que, bajo mis dedos, su pulso se agitaba, se detenía, reanudaba su latir con un sobresalto y a continuación, durante un par de minutos, latía a ritmo febril.

»—¿Cómo ha llegado usted aquí? —preguntó el forastero, con premura y excitación, casi con ímpetu.

»Arthur hizo un breve relato de cómo había alquilado su cama en la hostería y lo que había sucedido desde entonces.

»—De modo que el hijo del señor Holliday me ha salvado la vida —dijo el estudiante de medicina, como si hablara consigo mismo y con un singular

sarcasmo en la voz—. ¡Venga!

»Y mientras hablaba, le tendió su larga, blanca y huesuda mano derecha.

»—De todo corazón —dijo Arthur, tomando afectuosamente su mano—. Ahora ya puedo decirlo —añadió riendo—. Por mi honor que me asustó usted hasta el borde mismo de la locura.

»El forastero no pareció oírle. Sus fogosos ojos negros miraban el rostro de Arthur con vehemente interés, y sus largos y huesudos dedos retenían con fuerza la mano del joven Holliday. Éste, por su parte, le devolvió la mirada, asombrado e intrigado por el lenguaje y las extrañas maneras del estudiante de medicina. Sus rostros estaban muy juntos. Y ante mi asombro, quedé de pronto impresionado por el parecido que había entre los dos hombres; no en los rasgos ni en la complexión, sino en la expresión. Debió de ser un parecido intenso, de lo contrario yo no lo hubiese notado, pues soy por naturaleza lento en apreciar semejanzas entre las personas.

»—Me ha salvado usted la vida —dijo aquel extraño individuo, que seguía sin apartar la mirada del rostro de Arthur y estrechando aún su mano—. De haber sido mi propio hermano, no habría hecho por mí más de lo que ha hecho.

»Pronunció con un énfasis singular las palabras “mi propio hermano”, y su rostro se demudó al pronunciarlas; un cambio repentino que mis pocos recursos no alcanzan a describir.

»—Confío en que aún pueda resultarle útil —dijo Arthur—. Hablaré con mi padre tan pronto como regrese a casa.

»—Se aprecia que quiere usted a su padre y está orgulloso de él —dijo el estudiante de medicina—. Supongo que, como contrapartida, él le quiere y está orgulloso de usted.

»—¡Naturalmente que sí! —exclamó Arthur, riendo de nuevo—. ¿Hay algo raro en ello? ¿No está su padre orgulloso...?

»El forastero, repentinamente, soltó la mano de Arthur y volvió la cara.

»—Le ruego que me perdone —dijo Arthur—. Espero no haberle ofendido sin querer. ¿Quizá ha perdido usted a su padre?

»—Difícilmente puedo perder lo que nunca he tenido —añadió el estudiante con una risa sarcástica.

»—¿Lo que nunca ha tenido?

»El desconcertante individuo volvió a tomar la mano de Arthur y a mirarlo fijamente a la cara.

»—Sí —dijo, riendo de nuevo con sarcasmo—. Ha devuelto usted a un pobre diablo a un mundo donde no tiene nada que hacer. ¿Le sorprende?

¡Bien! Tengo razones para contar lo que otros hombres en mi situación mantienen generalmente en secreto. Yo no tengo nombre ni padre. ¡Las compasivas leyes de la sociedad me dicen que soy Hijo de Nadie! Pregúntele a su padre si quiere ser también mi padre y ayudarme en la vida dándome su apellido.

»Arthur me miró, más intrigado que nunca. Yo le hice una señal para que no añadiese nada, y a continuación volví a agarrar con mis dedos la muñeca de aquel hombre. ¡No! A despecho del extraordinario discurso que acababa de pronunciar, no estaba, como yo me inclinaba a sospechar, empezando a perder la cordura. Su pulso, al contrario, latía suave y lentamente, y su piel estaba húmeda y fresca. Tampoco mostraba ningún síntoma de fiebre o agitación.

»Al ver que ninguno de nosotros le contestaba, el estudiante se volvió hacia mí y comenzó a hablar de la extraordinaria naturaleza de su caso y me pidió consejo sobre el futuro tratamiento médico a que debería someterse. Yo dije que el caso requería ser estudiado en profundidad y que le extendería ciertas prescripciones a la mañana siguiente. Él me pidió que las escribiera de inmediato, ya que lo más probable era que abandonase Doncaster por la mañana, antes de que yo me levantara. De nada sirvió advertirle de la insensatez y el riesgo de semejante proceder. Me escuchó con cortesía y amabilidad, pero se mantuvo en sus trece, sin brindar razones ni explicaciones, e insistió en que si yo deseaba que siguiese mis prescripciones debía escribirlas enseguida. Al oír esto, Arthur me ofreció el recado de escribir que llevaba consigo; y al abrirlo, extrajo el papel de notas de su compartimiento con su descuido habitual, y con él cayeron sobre el cubrecama un paquetito de esparadrapo y una pequeña acuarela que representaba un paisaje.

»El estudiante cogió la pintura y la miró. Sus ojos se fijaron en unas iniciales pulcramente escritas, en monograma, en un ángulo del papel. Se sobresaltó y se echó a temblar; sus inquietantes ojos negros miraron de nuevo a Arthur fijamente.

»—Bonito dibujo —dijo, en un tono de voz notablemente tranquilo.

»—¡Ah, lo ha hecho una chica muy bonita! —explicó Arthur—. ¡Qué bonita es! ¡Desearía que eso no fuese un paisaje, sino un retrato suyo!

»—¿La admira usted mucho?

»Arthur, medio en broma, medio en serio, se besó la mano como respuesta.

»—¡Amor a primera vista! —añadió, guardando de nuevo la acuarela—. Pero las cosas no han ido por buen camino. La vieja historia de siempre. Ella está comprometida, como suele ocurrir. Atada por un desatinado compromiso a un hombre pobre que nunca tendrá dinero suficiente para casarse con ella. Fue una suerte que me enterase de ello a tiempo, pues ciertamente estaba dispuesto a declararme cuando me dio ese pequeño paisaje. ¡Tome usted, doctor! Aquí tiene pluma, tinta y papel, listos para servirle.

»—¿Cuándo le dio ella ese paisaje? Se lo dio. Se lo dio.

»Repitió las palabras lentamente, como para sí mismo, y de pronto cerró los ojos. Una momentánea mueca alteró su rostro, y observé cómo una de sus manos agarraba las sábanas con fuerza. Pensé que iba a recaer en su dolencia y le rogué que no continuara hablando. Abrió los ojos mientras se lo decía, los volvió a fijar, escrutadores, en Arthur, y con voz lenta y clara dijo:

»—Usted la quiere y ella le quiere. El obstáculo del hombre pobre puede desaparecer de su camino. ¿Quién osaría afirmar, a fin de cuentas, que ella no va a entregarse a usted como le entregó su dibujo? —Y antes de que el joven Holliday atinase a responder, me miró y añadió en un murmullo—: Veamos ahora esa prescripción.

»A partir de entonces, aunque habló otras veces con Arthur, no volvió a mirarlo. Cuando yo hube escrito la prescripción, la examinó, la aprobó, y a continuación nos sorprendió a los dos deseándonos buenas noches. Me ofrecí a quedarme junto a él, pero sacudió negativamente la cabeza. Arthur se ofreció también a quedarse y respondió brevemente: “No”, con el rostro vuelto. Insistí en que alguien debía permanecer a su lado para vigilarlo. Cedió cuando comprendió que yo estaba realmente decidido, y dijo que aceptaría los servicios del camarero de la hostería.

»—Muchas gracias a ambos —añadió en el momento en que nos levantábamos para marcharnos—. Tengo que pedirle un último favor; no a usted, doctor, pues confío en que mantendrá su secreto profesional, pero sí al señor Holliday. —Sus ojos, mientras hablaba, continuaban fijos en mí y ni una sola vez miraron a Arthur—. Suplico al señor Holliday que no mencione a nadie, y mucho menos a su padre, los sucesos que han ocurrido aquí y las palabras que se han pronunciado en esta habitación. Le insto a que me entierre en su memoria como si, por lo que respecta a él, me hubieran enterrado en mi tumba. No me es posible explicar las razones de esta petición especial. Sólo puedo rogarle que me la conceda.

»Le tembló la voz por primera vez, y ocultó el rostro en la almohada. Arthur, completamente confundido, se lo prometió. Inmediatamente después

me llevé al joven Holliday a casa de mi amigo, resuelto a regresar por la mañana a la hostería y visitar de nuevo al estudiante de medicina antes de que partiese.

»Volví, en efecto, a la hostería a las ocho de la mañana, absteniéndome de despertar a Arthur, quien se reponía de la excitación de la noche anterior durmiendo en uno de los sofás de mi colega. Me había asaltado una sospecha, tan pronto como me quedé solo en mi cuarto, que me indujo a decidir que Holliday y el forastero cuya vida había salvado no debían, mientras yo pudiera evitarlo, volver a encontrarse. He aludido anteriormente a ciertas informaciones y chismorreos, que yo conocía, referentes al pasado del padre de Arthur. Mientras reflexionaba en mi cama sobre lo que había ocurrido en la hostería —la alteración del pulso del estudiante cuando oyó el apellido Holliday, la semejanza en la expresión que yo había descubierto en su rostro y el de Arthur, el énfasis que había puesto en las palabras “mi propio hermano” y el incomprensible reconocimiento de su propia ilegitimidad—, la información de la que disponía acudió de pronto a mi memoria y con rapidez se encadenó al hilo de mis reflexiones previas. Algo en mi interior susurró: “Es mejor que esos dos jóvenes no vuelvan a encontrarse”. Eso pensé antes de dormirme; eso pensé cuando desperté, y por ello, como digo, fui solo a la hostería a la mañana siguiente.

»Pero perdí mi única ocasión de ver de nuevo a mi anónimo paciente. Cuando pregunté por él hacía una hora que se había marchado.

»Hasta aquí he contado todo lo que sé acerca del hombre a quien devolví a la vida en aquella habitación de dos camas de la hostería de Doncaster. Lo que me dispongo a añadir ahora es fruto de inferencias y conjeturas y no constituye, estrictamente hablando, una verdad irrefutable.

»Debo decir, primero, que el estudiante de medicina resultó extraña e imprevisiblemente lúcido al predecir que Arthur Holliday se casaría con la joven dama que le había dado la acuarela. Este matrimonio se celebró cerca de un año después de los sucesos que acabo de relatar. La pareja fue a vivir en la vecindad, donde yo había establecido entonces mi consultorio. Asistí a la boda, y me sorprendió que Arthur se mostrara singularmente reservado conmigo, lo mismo antes que después de casarse. Sólo aludió a ello una vez, cuando nos quedamos solos. Me dijo que, en aquella ocasión, su esposa había hecho todo lo que el deber y el honor exigían de ella, y que el noviazgo previo se había roto con la plena aprobación de sus padres. Nunca le oí mencionar

nada más al respecto. Durante tres años, él y su esposa vivieron felices. Al finalizar este periodo, la señora Holliday padeció los primeros síntomas de una grave y larga enfermedad, persistente y sin esperanza. Yo la atendí en todo momento. Habíamos sido grandes amigos, y nuestra relación se estrechó aún más cuando enfermó. Mantuve con ella largas e interesantes conversaciones, en los periodos en que su padecimiento era menor. Una de ellas me parece oportuno resumirla aquí, dejándole a usted que saque sus propias conclusiones.

»Fue poco antes de que muriera. La visité una tarde, como de costumbre, y la encontré sola, con una expresión en los ojos que me indicó que había estado llorando. Al principio me dijo sólo que había pasado por una profunda depresión; pero, poco a poco, se volvió más comunicativa y me confesó que había estado releendo viejas cartas que, antes de conocer a Arthur, le había escrito un hombre al que había estado prometida. Le pregunté por qué se rompió el compromiso. Ella repuso que no se rompió, sino que se extinguió de forma misteriosa. La persona con quien estaba comprometida (su primer amor, lo llamaba) era sumamente pobre y no existían perspectivas inmediatas de boda. Él quería ser médico como yo y se trasladó al extranjero para estudiar. Se escribieron regularmente, hasta el momento en que, según ella, él regresó a Inglaterra. A partir de entonces ya no supo más de él. Era un hombre de temperamento inquieto y sensitivo, y ella temió que pudiera haber hecho o dicho algo que lo hubiese ofendido. Fuera lo que fuese, él nunca volvió a escribirle; así que, tras esperar un año, ella se casó con Arthur. Pregunté cuándo había empezado el extrañamiento, y descubrí que la época en que dejó definitivamente de tener noticias de su primer amor correspondía exactamente a las fechas en que yo atendí a mi misterioso paciente de la hostería de Los Dos Petirrojos.

»Quince días después de esta conversación, ella murió. Con el paso del tiempo, Arthur volvió a casarse. En los últimos años, ha vivido principalmente en Londres y le he visto muy poco o nada.

»Pasó muchísimo tiempo antes de que yo pudiese extraer una conclusión de esta fragmentada historia. E incluso cuando le cuente esta última etapa, lo poco que tengo que decir no acaparará su atención más que unos instantes. Seis o siete años atrás, el caballero que le he presentado en esta habitación acudió a mí, con buenas recomendaciones profesionales, para ocupar el puesto de asistente mío. Nos encontramos, no como extraños, sino como amigos; la única diferencia entre nosotros fue que yo tuve una gran sorpresa al verlo, mientras que él no pareció sorprenderse en absoluto al verme a mí. Si

fuera mi hijo, o mi hermano, creo que no me querría más de lo que me quiere; sin embargo, jamás desde que está aquí se ha permitido la menor confidencia a propósito de su vida pasada. La primera vez que nos vimos advertí en su rostro algo que me resultaba familiar, y no obstante era también algo que, al mismo tiempo, sugería la idea de un cambio. Una vez se me pasó por la cabeza que mi paciente de la hostería podía ser un hijo natural del señor Holliday; y que, además, podía ser el hombre que estuvo prometido a la primera esposa de Arthur. Y aún me aferro a la idea de que el señor Lorn es el único hombre en Inglaterra que, si quisiera, podría aclararme esos dos puntos dudosos. Su cabello, hoy en día, no es negro, y sus ojos son más opacos que los ojos penetrantes que recuerdo, pero, pese a todo, se parece mucho al anónimo estudiante de medicina de mis años de juventud; se parece mucho a él.

»Y a veces, cuando regreso a horas tardías y le encuentro dormido, y le despierto, diría que es el mismísimo forastero de Doncaster enderezándose en la cama aquella memorable noche.

El doctor hizo una pausa. El señor Goodchild, que hasta entonces había seguido cada palabra que salía de sus labios, se inclinó ansiosamente hacia delante para preguntarle algo. Pero antes de que lo hiciera se levantó la aldabilla de la puerta, sin que un rumor de pasos al otro lado hubiese anunciado la proximidad de alguien. Una mano blanca, larga y huesuda apareció por la abertura, empujando suavemente la puerta, cuyo libre movimiento sobre los goznes fue entorpecido por una arruga de la alfombra.

—¡Esa mano! ¡Mire esa mano, doctor! —dijo el señor Goodchild, tocándolo.

El médico miró al señor Goodchild, y le murmuró con gravedad:

—¡Silencio! Ha regresado.

Capítulo 3

La mención de las carreras de Doncaster que hizo el médico de Cumberland inspiró al señor Francis Goodchild la idea de acercarse a Doncaster para asistir a ellas. Puesto que Doncaster estaba bastante lejos y muy apartado de la ruta de los aprendices holgazanes (suponiendo que algo pudiera estar apartado de su ruta, ya que no tenían ruta), la consecuencia inmediata fue que Francis consideró que durante la semana de las carreras Doncaster sería, de todas las indolencias posibles, la única que le satisfaría por completo.

Thomas, con una holgazanería autoimpuesta que reforzaba su indolencia natural, no compartía esa opinión. Objetó que un hombre obligado a yacer boca arriba, fuera en el suelo, en un sofá, en una mesa, en una hilera de sillas, o en cualquier superficie que sirviese para tenderse boca arriba, no estaba en condiciones para asistir a las carreras, y que no deseaba nada mejor que continuar tendido donde ahora se hallaba, deleitándose en contemplar las moscas del techo. Sin embargo, Francis Goodchild, que había estado paseando junto a su compañero por un recorrido de doce millas durante dos días, y que empezaba a dudar de si la vida le habría reservado la posibilidad de holgazanear, no sólo impuso su objeción, sino que impuso a Thomas Idle el plan que se había trazado (otra inspiración ociosa), que consistía en trasladar al citado Thomas a la orilla del mar y sumergir su pierna lesionada en una corriente de agua salada.

Precipitándose de cabeza en su dichoso plan, el señor Goodchild consultó inmediatamente el mapa del condado y descubrió con ardor que la más deliciosa porción de costa que uno podía encontrar dentro de los confines de Inglaterra, Irlanda, Escocia, Gales, la Isla de Man y las Islas del Canal, sumadas todas, estaba en Allonby, en la propia Cumberland. Frente a Allonby se encontraba la costa de Escocia, dijo el señor Goodchild con entusiasmo; en aquella costa escocesa había una bonita montaña escocesa: a través del glorioso canal se veían brillar luces escocesas, y en la misma Allonby abundaban los más diversos lujos de una vida sedentaria (de eso no cabía duda) con que un balneario marítimo podía alegrar el corazón de un hombre

indolente. Por añadidura, dijo el señor Goodchild con el dedo apoyado en el mapa, aquel exquisito retiro se comunicaba mediante una buena carretera con la estación de ferrocarril de un lugar llamado Aspatria, nombre que, en cierto modo, aludía a las perdidas glorias de Grecia y que iba asociado a una de las más atractivas y famosas mujeres helenas. El señor Goodchild continuó exhibiendo una ristra de aficiones clásicas y de elocuencia extremadamente fastidiosa para el señor Idle, hasta que resultó que, según la honorable pronunciación inglesa de aquella comarca de Cumberland, Aspatria se contraía en «Spatter»^[3]. Tras este descubrimiento adicional, el señor Goodchild no volvió a hablar del tema.

Camino de Spatter, al inválido Idle se lo acarreó, alzó, empujó, trajinó, embaló, metió y sacó de carruajes, metió y sacó de camas, metió y sacó de tabernas y cantinas, hasta que se encontró aspirando el olor del mar. Y he aquí a los aprendices avanzando galantemente en dirección a Allonby en un calesín, dispuestos a instalarse en aquel apacible valle marítimo hasta que la ajetreada temporada de Doncaster girase en su rueda, siguiendo el turno de las que en la crónica deportiva se llaman «Competiciones del mes».

—¿Se ve ya Allonby? —preguntó Thomas Idle.

—Yo aún no lo veo —respondió Francis, mirando por la ventanilla.

—Tiene que estar ahí —dijo Thomas Idle.

—Yo no lo veo —insistió Francis.

—Tiene que estar ahí —repitió Thomas Idle, malhumorado.

—¡El Señor me bendiga! —exclamó Francis, retirando la cabeza de la ventanilla—. ¡Supongo que es esto!

—Un balneario —replicó Thomas Idle, con la disculpable acritud de un inválido— no pueden ser cinco caballeros con sombrero de paja, en formación a un lado de una puerta, y cuatro señoras con sombrero y velo, en formación al otro lado, y tres gansos en un arroyuelo sucio delante de ellos, y las piernas de un chico colgando del pretil de un puente (con el cuerpo, me imagino, en el lado contrario del pretil), y un borrico que se aleja. ¿De qué estás hablando?

—Allonby, caballeros —dijo entonces la más acogedora de las hosteleras, abriendo la portezuela del calesín.

—Allonby, caballeros —dijo asimismo el más atento de los hosteleros, mientras abría la otra portezuela.

Thomas Idle cedió su brazo al diestro Goodchild y se apeó del vehículo. Apenas era capaz de andar renqueando, en lamentables condiciones y con ayuda de dos gruesos bastones; pero encarnaba bastante bien la imagen del

comodoro Trunion o de uno de los muchos gallardos almirantes del escenario teatral, quienes poseen cuantiosas fortunas, padecen gota, caminan con robustos bastones y tienen accesos de ira, además de pupilos y sobrinas. Envuelto en esta distinguida apariencia naval, Thomas avanzó a la manera de un cangrejo por una pequeña y limpia escalera hasta una pequeña y limpia habitación de mamparas, donde cuidadosamente se depositó a sí mismo en un sofá, agarrado a un bastón con cada mano y mostrando un aspecto extremadamente sombrío.

—Francis —dijo Thomas Idle—, ¿qué opinas de este lugar?

—Creo —respondió el señor Goodchild, radiante— que tiene todo lo que esperábamos.

—¡Ajá! —exclamó Thomas Idle.

—Allí está el mar —anunció el señor Goodchild, señalando la ventana—, y aquí —señalando el almuerzo dispuesto sobre la mesa— están las gambas. Vamos —el señor Goodchild miró por la ventana, como si buscase algo más, pero enseguida desplazó la mirada hacia al interior—, vamos a comérmolas.

Una vez que hubieron comido las gambas y encargado la cena, el señor Goodchild salió a explorar el balneario. Asumiendo el papel del coro en una tragedia griega, sin el cual Thomas no se hubiese enterado de nada, regresaba de vez en cuando para dar las explicaciones pertinentes.

En definitiva, era el lugar más delicioso que había visto jamás.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Thomas Idle.

—Pues está, como suele decirse, playa arriba y playa abajo, acá y allá —dijo el señor Goodchild, moviendo expresivamente la mano.

—Continúa —le instó Thomas Idle.

Era, siguió diciendo el señor Goodchild, debidamente interrogado, lo que podría llamarse un sitio primitivo. ¿Grande? No, no era grande. ¿Quién esperaba que fuera grande? ¿Forma? ¡Vaya pregunta! No tenía forma. ¿Qué clase de calles? Pues no había calles. ¿Comercios? Naturalmente que sí (bastante indignado). ¿Cuántos? ¿Quién va a un sitio a contar los comercios? Varios. ¿Seis? Quizá. ¿Una biblioteca? ¡Vaya, por supuesto! (otra vez indignado). ¿Una buena colección de libros? Probablemente, no puedo asegurarlo, sólo he visto las escaleras. ¿Algún salón de lectura? Naturalmente, hay un salón de lectura. ¿Dónde? ¡Dónde! Bueno, por allí. ¿Dónde es por allí? ¡Pues *allí*! Si el señor Idle hubiera estado en condiciones de echar una mirada a cierta franja de terreno baldío situada por encima de la marca de la marea alta, sembrada de piedras y malas hierbas, habría visto una especie de henil alargado, de ladrillo, ruinoso, contiguo a una dependencia también de ladrillo

y también ruinoso, un henil al que se accedía por una escalera exterior. Aquello era el salón de lectura, y si al señor Idle no le gustaba la idea de que la lanzadera de un telar funcionase en los bajos de un salón de lectura, era asunto suyo. *Él* no iba a dictar, suponía el señor Goodchild (nuevamente indignado), las leyes de la comunidad.

—A propósito —observó Thomas Idle—, ¿y la comunidad?

¡Bien! (el señor Goodchild continuó informando), una gentil comunidad. ¿Dónde estaba? ¡Ah!, estaba por allí. El señor Idle podría ver, esperaba, las copas de sus sombreros. ¿Otra vez aquellos nueve sombreros de paja, cinco caballeros y cuatro damas? Sí, por descontado. El señor Goodchild creía que no era de esperar que la comunidad se tocara con yelmos para complacer al señor Idle.

El señor Goodchild, después de haber recuperado el temple, informó por iniciativa propia que si uno quería ser primitivo, allí podía ser primitivo, y si quería ser indolente, allí podía ser indolente. En días sucesivos añadió que en el lugar había tres botes de pesca, pero ningún aparejo, y que igualmente había numerosos pescadores que nunca pescaban, que se ganaban la vida sólo contemplando el océano. El tipo de alimento que de esa contemplación obtenían para conservar las fuerzas, él no sabría definirlo, pero deducía que podía tratarse de una especie de iodina. El lugar se encontraba invadido por sus hijos, quienes estaban siempre colgados cabeza abajo en las construcciones públicas (dos pequeños puentes sobre el arroyo), siempre lesionándose a sí mismos o unos a otros, de manera que sus lamentos producían un ruido continuado más intenso que el que se habría escuchado en una población ajetreada. Las casas donde se alojaba la gente no estaban en ninguna parte en concreto y se hallaban en perfecta concordancia con la playa: más o menos agrietadas y deterioradas, como sus conchas, y todas vacías, lo mismo que éstas. Entre ellas había un edificio deshabitado, con las ventanas tapiadas, que miraba desesperadamente hacia Escocia como si pidiera auxilio, y que según se indicaba era un bazar (quien lo indicó debía saberlo), y en el cual se podía comprar todo cuanto uno necesitase; suponiendo que lo que uno necesitara no fuese más que una pequeña banqueta de playa o una carretilla de juguete. El arroyo se deslizaba o saltaba entre las casas y el mar, y el borrico estaba siempre corriendo, y cuando se acercaba al arroyo era ahuyentado a pedradas. Pero las piedras no le daban nunca y, en cambio, solían dar a algunos de los niños que colgaban cabeza abajo en las construcciones públicas, con lo que sus lamentos se volvían más

escandalosos. Aquel borrico era la diversión popular de Allonby y probablemente su manutención corría a cargo del erario público.

Las precedentes descripciones, suministradas en varias dosis y en días separados de aventurados descubrimientos, las concluía por separado el señor Goodchild al mirar por la ventana, volviendo a mirar al interior, y diciendo:

—Pero allí está el mar y aquí están las gambas. Vamos a comerlas.

Había en Allonby hermosas puestas de sol, cuando la playa baja y lisa, con sus charcos de agua y sus parches secos, se transformaba en largas barras de plata y oro en diversos estadios de incandescencia; y se gozaba de magníficas vistas (en días claros) de la costa de Escocia. Sin embargo, cuando llovía, Allonby se recogía bajo su naturaleza andrajosa y se convertía en una clase de sitio que el borrico parecía haber descubierto, de ahí que no le faltaran buenas razones para salir corriendo, desbocado. Thomas Idle se percató también de que el señor Goodchild, en una noble demostración de desinterés, estaba cada día más dispuesto a caminar hasta Maryport y volver, a recoger y despachar la correspondencia; y la mente de Thomas comenzó a sospechar que su amigo le engañaba y Maryport era un lugar claramente preferible.

En consecuencia, Thomas le dijo a Francis, un día en que ya habían mirado el mar y comido las gambas:

—Goodchild, desconfío de que tú vayas a Maryport, como el niño del cuento, para pedirle a ese pueblo que haraganees contigo.

—Juzga entonces —replicó Francis, adoptando el estilo de un libro de cuentos— con qué éxito. Voy a una localidad que es una porción del litoral de Bristol, con una pizca de Wapping, un condimento de Wolverhampton y un aderezo de Portsmouth, y le digo: «¿Quieres venir a holgazanear conmigo?». Y me responde: «No, porque soy excesivamente brumosa, y excesivamente mohosa, y excesivamente sombría y, en conjunto, excesivamente sucia; y porque tengo buques que cargar, alquitrán y brea que hervir, hierro que martillar, vapor que producir, humo que levantar, piedra que extraer y otras cincuenta cosas desagradables que hacer, así que no puedo holgazanear contigo». A continuación, me dirijo a las calles adoquinadas que suben y bajan por la colina, y en un momento estoy en una pastelería, y al momento siguiente en un salvaje escenario de marjales y ciénagas, más allá de los confines de la civilización, y a las lúgubres calles cubiertas de polvo negro les digo: «¿Queréis vosotras venir a holgazanear conmigo?». A lo cual replican: «No, ciertamente, no podemos, porque no tenemos ánimo y nos ha sobresaltado el eco de tus pasos sobre el pavimento, y tenemos en los

escaparates de nuestras tiendas tantos artículos que nadie quiere, y tenemos tanto que hacer para un público limitado que nunca viene, que nos sentimos todas de mal humor e incapaces de divertirnos con nadie». Así que voy a la estafeta de correos, y golpeo la ventanilla y le digo al encargado: «¿Quiere usted venir a holgazanear conmigo?». Y él me contesta: «No, realmente no puedo, pues vivo, como usted ve, en una estafeta de correos tan pequeña y mi existencia transcurre detrás de una ventanilla tan angosta que mi mano, cuando la saco, es como la mano de un gigante entrando por la ventana de la casita de un enano en una feria, y yo soy un mero anacoreta de estafeta de correos en una celda abrumadoramente pequeña, y no puedo salir, y no podría volver a entrar, y no tengo espacio donde holgazanear aunque quisiera». De modo que el chico —dijo el señor Goodchild concluyendo el relato— regresa, pese a todo, con la correspondencia y en adelante vive feliz.

Pero ¿no podría uno preguntarse, sin que le faltaran motivos (mientras Francis Goodchild vagaba de acá para allá, almacenando en su memoria continuas observaciones sobre personas y cosas y creyendo sinceramente que era la criatura más perezosa que jamás existiera), de qué modo Thomas Idle, tullido y confinado en la casa, se las ingeniaba para pasar las horas del día?

Tendido en el sofá, Thomas no hacía el menor intento para pasar las horas, sino que dejaba pasivamente que las horas pasaran por él. Otros hombres se habrían interrogado ansiosamente sobre sus perspectivas futuras; Thomas soñaba ociosamente con su vida pasada. Lo único que hizo, como la mayoría de las personas hubiera hecho en su lugar, fue proponerse realizar algunos cambios y mejoras en su forma de vivir, tan pronto como los efectos del infortunio quedaran atrás. Recordando que el curso de su vida había fluido hasta entonces en una apacible corriente de ociosidad, alterada ocasionalmente en su superficie por un ligero remolino de ocupaciones, sus actuales ideas sobre la reforma de sí mismo no le inclinaban —como el lector podría imaginarse— a proyectar planes para una nueva existencia de iniciativas y esfuerzos, sino, al contrario, a resolver que, si dependía de él, jamás volvería a trabajar ni a ocuparse en nada durante todo lo que le quedaba de vida.

Debe reconocérsele al señor Idle que su mente llegó a esta peculiar conclusión en distintos y lógicamente predecibles terrenos. Tras revisar gustoso, y con reiterados y necesarios intervalos de reposo, la trayectoria más bien plácida de su pasada existencia, descubrió que todos los grandes desastres que habían puesto a prueba su paciencia y su ecuanimidad se desencadenaron porque consintió en imitar algunos modelos perniciosos de

actividad y diligencia que otros le habían mostrado. Las pruebas a las que se alude a continuación fueron tres, y pueden resumirse así: primera, el desastre de ser un muchacho rechazado y poco popular en la escuela; segunda, el desastre de caer seriamente enfermo; tercera, el desastre de haber trabado conocimiento con un gran pelmazo.

El primer desastre se produce después de haber gozado Thomas de unos años dichosos, como un estudiante indolente y popular. En vísperas de unas navidades, un compañero que siempre le había gustado y en quien siempre había confiado le incitó con su mal ejemplo a que, dejando de ser fiel a sí mismo, compitiera por un premio en los exámenes parciales, para los cuales faltaba poco. Lo intentó y obtuvo el premio; cómo lo consiguió fue algo que no comprendió muy bien en aquel momento y que ahora ya no recuerda. Sin embargo, tan pronto como el premio —que era un libro (*Reflexiones morales a los jóvenes sobre el valor del tiempo*)— llegó a sus manos, comenzaron los problemas de su vida. Los chicos holgazanes se apartaron de él por traidor a la causa; los chicos aplicados lo evitaban como si de un intruso peligroso se tratara; y uno de ellos, que en ocasiones anteriores había ganado siempre el premio, expresó el justo resentimiento ante la pérdida de sus privilegios convocando a Thomas en el patio de recreo para propinarle allí la primera y auténtica paliza que recibiera en su vida. A partir de aquel momento ya no gozó de popularidad ninguna. Como los vencidos, que no pertenecen a ningún bando y son rechazados por todos, el joven Idle pronto perdió también prestigio entre sus profesores, igual que lo había perdido entre sus discípulos. Se había jugado la asentada reputación de ser el único miembro holgazán de la comunidad juvenil a quien resultaba inútil castigar. Nunca más oíría al jefe de estudios reprender a un chico aplicado que hubiera cometido una falta con estas palabras: «Habría esperado esto de Thomas Idle, pero es inexcusable en usted, señor, que sabe bien lo que hace». Nunca más, después de ganar aquel fatídico premio, escapó a la horrible palmeta vengativa y demás métodos correctivos. A partir de entonces, los profesores lo hicieron trabajar y los alumnos no lo dejaron jugar. A partir de entonces, su posición social decayó inexorablemente, y su vida en la escuela se convirtió en una onerosa carga.

Algo parecido ocurrió con el segundo desastre. Mientras fue perezoso, Thomas era un modelo de salud. Su primer intento de ejercicio físico y su primera enfermedad grave tuvieron una íntima relación de causa y efecto. Poco después de dejar la escuela, acompañó a un grupo de amigos a un campo de críquet, en su natural y adecuada calidad de espectador. En el campo se

percataron de que el número de jugadores era incompleto, y el complaciente Thomas fue persuadido para cubrir el puesto que faltaba. En un determinado momento le despertaron de su apacible siesta en un lecho de hierba seca y le situaron delante de tres *wickets* con un bate en la mano. Frente a él, detrás de otros tres *wickets*, se encontraba uno de sus amigos íntimos, ocupando la posición (según le informaron) de lanzador. No existen palabras para describir el horror y el asombro del señor Idle cuando vio que aquel joven (en ocasiones normales el más plácido y pacífico de los seres humanos) fruncía súbitamente las cejas, comprimía los labios, adquiría el aspecto de un salvaje enfurecido, cogía carrerilla y arrojaba con todas sus fuerzas una pelota detestablemente dura directamente contra las piernas de Thomas. Espoleado por el instinto de autoprotección a desarrollar una actividad corporal sobrenatural y una extraordinaria agudeza de vista, el señor Idle procuró, saltando hábilmente a un lado y utilizando su bate (pese a ser ridículamente estrecho para este propósito) a manera de escudo, poner su vida a salvo y preservar la integridad de sus miembros del vil ataque que contra ellos se había desatado y dejar que toda la fuerza del mortífero proyectil golpease contra el *wicket* en lugar de contra su pierna, y poner fin así a las entradas, por lo que a su equipo concernía, quedando inmediatamente fuera de juego. Satisfecho de haberse puesto a salvo, se disponía a regresar al lecho de hierba seca cuando fue perentoriamente detenido y se le dijo que le tocaba batear al otro equipo y que a él le correspondía ser defensa. Su concepción del complejo arte y del misterio de la caza de la pelota puede resumirse en tres sabias palabras que él se aplicó a sí mismo en aquellas circunstancias de prueba: evita la pelota. Reconfortado por este sensato y saludable principio, tomó su propia vía, tan ajena al ridículo como a los agravios. Cada vez que la pelota se acercaba, pensaba en sus canillas y se quitaba del medio inmediatamente. Las voces de «¡Atrápala!», «¡Párala!», «¡Tírala!» pasaban por su lado como soplos de brisa que procuraba ignorar. Se agachaba por debajo de la pelota, saltaba por encima de ella, la esquivaba por un lado o por otro. Ni una sola vez a lo largo de los turnos de ataque y defensa se encontraron él y la pelota en una situación que pudiera calificarse de íntima. La sorprendente actividad física que necesariamente se requería para obtener este resultado inundó a Thomas Idle, por primera vez en su vida, de sudor. La sudoración, debido a su falta de actividad corporal, se interrumpió de repente; a ello siguió el inevitable enfriamiento; y éste, a su vez, acabó con la fiebre. Por primera vez desde que vino al mundo, el señor Idle se encontró postrado en una cama durante varias semanas, devastado y rendido por una larga

enfermedad cuya única causa había sido su propio y desastroso esfuerzo muscular.

La tercera ocasión en que Thomas halló razones para reprocharse amargamente el error de haber pretendido ser activo estuvo relacionada con la elección de su objetivo en la vida. Dado que la Iglesia no le interesaba, seleccionó adecuadamente la segunda mejor profesión a la que un holgazán podía dedicarse en Inglaterra: la abogacía. En tiempos recientes, las instituciones jurídicas han abandonado los buenos principios tradicionales y exigen a los aspirantes a letrado que acrediten ciertos estudios, pero en la época del señor Idle no existía tal innovación. A los jóvenes que aspiraban al honorable título de abogado no se les pedía, muy acertadamente por otro lado, que aprendiesen nada relacionado con la ley, sino sólo que asistieran a cierto número de cenas en el comedor de su colegio y que pagaran una determinada suma de dinero; e ingresaban en la profesión tan pronto como garantizaban que habían cumplido tan delicados requerimientos. Nunca Thomas se había relacionado en tan armonioso concierto con sus mayores y superiores que cuando se calificaba a sí mismo con el fin de ser admitido entre los abogados en ejercicio de su país natal. Nunca experimentó con mayor intensidad el sentimiento de auténtica holgazanería que transmitía la serena majestad de la institución que aquel día memorable en que fue llamado ante los tribunales, tras haberse abstenido escrupulosamente de abrir sus libros de leyes durante el periodo de prueba, como no fuera para dormirse sobre ellos. Era incapaz de entender cómo pudo caer de nuevo en la tentación de la vida activa, aunque fuera por poco tiempo, habiendo saboreado tan intensamente las mieles de la indolencia. Los amables decanos hicieron cuanto pudieron para demostrarle la insensatez de esforzarse. Escribieron por él los ejercicios de examen, y ni siquiera se les ocurrió que los leyese cuando estuvieron escritos. Lo invitaron, junto a otros siete espíritus selectos tan holgazanes como él, a acudir y ser admitido en la profesión, mientras ellos despachaban la fruta y el vino del final de una cena. Le pusieron en la boca los juramentos de fidelidad y las terribles denuncias oficiales del Papa y el Pretendiente con tanta gentileza que apenas supo cómo aquellas palabras habían llegado a sus labios. Dieron cuidadosamente la vuelta a las sillas en torno a la mesa y siguieron sentados, examinando a los jóvenes abogados con las botellas a sus espaldas, en lugar de ponerse en pie o tomarse un receso para escuchar la lectura de los ejercicios. Y cuando el señor Idle y los siete indolentes neófitos, dispuestos en orden, como una clase, y apoyados contra un tabique, empezaron sucesivamente a leer los ejercicios que no habían escrito, incluso entonces,

cada decano, fiel al gran principio de holgazanería que regía todo el procedimiento, interrumpió a cada neófito antes de que hubiera terminado la primera línea, lo saludó con una reverencia y le dijo educadamente que a partir de aquel momento era un abogado en ejercicio. La ceremonia se redujo a esto. Fue seguida por un almuerzo social y por la aportación, de acuerdo con una antigua costumbre, de una libra de dulces y una botella de vino de Madeira, ofrecidos en calidad de necesario refrigerio por cada agradecido neófito a cada benevolente decano. Puede parecer inconcebible que Thomas olvidase algún día el gran principio de la vagancia que consagraba una ceremonia de aquella envergadura; pero es cierto, sin embargo, que algunos estudiantes proclives a la intriga y de hábitos laboriosos lo descubrieron, se aprovecharon también de su carácter complaciente, le persuadieron de que era un descrédito para un abogado no saber absolutamente nada de leyes y lo indujeron, con sus malos ejemplos, a incorporarse al bufete de un letrado, donde recuperaría el tiempo perdido y se prepararía realmente para la práctica de su profesión. Tras dos semanas de engañarse a sí mismo, la venda cayó de sus ojos: retomó su temperamento natural y cerró los libros. Pero la retribución negativa que hasta entonces habían reportado siempre sus pequeños y casuales errores con respecto a la ociosidad se hizo también patente. Thomas pudo escapar del bufete del letrado, pero no escapó de uno de los pupilos, que le había tomado afecto; un discípulo serio, enjuto, alto, duro trabajador, polemista, con ideas propias sobre la reforma de la Ley de la Propiedad Inmobiliaria y que había sido el flagelo de la existencia del señor Idle desde el fatídico día en que cayó en la trampa de consagrarse al estudio de las leyes. Antes de ello, sus amigos eran holgazanes sociables como él. Después, la pesadilla de tratar con un joven que trabajaba duro formó parte de su vida. Ahora, fuera donde fuese, nunca podía afirmar que el alto y enjuto pupilo no estaría esperándolo afectuosamente a la vuelta de la esquina para explicarle unas cuantas cosas más a propósito de la Ley de la Propiedad Inmobiliaria. No obstante, por mucho que sufriese bajo aquella tortura nunca se quejó, pues recordaría siempre, con infructuoso arrepentimiento, que tenía que agradecer a su propia y disparatada ocupación el haberse enfrentado por primera vez a la gran calamidad social de conocer a un pelmazo.

Estos acontecimientos de su vida pasada, con las graves consecuencias que comportaron, desfilaban ahora perezosamente por la mente de Thomas Idle mientras yacía recostado en el sofá, solo, en Allonby o en cualquier parte, soñando, mientras su colega de aprendizaje se entregaba, de puertas afuera, a sus propias actividades. Recordando la lección de holgazanería que aquellos

desastres pretéritos le habían enseñado, y teniendo muy presente también que la invalidez de su pierna se debía al esfuerzo de haber subido una montaña cuando debió haber reparado en que la actitud adecuada era detenerse al pie de ella, se aferró, y continuaría aferrándose firmemente en el futuro, a su nueva decisión de no volver a ser activo nunca más, bajo ningún pretexto y por todo el tiempo que le quedara de vida. Las consecuencias físicas de su accidente han sido relatadas en un capítulo anterior. Los resultados morales quedan ahora registrados; y con la enumeración de los mismos, esta parte de la presente narración, que trata del Episodio del Tobillo Dislocado, quizá pueda darse ya por terminada.

—¿Cómo propones que pasemos la tarde y la velada de hoy? —preguntó Thomas Idle, al cabo de dos o tres horas de las mencionadas reflexiones en Allonby.

El señor Goodchild se encogió de hombros, miró por la ventana, luego al interior y dijo, como tantas veces:

—Allí está el mar y aquí las gambas. ¡Vamos a comérmolas!

Pero, en aquel momento, el sabio borrico se había desbocado; no con la irresolución de sus carreras anteriores, debido a una escasa firmeza de carácter, sino con un auténtico y vigoroso propósito: sacudirse de crin y cascos el polvo de Allonby y escapar de allí, como si hubiera resuelto noblemente que nunca le atraparían vivo en aquel lugar. A la vista del alentador espectáculo, que era observable desde su sofá, Thomas Idle estiró el cuello para poder presenciarlo con creciente embeleso.

—Francis Goodchild —dijo luego, volviéndose hacia su amigo con aire solemne—, ésta es una pequeña y deliciosa hostería, muy bien atendida por la más cálida de las hosteleras y el más amable de los hosteleros, pero... ¡el borrico tiene razón!

Las palabras «Allí está el mar, aquí están...» temblaron de nuevo en los labios de Goodchild, aunque no iban acompañadas de ningún sonido.

—Hagamos el equipaje de inmediato —prosiguió Thomas Idle—, paguemos la cuenta y pidamos un calesín, ¡con instrucciones al cochero de que siga al borrico!

El señor Goodchild, que sólo necesitaba que le dieran pie para mostrar la verdadera naturaleza de sus sentimientos, que se había esforzado en ocultar, dio entonces rienda suelta a las lágrimas y confesó su creencia de que un día más en aquel lugar equivaldría para él a la muerte.

Así pues, los dos indolentes aprendices siguieron al borrico hasta muy entrada la noche. Si fue capturado de nuevo por las autoridades municipales o

si a estas horas todavía corre desbocado a través del Reino Unido, es algo que ellos ignoran. Confían en que pueda seguir corriendo; y en este caso, sus mejores deseos lo acompañan.

Ya en los confines de Cumberland, se le ocurrió al señor Idle que no había lugar más ocioso donde estar, salvo breves intervalos, que una estación de ferrocarril.

—Una estación intermedia en una línea, una estación de empalme, algo de este estilo —sugirió Thomas.

El señor Goodchild aprobó la idea, como excéntrica que era, y prosiguieron el viaje sin descanso hasta llegar a una estación como la antes sugerida, donde había una hostería.

—Aquí —dijo Thomas— podemos sentirnos lujurosamente perezosos. Otras personas viajarán en nuestro lugar, como procede, y nosotros nos reiremos de su locura.

Era una estación de empalme, donde las navajas de madera, antes mencionadas, afeitaban el aire con frecuencia, y donde la actividad de la aguda campana del telégrafo eléctrico era incansable. Todo tipo de líneas entrecruzadas de raíles acudían a ella zigzagueando, como una congregación de víboras de hierro; y a cierta distancia, en una garita, un guardagujas efectuaba unos movimientos continuos que reproducían a gran escala los de verter cerveza a presión en el mostrador de una taberna. En una dirección, desde el andén se divisaban confusas perspectivas de curvas y terraplenes; en la otra, los raíles pronto se destrababan unos de otros para liberar dos vías que se alejaban por debajo de un puente hasta desaparecer rodeando un resalte del terreno. Había allí apartaderos, en los que vagones de carga y de transporte de ganado vacíos entrechocaban a menudo como si no pudieran ponerse de acuerdo; y había tinglados, en los que grandes cantidades de mercancías parecían haber tomado los hábitos (hábitos de tela encerada) y haberse retirado del mundo sin esperanzas de regresar a él. Y había talleres de recuperación; uno para las hambrientas y sedientas locomotoras mecánicas, donde éstas se aprovisionaban de carbón y agua, ambos de buena calidad, no fuera a ser que una mala alimentación afectara a su rendimiento; otro para las hambrientas y sedientas locomotoras humanas, que tomaban lo que podían y cuyo consuelo principal provenía de tres terroríficos samovares o vasos de metal blanco, que nada contenían, cada uno formando un antepecho para una mujer desafiante y aparentemente muy ofendida.

Instalados en esta estación, el señor Thomas Idle y el señor Francis Goodchild resolvieron disfrutar de ella. Pero sus contrastes resultaban muy

violentos, y además había en ella una especie de infección.

Primero, vayamos a por los contrastes. Sólo existían dos, pero eran Letargo y Demencia. La estación aparecía, o bien completamente inconsciente, o bien salvajemente delirante. Durante el día, en estado inconsciente, uno creía que no iba a haber vida en ella, como si fuera todo herrumbre, polvo y cenizas; como si el último tren se hubiera marchado para siempre y no se despacharan billetes de regreso; como si la última máquina hubiera lanzado su último silbido y hubiera estallado. La navaja de madera daba al aire un torpe afeitado y todo cambiaba. Las cerradas puertas de la oficina se abrían de golpe, se desdoblaban paneles, de las paredes de ladrillo brotaban libros, periódicos, gorras y mantas de viaje, tintineaban monedas, transportes oprimidos por montones de equipaje irrumpían en el zaguán, de rincones secretos aparecían mozos, así como las tres mujeres muy ofendidas; la reluciente campana, que vivía solitaria en una bandejita sobre un soporte, saltaba a la mano de un hombre y lanzaba violentos clamores. El guardaguasas, en su garita, realizaba, no sin cierta dificultad, el gesto de extraer cerveza de un barril. ¡Tren descendente! Más cerveza. ¡Tren ascendente! Más cerveza. ¡Tren mixto! Más cerveza. ¡Tren de ganado! Más cerveza. ¡Tren de mercancías! Ebullición, silbidos, temblores, retumbos, truenos. Trenes en medio de la maraña de raíles, cruzándose unos con otros, dándose topetazos unos a otros, siseándose ruidosamente unos a otros, retrocediendo para avanzar, perdiéndose en la distancia para aproximarse aún más. Gente frenética. Exiliados que intentaban regresar a sus vagones de origen pero se veían desterrados a regiones remotas. Más cerveza y más campana. Luego, en cuestión de minutos, la estación se sumía en el estupor en cuanto el fogonero del convoy de ganado, el último en partir, se escabullía limpiando la larga nariz de su aceitera con un pañuelo sucio.

De noche, en su estado inconsciente, la estación no era tan visible. Algo flotando en el aire, como si un químico emprendedor hubiera establecido su laboratorio en una rama de la mata de habichuelas de Jack Matagigantes^[4], era lo único que se distinguía bajo las estrellas. En un momento desaparecería: una constelación de gas. En otro momento, veinte químicos rivales, en veinte matas de habichuelas rivales, cobrarían vida. Luego se dejarían ver las Furias, agitando sus espeluznantes antorchas de acá para allá por las confusas curvas y terraplenes; y harían oír, además, su algarabía de alaridos y aullidos. Y a continuación la estación se llenaría de trenes palpitantes, como durante el día; con la diferencia considerable de que no serían tan visibles como a la luz del sol, en tanto que en las paredes de

ladrillo, sobresaliendo entre el gas como los ojos de un hipopótamo, las locomotoras humanas brillarían con su insolencia, su música barata, un somier, la ondulante hilera de edificios donde se fabrican las cajas de caudales de marca registrada, el caballero bajo la lluvia con su paraguas garantizado, la dama que regresa del baile con el inhalador también garantizado, además de todos los complementos con que se engalana. Y entonces las locomotoras humanas, de arrugada apariencia y ojos cegatos, acometerían en pelotón, encaminándose hacia los misteriosos samovares y las muy ofendidas mujeres; mientras que las locomotoras mecánicas escupirían fuego y agua, esparcirían abundante vapor y harían que los torpes bueyes —encerrados en vagones-jaula con las cabezas gachas, sacando espuma por la boca y los ojos enrojecidos, lanzando asustadas miradas al terror que los rodeaba— pareciesen haber estado abrevando en aguas medio heladas que los habían adornado con carámbanos. A través del mismo vapor se vislumbrarían sus compañeros de viaje, los corderos, juntos sus blancos rostros y apartados de los barrotes, pero llenando sus intersticios con sus lanas temblorosas. Asimismo, se distinguiría, agachado y moviéndose entre las ruedas, al hombre que con un martillo golpea los ejes del rápido tren nocturno, un hombre del cual los bueyes tienen una impresión equivocada, que es el matarife que tarde o temprano acudirá a buscarlos, por lo que los más cercanos a él tratan de retroceder y ganar espacio para lanzarle una cornada entre los barrotes. De pronto sonará la campana, y ya no volverá a surgir vapor con un soplido y un chillido, los químicos de las matas de habichuelas tendrán trabajo, las Furias vindicativas se agitarán, el rápido tren nocturno desaparecerá de la vista y el oído, los otros trenes que se desplazan más despacio enviarán desde la lejanía un débil rumor matraqueante, como el de los viejos relojes que se quedan sin cuerda, la insolencia y la música barata desaparecerán de la vista, incluso el somier irá a parar a su colchón correspondiente, y ya no quedará otra cosa visible para interceptar el frío soplo del viento que la propia estación, o acaso el resplandor en los raíles de algún relámpago de otoño.

En cuanto a la mencionada infección, consistía en lo siguiente: cuando la estación se encontraba en su fase de demencia, a los aprendices les resultaba imposible estar allí sin agitarse bajo la ilusión de que tenían mucha prisa. Para el señor Goodchild, cuyo concepto de la indolencia era tan imperfecto, semejante alucinación no resultaba desagradable, y en consecuencia dicho caballero hacía extraordinarios esfuerzos para rendirse a ella, corría arriba y abajo por el andén, daba empujones a todo el mundo, daba la impresión de tener una misión de altísima importancia que cumplir y ni un momento que

perder. Pero para Thomas Idle este contagio resultaba tan inaceptable que al cuarto día se derrumbó y solicitó el traslado.

—En este lugar me invade la espantosa sensación —dijo a su compañero — de que tengo algo que hacer. Sácame de aquí, Francis.

—¿Adónde te gustaría ir ahora? —preguntó, complaciente, Goodchild.

—He oído decir que hay una excelente hostería antigua en Lancaster, que se halla en una histórica y hermosa mansión; una hostería donde todas las noches, después de la cena, te sirven tarta nupcial —respondió Thomas Idle—. Vayamos a comer tarta nupcial sin por eso tener que casarnos o tratar con alguien que se encuentre en ese ridículo trance.

El señor Goodchild, con un suspiro como de enamorado, asintió. Partieron de la estación con atropelladas prisas (para las cuales, como es obvio, había ocasiones sobradas), y llegaron a la hermosa y antigua mansión de Lancaster esa misma noche.

Según el señor Goodchild, si alguien proveyera al visitante, a su llegada a Lancaster, de un palo que le permitiese empujar el lado contrario de la calle y apartarlo unos cuantos metros, sería mucho mejor para todos. Aunque proteste contra la exigencia de vivir en una trinchera, obligado a especular todo el día sobre lo que la gente podía hacer detrás del misterioso escaparate de enfrente —que era el escaparate de un establecimiento al cual cabía mirar, pero no porque mostrase objetos en venta o facilitase alguna información al respecto—, el señor Goodchild opina que Lancaster es un lugar agradable. Un lugar que se halla en mitad de un paraje encantador, un lugar con un magnífico resto de un viejo castillo, un lugar de adorables paseos, un lugar que posee sobrios edificios antiguos, ricamente decorados con viejas caobas de Honduras, tan oscurecidas por el tiempo que parecen contener el reflejo de sus vidas pasadas, como si mostraran al visitante, en las profundidades de su textura, a través de sucesivos pulimentos, las penas de los infortunados esclavos que en otros tiempos gimieron bajo la férula de los mercaderes de Lancaster. Y el señor Goodchild añade que las piedras de Lancaster hablan a veces en murmullos, todavía hoy, de potentados ya fallecidos (sobre cuya gran prosperidad aquellos suntuosos portales se cerraban lúgubrementemente incluso en los días más soleados), para quienes las ganancias de la esclavitud acabaron por acarrear desgracias, como el dinero del Brujo de Arabia se convirtiera en hojas, sin que nada bueno surgiese de ellas hasta la tercera o cuarta generación, que fue el tiempo máximo que aquellas fortunas tardaron en ser dilapidadas y perderse.

Una estampa digna de ver, los domingos, era la procesión de los notables de Lancaster camino de la iglesia (todos vestidos de negro y con el sombrío aspecto de un entierro sin muerto), escoltados por tres alguaciles.

—¡Piensa —dijo Francis, que presenciaba esta escena desde la ventana de la hostería— lo que significa ser conducido a ese sagrado edificio por tres alguaciles! En tiempos pasados fui sacado del templo por un alguacil, pero que tres de ellos te conduzcan allí, ¡oh, Thomas, es una distinción de la que nunca gozaré!

Capítulo 4

Tras mirar por la ventana de la hostería de Lancaster durante dos horas sin interrupción, el señor Goodchild empezó a abrigar la sospecha de que se había convertido en un experto. En consecuencia, se dispuso a explorar la comarca desde la cima de las colinas más altas de la vecindad.

Regresó a la hora de la cena, congestionado y animado, para contarle a Thomas Idle lo que había visto. Thomas, que estaba recostado leyendo, lo escuchó con la mayor compostura y le preguntó si realmente había subido a todas aquellas colinas, y por qué se había preocupado tanto por el paisaje y había caminado tantas millas.

—Me gustaría saber —añadió Thomas— qué opinarías si te hubieran obligado a hacerlo.

—En ese caso sería distinto —dijo Francis—. Entonces se trataría de una obligación, mientras que ahora es una diversión.

—¡Una diversión! —repitió Thomas Idle, desaprobando por completo la respuesta—. ¡Una diversión! He aquí un hombre empeñado en hacerse añicos, que se somete a un continuo entrenamiento, como si estuviera obligado por contrato a combatir por el campeonato mundial, ¡y lo llama diversión! ¡Diversión! —exclamó Thomas Idle, levantando una de sus botas para examinarla con desdén—. Tú no puedes divertirte. No sabes lo que significa esa palabra. Lo conviertes todo en trabajo.

El perspicaz Goodchild sonreía amigablemente.

—Eso es lo que haces —prosiguió Thomas—. Lo digo de veras. Eres un tipo temible. Nunca procedes como los demás. Donde uno metería los pies en una jofaina de tareas y emociones, tú te hundes en una mina. Allí donde cualquier hombre sería una mariposa de colores, tú eres un dragón que escupe fuego. Allí donde otro tipo apostararía seis peniques, tú te juegas la vida. Si subieras en globo no pararías hasta el cielo; y no te conformarías con menos que llegar al infierno si tuvieras que hundirte en las profundidades de la tierra. ¡Menudo personaje estás hecho, Francis!

El alegre Goodchild se echó a reír.

—Está muy bien reírse de todo —dijo Idle—, pero me pregunto qué considerarás tú algo serio. Un hombre que no puede hacer nada a medias, me parece a mí que es un hombre temible.

—Tom, Tom —replicó entonces Goodchild—, si no puedo hacer nada a medias ni ser nada a medias, está bien claro que debes aceptarme entero y sacar lo mejor de mí.

Con esta respuesta filosófica, el frívolo Goodchild palmeó el hombro del señor Idle, dando por concluida aquella conversación; y ambos se sentaron a cenar.

—A propósito —dijo Goodchild en aquel momento—, en mi salida, he pasado por un asilo de lunáticos.

—¡Has estado en un asilo de lunáticos! —exclamó Thomas Idle, levantando la mirada—. No contento con ser un asno, uno tan grande como el capitán Barclay en sus ocupaciones pedestres, se nombra a sí mismo Inspector de Lunáticos, ¡a cambio de nada!

—Era un lugar inmenso —dijo Goodchild—, con oficinas admirables, muy buenos cuidadores, excelentes instalaciones; en general, un sitio notable.

—¿Y qué has visto allí? —preguntó el señor Idle, adaptando a la ocasión el parlamento de Hamlet y mostrando, por cortesía, un falso interés por las actividades de su amigo.

—Lo típico —dijo Francis Goodchild con un suspiro—. Largas arboledas de hombres y mujeres como vegetales marchitos; interminables avenidas de rostros sin esperanza; números sin el menor poder de combinación posible para obtener un resultado razonable; una sociedad de criaturas que no tienen nada en común, sino que han perdido toda capacidad de sociabilización entre ellas.

—Tómame un vaso de vino conmigo —dijo Thomas Idle— y seamos sociables nosotros.

—En una galería, Tom —prosiguió Francis Goodchild—, que me pareció tan larga como el Long Walk de Windsor, más o menos...

—Probablemente menos —observó Thomas Idle.

—En una galería, casi vacía de pacientes, porque habían salido, encontré a un pobre hombrecillo depauperado, de mejillas oscuras, con aspecto perplejo y una expresión pensativa, agachado sobre la estera del suelo y siguiendo la trama y la urdimbre de las fibras con los dedos índice y pulgar. El sol de la tarde entraba de forma sesgada por el ventanal del fondo y había manchas de luz y sombra hasta donde alcanzaba mi vista, producidas por las ventanas, que no se veían, y por las puertas abiertas de las pequeñas celdas dormitorio que

había a cada lado. Hacia la mitad de la galería, bajo un arco, indiferente al buen tiempo, indiferente a la soledad, indiferente a los pasos que se le acercaban, estaba el pobre hombrecillo depauperado de mejillas oscuras escudriñando la estera. «¿Qué hace usted aquí?», dijo mi acompañante cuando llegamos junto a él. El hombre alzó la mirada y señaló la estera. «Yo no haría eso», añadió mi acompañante con amabilidad, «en su lugar, me iría a leer un rato o, si estuviera cansado, me acostaría, pero no haría eso». El paciente reflexionó un momento y, sin expresión alguna en su rostro, respondió: «No, señor, no lo haré, iré..., iré a leer un rato». Y sin ninguna convicción se enderezó y, arrastrando los pies, se dirigió hacia una de las celdas. Después de caminar unos cuantos pasos, volví la cabeza y vi que el hombrecillo había salido de la celda y estaba otra vez examinando la estera y siguiendo la trama y la urdimbre con los dedos índice y pulgar. Me detuve a mirarle, y pensé que tal vez la trama y la urdimbre de aquellas fibras entrelazadas, hacia dentro y hacia fuera, hacia arriba y hacia abajo, eran la única pauta de las cosas, en todo el ancho mundo, que había quedado al alcance de su comprensión; que su mente sumida en la penumbra se había estrechado hasta coincidir con el angosto rayo de luz que le mostraba: «Esta fibra fue doblada hacia este lado, entró por aquí, pasó por debajo, salió por allí, se extendió hacia la derecha por donde ahora pongo el dedo, y gracias a esta cadena de acciones se hizo la estera y vino a parar aquí». Luego me pregunté si no estaría contemplando la estera, por si ésta podía revelar también algo acerca del proceso por el cual él había llegado hasta allí para estudiarla con tanta minuciosidad. Y a continuación pensé de qué modo todos nosotros, ¡Dios nos ayude!, cada uno a su manera, examinamos nuestros respectivos trozos de estera, prácticamente a ciegas, y qué confusión y qué misterios hallamos en su trama y urdimbre. Experimenté un triste sentimiento de compañerismo hacia el hombrecillo depauperado de mejillas oscuras, y finalmente me alejé.

Como el señor Idle desvió la conversación hacia temas más triviales, como las natillas o la tarta nupcial, el señor Goodchild le siguió la corriente. El pastel nupcial era tan amargo e indigesto como si lo hubiera cortado la misma novia, y fue el broche de oro de una cena exquisita.

La hostería era una casa antigua muy pintoresca, colmada de viejas tallas, vigas y paneles, y tenía una imponente escalera y una galería en la parte superior separada de ella por una curiosa celosía de roble añejo o de la vieja caoba de Honduras. Era, y es, y será por muy largos años, una casa altamente pintoresca; y un solemne misterio que acechaba en las profundidades de los

viejos paneles de caoba, como si fueran otros tantos estanques profundos de agua oscura (similares a aquéllos entre los cuales habían crecido aquellas maderas cuando fueron árboles), le infundía un sombrío y enigmático aspecto después del anochecer.

Cuando el señor Goodchild y el señor Idle se acercaron por primera vez a la puerta y atravesaron el sombrío, elegante y vetusto zaguán, fueron recibidos por media docena de silenciosos ancianos, vestidos todos ellos con idénticas ropas negras. Éstos se dirigieron escaleras arriba seguidos del servicial hostelero y camarero, aunque sin interponerse en su camino, o sin preocuparse de si se interponían o no, y se alinearon a ambos lados de la vieja escalera cuando los huéspedes entraron en el salón. Era entonces pleno día. Pero el señor Goodchild dijo cuando cerró la puerta de sus habitaciones:

—¿Quién demonios son esos viejos?

Y más tarde, ninguno de los dos volvió a reparar en la presencia de los viejos ni al entrar ni al salir de sus dependencias.

Los dos amigos pasaron una noche en esa casa, pero sin volver a percibir el menor rastro de aquellos personajes. El señor Goodchild, en sus deambulaciones, había mirado a lo largo de los pasillos y fisgado por las puertas, pero no había encontrado un solo viejo, y ningún miembro del personal de la casa parecía que echase de menos o esperase a viejo alguno.

Otra extraña circunstancia llamó su atención. Nunca pasaba más de un cuarto de hora sin que alguien llamase a la puerta del salón de sus habitaciones. La puerta se abría de manera vacilante, se abría con decisión, se abría un resquicio, se abría ampliamente; y siempre volvía a cerrarse de golpe sin ninguna explicación. Ellos estaban leyendo, escribiendo, bebían, conversaban, dormitaban; la puerta se abría siempre en el momento más inesperado, y ambos miraban hacia ella, y luego volvía a cerrarse de golpe, sin verse jamás a nadie en ella. Cuando esto hubo sucedido unas cincuenta veces, el señor Goodchild le dijo a su compañero en tono jocoso:

—Empiezo a pensar, Tom, que había algo turbio en aquellos seis viejos.

La noche había llegado de nuevo y ellos llevaban escribiendo dos o tres horas: escribían una parte de las indolentes notas en las que se basan asimismo estas indolentes páginas. Luego dejaron de escribir, y entre ellos, sobre la mesa, había un par de vasos. La casa estaba cerrada y en silencio, y también la ciudad estaba en silencio. Alrededor de la cabeza de Thomas Idle, arrellanado en su sofá, flotaban ligeras volutas de humo aromáticas. Las manos entrelazadas en la nuca y las piernas cruzadas conferían una

decoración similar al cuerpo de Francis Goodchild cuando éste se echó en su butaca.

Habían estado especulando sobre temas de poca importancia en los que los extraños viejos no habían quedado excluidos, y se hallaban todavía ocupados en ello cuando el señor Goodchild cambió bruscamente de actitud para consultar el reloj. Aquel gesto involuntario interrumpió su conversación. Thomas Idle, que era quien hablaba en aquel momento, hizo una pausa y dijo:

—¿Qué hora es?

—La una —respondió Goodchild.

Como si aquellas palabras hubieran sido una orden, y la orden fuera prontamente ejecutada (sin duda, todas las órdenes lo eran en aquel excelente hotel), la puerta se abrió y apareció uno de los viejos. No entró, sino que se quedó en el umbral sujetando la puerta con una mano.

—¡Por fin, Tom, uno de los seis! —dijo el señor Goodchild en un susurro de perplejidad—. Señor, ¿qué se le ofrece?

—¿Qué se le ofrece a usted, señor? —preguntó el viejo.

—Yo no he llamado.

—La Campana lo ha hecho.

El anciano había nombrado la Campana de una forma solemne y profunda, como si se refiriese a la de la iglesia.

—Tuve el placer, si no me equivoco, de verle a usted ayer —dijo Goodchild.

—No me atrevería a afirmarlo —fue la sombría respuesta del viejo.

—Y creo que usted también me vio a mí, ¿no es cierto?

—¿Verle a usted? —inquirió el viejo—. Oh, sí, le vi a usted. Pero yo veo a muchos que nunca me ven.

Un anciano frío, calmoso, sin inhibiciones, resuelto. Un viejo cadavérico, de lenguaje mesurado. Un viejo que parecía tan incapaz de pestañear como si le hubieran pegado los párpados a la frente. Un viejo cuyos ojos (como dos ascuas) no poseían más movilidad que si los tuviera fijados a la parte posterior de su cráneo mediante tornillos que hubieran sido remachados por fuera, entre sus cabellos grises. La noche se había vuelto muy fría, o así lo notó el señor Goodchild, que se estremeció. Hizo un comentario frívolo, excusándose a medias:

—Me parece que alguien camina sobre mi tumba.

—No —dijo el misterioso anciano—, no hay nadie allí.

El señor Goodchild miró a Idle, pero éste seguía recostado y con la cabeza envuelta en humo.

—¿No hay nadie allí? —dijo Goodchild.

—No hay nadie en su tumba, se lo aseguro —respondió el viejo.

Había entrado y cerrado la puerta, y ahora avanzó con la intención de sentarse. Lo hizo sin inclinarse ni doblarse, que es lo que haría la mayoría de las personas, pero tieso, como si se sumergiera en el agua, hasta que la silla lo detuvo.

—Mi amigo, el señor Idle —dijo Goodchild, realmente inquieto por incorporar a alguien más en la conversación.

—Considérenme —dijo el viejo, sin mirarlo— al servicio del señor Idle.

—Si es usted un habitante antiguo de este lugar... —empezó Francis Goodchild.

—Sí.

—... Quizá pueda aclarar un punto sobre el cual mi amigo y yo teníamos dudas esta mañana. Según creo, ¿ahorcan en el castillo a criminales condenados?

—Eso creo yo —dijo el viejo.

—¿Tienen las caras vueltas hacia aquel noble panorama?

—Tiene usted la cara vuelta hacia el muro del castillo —replicó el anciano—. Cuando le cuelgan, ve que las piedras del muro se expanden y contraen violentamente, y una expansión y contracción similares parecen tener lugar en su cabeza y en su pecho. Luego hay una explosión de fuego y la tierra tiembla, y el castillo salta por los aires, y usted se hunde en un precipicio.

Pareció que la corbata le molestaba. Se llevó una mano a la garganta y movió el cuello de un lado a otro. Era un hombre muy viejo, de rostro entumecido, y tenía la nariz levantada por un lado, como si en el orificio de aquella parte hubiera un pequeño gancho insertado. El señor Goodchild se sentía muy incómodo y empezaba a creer que la noche era calurosa, no fría.

—Una tremenda descripción, señor —observó.

—Una tremenda sensación —subrayó el viejo.

De nuevo el señor Goodchild miró al señor Thomas Idle; pero Thomas continuaba recostado, con el rostro atentamente vuelto hacia el anciano, y no hizo el menor gesto. En aquellos momentos, el señor Goodchild creyó ver dos líneas de fuego que surgían de los ojos del viejo en dirección a los suyos, apresándolos. (El señor Goodchild es quien escribe el relato de esta experiencia y con la mayor solemnidad afirma que una fuerza poderosa lo obligó, a partir de aquel momento, a mirar al viejo siguiendo la trayectoria de aquellas dos líneas flamígeras).

—Debo contárselo a usted —dijo el viejo, con una expresión pétrea y espectral.

—¿Qué? —preguntó Francis Goodchild.

—Usted sabe dónde ocurrió. ¡Allí!

El señor Goodchild no habría podido asegurar, ni entonces, ni ahora, ni nunca, si señalaba la habitación de arriba, la de abajo, cualquier habitación de aquella casa o una habitación en cualquier otra casa vieja de aquella vieja ciudad. Lo confundió la circunstancia de que el dedo índice de la mano derecha del viejo pareció adentrarse en una de las lenguas de fuego, arder y levantarse llameante en el aire como si apuntara a algún sitio. Tras haber señalado a alguna parte, se apagó.

—Usted sabe que ella era una novia —dijo el anciano.

—Sé que todavía envían tarta nupcial —titubeó el señor Goodchild—. El aire está enrarecido.

—Era una Novia —dijo el viejo—. Una muchacha hermosa, de cabellos rubios, grandes ojos, que no tenía carácter ni voluntad. Débil, crédula, incapaz, una nulidad desvalida. No era como su madre. No, no. Era el vivo retrato de su padre.

»Su madre se había preocupado de asegurárselo todo para sí misma, de por vida, cuando el padre de aquella muchacha, entonces una niña, murió (de pura debilidad, nunca estuvo enfermo de otra cosa), tras lo cual Él reanudó las relaciones que en otro tiempo había mantenido con la madre. Las había interrumpido por causa del hombre (o la nulidad humana) rubio, de ojos grandes y con dinero. Pudo tolerarlo por el dinero. Y quería una compensación en dinero.

»De modo que volvió al lado de aquella mujer, la madre, la cortejó de nuevo, la obsequió y satisfizo sus caprichos. Ella lo puso a prueba sometiéndolo a todos sus caprichos, reales o inventados. Él los aguantó. Y cuantos más aguantaba, más quería una compensación en Dinero y más resuelto estaba a obtenerla.

»Pero he aquí que, antes de que la alcanzase, ella lo defraudó. En medio de uno de sus estados de arrogancia se quedó helada y nunca más volvió a deshelarse. Una noche se llevó las manos a la cabeza, lanzó un grito, se puso rígida, permaneció en aquella actitud varias horas, y murió. Y él no había conseguido todavía de ella la compensación en dinero. ¡Maldita mujer! Ni un mísero penique.

»Él la había odiado a lo largo de todo aquel segundo asedio y había anhelado con inquietud la revancha. Entonces falsificó su firma en un

documento por el cual dejaba todo lo que poseía a su hija, que en aquella época tenía diez años, a quien pasaron fortuna y propiedades, y lo nombraba a Él tutor de la niña. Cuando deslizó el documento bajo la almohada de la cama en que ella yacía, Él se inclinó sobre el sordo oído de la Muerta y susurró: “Señora Arrogancia, decidí hace mucho tiempo que, viva o muerta, tú me compensarías con Dinero”.

»Así que ahora ya sólo quedaban dos, y estos dos eran Él y aquella chica tonta de cabello rubio y grandes ojos que más tarde se convertiría en la Novia.

»Él la puso a estudiar. En una secreta, oscura, opresiva y vieja casa, la puso a estudiar con una mujer vigilante y nada escrupulosa. “Respetable señora”, le dijo, “aquí hay una mente por formar: ¿me ayudará usted a formarla?”. Ella aceptó el encargo. Por el cual también ella quería una compensación en Dinero, y la tuvo.

»La muchacha se educó en el temor hacia Él y en la convicción de que no podía escapar de su dominio. Se le enseñó desde el principio a considerarlo como su futuro esposo, el hombre con quien se casaría, certidumbre decretada de la que no había modo de evadirse. La pobre tonta era cera blanda en sus manos y tomaba la forma que él le imponía, forma que se endureció con el tiempo y pasó a formar parte de su persona, inseparable de su naturaleza, de tal modo que sólo podría serle arrancada arrancándole también la vida.

»Once años vivió en la casa oscura con su lóbrego jardín. Él sentía celos hasta del aire y la luz que la rozaban, y la mantenía encerrada. Tapió las amplias chimeneas, cegó las pequeñas ventanas y dejó que la hiedra de vigorosos brotes cubriese los muros de la casa, que el musgo se acumulase en los descuidados frutales, que los hierbajos invadieran los senderos verdes y amarillos. La rodeó de imágenes de pena y desolación. Hizo que se llenara de temores hacia aquel lugar y hacia las historias que de él se contaban, y luego, bajo el pretexto de vencerlos, la abandonaba allí en absoluta soledad o dejaba que fueran atemorizándola en las tinieblas. Cuando más deprimida y poblada de terrores estaba su mente, él salía de uno de los escondrijos desde los cuales la vigilaba y se presentaba a sí mismo como su única salvación.

»De esta manera, habiendo sido desde su infancia la única personificación del poder de reprimir y liberar, de atar y desatar que le ofrecía la vida, el ascendiente sobre su debilidad quedaba asegurado. Ella tenía veintiún años y veintiún días cuando la llevó a la lúgubre casa que sería su hogar; una asustada, medio aturdida y sumisa Novia desde hacía tres semanas.

»Por entonces él había despedido ya a la institutriz (lo que quedaba por hacer podía hacerlo solo), y una noche de lluvia regresaron al escenario de la

larga preparación de la muchacha. Ella se volvió hacia él en el umbral, mientras la lluvia goteaba en el porche, y dijo:

»—¡Oh, señor, es el reloj de la Muerte que suena por mí!

»—¡Bien! —respondió él—. ¿Y si lo fuera?

»—¡Oh, señor —repitió ella—, sed amable y compasivo conmigo! Os pido perdón. Haré cualquier cosa que deseéis con tal de que me perdonéis.

»Aquello se había convertido en el sonsonete continuo de la pobre tonta: “Os pido perdón” y “¡Perdonadme!”.

»No merecía la pena ni que la odiase; no sentía por ella más que desdén. Pero se había interpuesto por mucho tiempo en su camino, y hacía mucho que él se había hastiado, y la obra estaba casi completa y había que terminarla.

»—Estúpida —dijo él—, ¡ve al piso de arriba!

»Ella obedeció apresuradamente, murmurando: “¡Haré todo lo que deseéis!”. Y cuando él acudió a la cámara nupcial, tras haberse demorado un poco a causa de los pesados cerrojos de la gran puerta (porque estaban solos en la casa, y él había dispuesto que el servicio estuviera en la casa sólo durante el día), la encontró apartada en el último rincón, adosada al arriadero como si acabara de atravesarlo, el rubio cabello revuelto en torno al rostro y los grandes ojos mirándolo con vago terror.

»—¿De qué tienes miedo? Ven y siéntate a mi lado.

»—Haré todo lo que deseéis. Os pido perdón, señor. —La monótona cantinela de siempre—. ¡Perdonadme!

»—Ellen, aquí hay un texto que mañana deberás escribir de tu puño y letra. Y convendrá que otras personas te vean cuando estés ocupada en hacerlo. Cuando lo hayas escrito con claridad y corregido todos los errores, llama a dos de las personas que en ese momento se encuentren en la casa y fírmalo en su presencia. Después guárdatelo en el pecho para que esté seguro, y cuando yo vuelva a sentarme aquí mañana por la noche, me lo darás.

»Haré todo eso con el mayor cuidado. Haré todo lo que deseéis.

»—Pues entonces no te agites ni tiembles.

»—Procuraré con todas mis fuerzas no temblar..., ¡con tal de que me perdonéis!

»Al día siguiente ella se sentó ante su escritorio e hizo lo que le habían ordenado. Él entraba y salía de vez en cuando de la habitación, para observarla, y siempre la veía escribiendo lenta y laboriosamente y repitiendo para sí las palabras que copiaba, aparentemente de un modo bastante mecánico y sin preocuparse ni esforzarse por comprender su significado; así hizo su trabajo. Él observó cómo cumplía las instrucciones que había

recibido, con todo detalle; y por la noche, cuando de nuevo se hallaron solos en la misma cámara nupcial y él acercó su butaca a la chimenea, ella se aproximó tímidamente desde el distante asiento que había ocupado, sacó el papel de su pecho y se lo entregó.

»El escrito le aseguraba la posesión de todos sus bienes en caso de que ella muriese. La situó frente a él, cara a cara, para poder mirarla fijamente a los ojos, y le preguntó con llanas y concisas palabras, ni una más ni una menos de las necesarias, si sabía lo que había firmado.

»Había manchas de tinta en la pechera de su vestido blanco, que hacían aparecer más pálido su rostro y más grandes sus ojos mientras movía la cabeza, asintiendo. Había manchas de tinta en la mano con que, en pie frente a él, doblaba y alisaba nerviosamente los pliegues de su falda blanca.

»Él la tomó del brazo y la miró a la cara con una fijeza y una intensidad aún mayores.

»—Pues entonces ¡muere! He terminado contigo.

»Ella se encogió, acobardada, y profirió un grito sordo y entrecortado.

»—No voy a matarte. No arriesgaré mi vida por la tuya. ¡Muere!

»Se sentó delante de ella en la triste cámara nupcial, y lo mismo hizo día tras día, noche tras noche, con aquella palabra visible en sus ojos cuando no la pronunciaba con la voz. Tan pronto como la mirada vacía de ella se apartaba de las manos en que reclinaba la cabeza y se fijaba en la estólida figura sentada con los brazos cruzados y la frente ceñuda, leía en su actitud: “¡Muere!”. Cuando, exhausta, caía dormida, era devuelta a la temblorosa conciencia a través de un murmullo: “¡Muere!”. Cuando recurría a sus antiguas súplicas de perdón, oía como respuesta: “¡Muere!”. Cada vez que había sufrido y superado la larga noche, cuando el sol naciente iluminaba la tenebrosa habitación, escuchaba el invariable saludo: “¿Otro día y no has muerto aún? ¡Muere!”.

»Encerrados en la mansión desierta, aislados del resto de la humanidad y enzarzados en aquella pugna sin respiro, la conclusión era obvia: o moría él o debía morir ella. Él lo sabía de sobra y concentraba todas sus energías contra la debilidad de la muchacha. Durante horas interminables la agarraba del brazo, un brazo ya amoratado en la parte por donde la asía, y le ordenaba: “¡Muere!”.

»Todo terminó una ventosa mañana, antes del amanecer. Él calculó que serían las cuatro y media; pero su reloj, olvidado, se había parado, y no podía estar seguro. Ella se había soltado de sus garras en mitad de la noche, con súbitos y agudos gritos (los primeros de aquella índole que escapaban de su

garganta), y tuvo que cubrirle la boca con las manos. Desde entonces había permanecido silenciosa en el rincón del arrimadero donde se derrumbó; y él la había abandonado para regresar a su silla con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Más pálida que nunca bajo la luz mortecina, más lívida que nunca bajo el plomizo amanecer, la vio acercarse, arrastrándose por el suelo hacia él: una blanca ruina de cabellos, ropas y ojos enloquecidos, impulsándose hacia delante con manos que se doblaban, inseguras.

»—¡Oh, perdonadme! Haré lo que sea. ¡Oh, señor, os suplico que me digáis que puedo vivir!

»—¡Muere!

»—¿Tan resuelto estáis? ¿No hay esperanza para mí?

»—¡Muere!

»Los grandes ojos estaban llenos de extrañeza y miedo; la extrañeza y el miedo se convirtieron en reproche, y el reproche en un vacío absoluto. Había terminado. Al principio él no estuvo tan seguro de que todo hubiera terminado, pero sí de que el sol de la mañana prendía joyas en el cabello de la muchacha (vio diamantes, esmeraldas y rubíes brillando en pequeños puntos mientras se inclinaba sobre ella para examinarla). La levantó del suelo y la depositó sobre la cama.

»No tardó mucho en yacer bajo tierra. Con ella desaparecía todo obstáculo, y él obtuvo una compensación sobradamente generosa.

»Tenía intención de viajar. No porque pretendiera dilapidar su dinero, pues era un hombre mezquino y amaba el dinero profundamente (de hecho, más que nada en el mundo), pero se había hastiado de aquella desolada casa y ansiaba darle la espalda y no verla más. Naturalmente, la casa valía dinero y el dinero no podía despreciarse. Decidió venderla antes de marcharse. Para que su aspecto no fuera tan desastroso, con lo que conseguiría mejor precio, contrató a unos cuantos jornaleros para que arreglasen el descuidado jardín; para que cortasen las ramas secas, podasen la hiedra que colgaba pesadamente ante las ventanas, sobrepasando los aleros, y despejasen las sendas, donde las hierbas habían crecido hasta la altura de la rodilla.

»Él mismo trabajó junto a los operarios. Trabajaba más que ellos, y, una tarde, a la hora del crepúsculo, se quedó trabajando solo, podadera en mano. Era una tarde de otoño, cuando la Novia llevaba muerta cinco semanas.

»—Está demasiado oscuro para seguir trabajando —se dijo—. Tengo que dejarlo por esta noche.

»Detestaba la casa y se resistía a entrar en ella. Miró hacia el oscuro porche que le aguardaba como una tumba, y tuvo la sensación de que la casa estaba maldita. Cerca del porche, y cerca de donde él se encontraba, había un árbol cuyas ramas se agitaban frente a la antigua galería de la cámara nupcial, donde había ocurrido todo. El árbol sufrió una repentina sacudida que le sobresaltó. La sacudida se repitió, pese a que el aire estaba en calma. Al levantar la vista distinguió una figura entre las ramas.

Era la figura de un hombre joven. Su rostro miraba hacia abajo cuando él miró hacia arriba; las ramas crujieron y se agitaron; la figura descendió rápidamente y apareció ante él. Un joven esbelto, aproximadamente de la misma edad que ella, con un largo cabello de color castaño claro.

»—¿Qué clase de ladrón eres tú? —dijo él, agarrando al joven por el cuello de la camisa.

»El joven, al soltarse de una sacudida, le golpeó con el brazo el rostro y la garganta. Se le acercó, pero el joven lo rechazó al instante y retrocedió, exclamando con vehemencia y horror:

»—¡No me toque! ¡Antes dejaría que me tocara el diablo!

»Él se quedó inmóvil, con la podadera en la mano, contemplando al joven. Porque la mirada del joven era un calco de la última mirada de ella, y él no había esperado volver a verla nunca.

»—No soy un ladrón. E incluso aunque lo fuera, no querría ni una parte de sus riquezas, aunque con ellas pudiera comprar las Indias. ¡Asesino!

»—¿Qué?

»—Yo subí a ese árbol —dijo el joven, señalándolo— por primera vez hace casi cuatro años. Subí para mirarla. La vi. Le hablé. He subido muchas veces para observarla y escucharla. Yo era un chiquillo, escondido entre las hojas, cuando desde esa galería me dio esto.

»Mostró un bucle de cabellos rubios atado con una cinta de luto.

»—Su vida —prosiguió el joven— era una vida de duelo. Me dio esto en prenda y como símbolo de que estaba muerta para todo el mundo, excepto para usted. Si yo hubiera sido mayor, si la hubiese visto antes, podría haberla salvado de usted. Pero estaba ya demasiado apresada en la telaraña cuando subí al árbol por primera vez, ¿y qué podía hacer entonces para romper los hilos?

»Al pronunciar estas palabras, estalló en llantos y sollozos, débilmente al principio, luego desconsoladamente.

»—¡Asesino! Subí al árbol la noche que usted la trajo de regreso. La oí, desde el árbol, hablar del reloj de la Muerte en la puerta. Fui al árbol tres

veces mientras usted permaneció encerrado con ella, matándola lentamente. La vi, desde el árbol, tendida, muerta sobre la cama. Lo he vigilado a usted, desde el árbol, para conseguir pruebas e indicios de su culpabilidad. La forma en que lo haré es todavía un misterio para mí, pero voy a perseguirle hasta que entregue su vida al verdugo. Hasta ese momento no conseguirá usted librarse de mí. ¡Yo la amaba! No podré ablandarme ante usted. ¡Yo la amaba, asesino!

»El joven llevaba la cabeza descubierta, porque el sombrero se le había volado al bajar del árbol. Echó a andar hacia la puerta del jardín. Tenía que pasar junto a él para alcanzarla. Había espacio como para dos carruajes puestos de costado; y el aborrecimiento del joven, abiertamente expresado en cada rasgo de su rostro y en cada miembro de su cuerpo, y muy difícil de contener, tenía fuerza suficiente para mantenerlo a distancia. Él (y me refiero al otro) no había movido mano ni pie desde que se quedó quieto mirando al muchacho. Ahora dio media vuelta para seguirlo con la mirada. Cuando la parte posterior de aquella cabeza —que, una vez descubierta, dejaba ver el cabello castaño claro— se situó delante de él, observó que desde su mano hasta ella se dibujaba en el aire una curva roja. Supo, antes de arrojar la podadera, dónde se había clavado; y digo se había clavado y no se clavaría, para dejar las cosas claras, porque el acto en sí se perpetró antes de que lo perpetrara. La podadera se clavó en la cabeza, y se quedó hincada en ella, y el muchacho cayó de bruces.

»Enterró el cuerpo por la noche, al pie del árbol. Tan pronto hubo luz diurna, removió toda la tierra próxima al árbol y podó y recortó los arbustos y matorrales de los alrededores. Cuando llegaron los operarios no había nada sospechoso, y nada se sospechó.

»Pero en cuestión de un instante había echado por tierra todas sus precauciones y la estrategia que había planificado durante tanto tiempo y que con tanto éxito había llevado a la práctica. Se había deshecho de la Novia y tomado posesión de su fortuna sin poner en peligro su propia vida; pero ahora, por una muerte que nada le reportaba, tendría que vivir para siempre con una soga al cuello.

»Por añadidura, estaba encadenado a una casa de sombras y horrores que no sería capaz de soportar. Ante el temor de venderla o abandonarla, lo cual podía conducir a un macabro descubrimiento, estaba obligado a residir en ella. Contrató a un viejo matrimonio como sirvientes; y en la casa vivió, presa del terror. El jardín supuso, durante mucho tiempo, la mayor dificultad. O

bien se ocupaba de él, o bien se resignaba a que cayera en su anterior abandono: ¿qué era lo que menos podía llamar la atención?

»Optó por el camino intermedio de cultivarlo él mismo en las horas muertas de la tarde y después de llamar al antiguo jardinero para que lo ayudara, pero sin permitir nunca que trabajase solo. Y él mismo construyó un banco al pie del árbol, desde donde, apoyado en el tronco, podía comprobar que todo seguía bajo control.

»Con el paso de las estaciones y los propios cambios del árbol, su mente percibía peligros que estaban permanentemente en vías de transformación. En la época primaveral, descubría que las ramas superiores, al crecer, adoptaban la forma del muchacho; que reproducían exactamente su forma, sentado en una horquilla y meciéndose al viento. Cuando llegaba la caída de las hojas, observaba que éstas al desprenderse del árbol dibujaban alusivas letras en el sendero, o que tenían tendencia a amontonarse, como en un montículo de un cementerio parroquial, encima de la tumba. En invierno, cuando el árbol estaba desnudo, se percataba de que las ramas lanzaban contra él fantasmales repeticiones del golpe que el joven le había asestado, y que lo amenazaban abiertamente. Cuando, en primavera, la savia ascendía por el tronco, se preguntaba si con ella ascenderían también partículas de sangre seca, ¿tal vez para que aquel año fuese más evidente que el anterior la figura del joven semioculta por las hojas, balanceándose en la brisa?

»A pesar de todo, multiplicó su dinero una vez, y otra y aún otra. Operaba en los mercados clandestinos, en el comercio del polvo de oro y en la mayoría de los negocios ilícitos que suelen reportar grandes beneficios. En diez años, duplicó su dinero tantas veces que los comerciantes y navieros que mantenían tratos con él no mentían en absoluto (por una vez) cuando declaraban que había incrementado su fortuna en un mil doscientos por cien.

»Amasó su fortuna hace cien años, cuando la gente podía desaparecer con facilidad. Se enteró de quién era el joven al oír hablar de las investigaciones que se estaban llevando a cabo a propósito de su desaparición, pero éstas acabaron por extinguirse y el muchacho terminó siendo olvidado.

»El ciclo anual de cambios en el árbol se había repetido diez veces desde la noche del entierro que se celebró a su pie, cuando se desencadenó una fuerte tormenta. Estalló a media noche y duró hasta la mañana siguiente. La primera información que recibió de su viejo sirviente aquella mañana fue que el árbol había sido alcanzado por un rayo.

»Había resquebrajado el tronco en vertical, de una manera sorprendente, partiéndolo en dos fustes: uno se apoyaba contra la casa y el otro contra una

porción de la vieja pared roja del jardín, en donde su caída había abierto una brecha. La fisura descendía por el árbol hasta detenerse a un palmo del terreno. El árbol suscitó la curiosidad popular, y, con sus anteriores temores resucitados en buena medida, él se sentaba en su banco, ya casi anciano, para vigilar a la gente que acudía a verlo.

»Rápidamente, las personas empezaron a acudir en tropel, de modo que él tuvo que cerrar la verja del jardín y se negó a admitir a nadie más. Sin embargo, ciertos hombres de ciencia viajaron desde muy lejos con el propósito de examinar el árbol, y, en una hora aciaga, los dejó entrar; ¡maldita sea, los dejó entrar!

»Pretendían excavar aquella ruina vegetal para desenterrar las raíces y poder estudiarlas en profundidad, así como también el terreno circundante. ¡Jamás en la vida! Le ofrecieron dinero para poder acceder a ello. ¡Ellos! ¡Hombres de ciencia a los que él podía comprar por docenas con un simple rasgueo de su pluma! Los condujo de nuevo a la verja del jardín, la cerró y echó el cerrojo.

»Pero se habían obstinado en llevar a término su propósito, y sobornaron al viejo sirviente (un miserable desagradecido que invariablemente, al recibir su salario, se quejaba de cobrar poco) y se colaron en el jardín durante la noche con linternas, picos y palas, precipitándose sobre el árbol. Él dormía en una habitación situada en una torrecilla al otro lado de la casa (la cámara nupcial estaba desocupada desde que tuviera lugar el suceso), pero pronto se puso a soñar con picos y palas y ello le despertó.

»Desde una ventana alta, en el lado correspondiente, pudo verlos, a ellos y sus linternas, así como la tierra revuelta en un montón que él mismo había deshecho y esparcido la última vez que fue removida. ¡Lo habían encontrado! Acababan de iluminarlo en aquel mismo instante. Todos se inclinaban sobre el hallazgo.

»Uno de ellos dijo: “El cráneo está fracturado”, y otro: “Mirad aquí los huesos”, y otro aún: “Fijaos, las ropas”, y entonces el primero intervino de nuevo y dijo: “¡Una podadera oxidada!”.

»Al día siguiente, se dio cuenta de que estaba sometido a una estricta vigilancia y no podía ir a ninguna parte sin que lo siguieran. Antes de transcurrida una semana le encerraron bajo custodia. Las circunstancias fueron progresivamente ensamblándose, con desesperante alevosía y sorprendente ingenio. Pero ¡admirad la justicia de los hombres, y cómo cayó sobre él!: fue acusado, por añadidura, de haber envenenado a aquella muchacha en la cámara nupcial. ¡Él, que había evitado, cautelosa y

expresamente, arriesgar ni un pelo de la cabeza por ella, y que la había visto morir por causa de su propia ineptitud!

»Surgió la duda acerca de por cuál de los dos asesinatos debía ser juzgado primero; pero se eligió el auténtico, y fue hallado culpable y condenado a muerte. ¡Canallas ávidos de sangre! Lo habrían culpado de cualquier cosa, tan deseosos como estaban de quitarle la vida.

»Su dinero de nada le sirvió para salvarse, y fue ahorcado. ¡Yo soy él, y fui ahorcado en el castillo de Lancaster con la cara vuelta hacia la pared, hace cien años!

Ante esta terrorífica declaración, el señor Goodchild trató de levantarse y gritar. Pero las dos líneas de fuego que se extendían desde los ojos del viejo hasta los suyos lo mantuvieron sentado y no emitió el menor sonido. Tenía, sin embargo, el oído afilado, y pudo captar que en un reloj sonaban las dos. Y apenas el reloj hubo dado las dos, ¡vio ante él a dos ancianos!

Dos.

Los ojos de cada uno de ellos, conectados con sus propios ojos por dos vetas de fuego; cada uno exactamente igual que el otro; cada uno dirigiéndose a él en el mismo y preciso instante; cada viejo rechinando los mismos dientes en la misma cabeza, con la misma fosa nasal torcida sobre la boca y la misma apariencia congestionada. Dos hombres viejos. Sin ninguna diferencia, igualmente visibles, la copia no más difusa que el original, tan real el segundo como el primero.

—¿A qué hora —dijo el segundo anciano— llegaron ustedes a la puerta de abajo?

—A las seis.

—¡Y había seis hombres viejos en la escalera!

Después de que el señor Goodchild se secara, o intentara secarse, el sudor de la frente, los dos ancianos continuaron hablando con una sola voz, y en singular:

—Me practicaron la autopsia, pero todavía no habían reconstruido mi esqueleto ni lo habían colgado de un garfio cuando corrió el rumor de que la cámara nupcial estaba hechizada. Era cierto. Yo estaba allí.

»Nosotros estábamos allí. Ella y yo estábamos allí. Yo en la silla junto a la chimenea; ella, otra vez una ruina blanca, arrastrándose por el suelo hacia mí. Pero ya no era yo quien hablaba. La única que hablaba era ella, y la única palabra que me decía desde medianoche hasta el amanecer era: “¡Vive!”.

»El muchacho estaba también allí. En el árbol, al otro lado de la galería. Yendo y viniendo a la luz de la luna, según las oscilaciones del árbol. Ha

estado allí desde entonces; espiándome en mi tormento; mostrándoseme por partes, en los pálidos reflejos y en las sombras pizarrosas, cuando va y viene, con la cabeza descubierta y una podadera enderezada de perfil entre sus cabellos.

»Todas las noches, en la cámara nupcial, desde las doce hasta el amanecer (salvo un mes al año, como luego les contaré), él se oculta en el árbol y ella se arrastra hacia mí por el suelo; siempre acercándose, sin llegar nunca; siempre visible como si la luna la iluminara, brille o no la luna; pronunciando siempre, de medianoche al amanecer, la misma palabra: “¡Vive!”.

»Pero durante el mes en que fui expulsado a la fuerza de esta vida (el mes en que estamos, que tiene treinta días) la cámara nupcial permanece vacía y silenciosa. No así mi vieja torre. No así las habitaciones donde, inquieto y atemorizado, pasé diez años. Unas y otras están entonces caprichosamente hechizadas. A la una de la madrugada soy lo que habéis visto cuando el reloj ha dado esa hora: un hombre viejo. A las dos de la madrugada, soy dos hombres viejos. A las tres, soy tres. A las doce del mediodía soy doce hombres viejos, uno por cada cien por cien de mis antiguas ganancias. Cada uno de los doce con doce veces mi vieja capacidad de sufrimiento y agonía. Desde esa hora hasta las doce de la noche, yo, doce viejos en un angustioso y atemorizado presagio, espero la llegada del ejecutor. A las doce de la noche, yo, doce viejos que se han apagado, cuelgo invisible ante el castillo de Lancaster, ¡con doce rostros vueltos hacia el muro!

»Cuando se inició el hechizo de la cámara nupcial, supe que este castigo no cesaría nunca, salvo que revelase su naturaleza, y mi historia, a dos hombres vivos al mismo tiempo. Esperé la llegada de esos dos hombres a la cámara nupcial año tras año. Se me reveló el conocimiento (desconozco cómo) de que si dos hombres vivos, con los ojos abiertos, estuvieran en la cámara nupcial a la una de la madrugada, me verían sentado en mi silla.

»Con el tiempo, los rumores de que aquella habitación estaba hechizada, impulsaron a dos hombres a intentar la aventura. Mi corazón apenas empezaba a latir a media noche (llegué allí como si mi vida hubiese sido tocada por un rayo) cuando les oí subir las escaleras. A continuación, les vi entrar. Uno era un hombre intrépido, alegre, activo, en la flor de la vida, tendría unos cuarenta y cinco años; el otro era doce años más joven. Llevaban una cesta de comida y unas botellas. Les acompañaba una mujer joven, que llevaba astillas y carbón para encender el fuego. Cuando lo hubo encendido, el hombre intrépido, alegre y activo la condujo a lo largo de la galería, fuera de la habitación, cuidó de que bajara la escalera y regresó riendo.

»Cerró la puerta, echó un vistazo a la habitación, depositó el contenido de la cesta sobre la mesa, frente a la chimenea (sin preocuparse de mí, que estaba en el lugar de mi destino, junto al fuego, cerca de él), y llenó los vasos, y comió y bebió. Su compañero hizo lo mismo, y estaba tan alegre y confiado como el otro, que parecía ser el cabecilla. Cuando terminaron de cenar colocaron unas pistolas sobre la mesa, se volvieron hacia el fuego y fumaron sus pipas, que eran de fabricación extranjera.

»Habían viajado juntos, habían pasado mucho tiempo juntos, y tenían numerosos temas de conversación. En medio de la charla y de las risas, el más joven le dijo al cabecilla que siempre estaba dispuesto para la aventura, fuese cual fuese. Su compañero replicó con estas palabras:

»—No es exactamente así, Dick; si no temo nada más, me temo a mí mismo.

»El joven, que parecía estar un poco atontado, le preguntó en qué sentido, de qué modo.

»—Bien, por ejemplo —dijo el otro—, aquí hay un fantasma que debe ser refutado. ¡De acuerdo! Yo no puedo responder de lo que mi imaginación haría si me encontrara solo, o de qué malas pasadas me jugarían los sentidos si me tuvieran a su merced. Pero en compañía de otro hombre, y especialmente en la tuya, Dick, accedería a enfrentarme a todos los fantasmas que haya habido en el mundo entero.

»—Ni siquiera podía imaginar que esta noche iba a ser yo tan importante —dijo el joven.

»—Hasta tal punto lo es —dijo el líder, mucho más seriamente de lo que había hablado hasta entonces— que, por las razones que te he expuesto, bajo ninguna circunstancia me habría prestado a pasar aquí la noche solo.

»Faltaban pocos minutos para la una. Después de hacer su última observación, el hombre más joven inclinó la cabeza hacia un lado, y ahora la inclinaba aún más.

»—¡No te duermas, Dick! —dijo el otro hombre alegremente—. Las horas bajas son las peores.

»El joven lo intentó, pero de nuevo su cabeza volvió a inclinarse hacia un lado.

»—¡Dick! —le urgió el cabecilla—. ¡Despierta!

»—No puedo —murmuró indistintamente el joven—. No sé qué extraña influencia se apodera de mí. No puedo.

»Su compañero lo miró con súbito horror, y yo, aunque de modo diferente, sentí a su vez un nuevo espanto; porque estaba a punto de sonar la

una y notaba que el segundo observador se me iba entregando, y la maldición que pesaba sobre mí me exigía que lo durmiese.

»—¡Levántate y anda un poco! —exclamó el cabecilla—. ¡Inténtalo!

»De nada sirvió situarse detrás de la silla del durmiente y zarandearlo. Sonó la una, y yo me manifesté ante el hombre de más edad, y él se quedó paralizado ante mí.

»Me sentí en la obligación de relatar mi historia sólo para él, sin esperanza de obtener ningún beneficio a cambio. Sólo para él, yo fui un espantoso fantasma que hacía una confesión del todo inútil. Presentí que siempre sería así. Los dos hombres vivos juntos jamás vendrían a liberarme. Cuando yo apareciese, los sentidos de uno de los dos se verían anulados por el sueño; nunca me oiría ni me vería; lo que yo pudiese decir siempre se dirigiría a un oyente solitario, y nunca serviría de nada. ¡Ay de mí, ay de mí!

Mientras los dos viejos pronunciaban estas palabras retorciéndose las manos, el señor Goodchild cayó en la cuenta de que se encontraba en la terrible situación de hallarse a solas con el espectro, y que la inmovilidad del señor Idle se explicaba porque había sucumbido al encantamiento del sueño al sonar la una. Bajo el pánico de aquel repentino descubrimiento, que le produjo un indescriptible espanto, se debatió con tanta fuerza para librarse de las cuatro líneas de fuego que las rompió, después de haberlas separado a notable distancia. Sintiendo libre de ataduras, agarró al señor Idle, lo levantó del sofá y se lo llevó apresuradamente escaleras abajo.

—¿Qué estás haciendo? —protestó el señor Idle—. Aquí no está mi habitación. ¿Adónde demonios me llevas? Puedo andar, no necesito que me ayuden. Suéltame.

El señor Goodchild lo soltó en el viejo vestíbulo y echó una furiosa mirada a su alrededor.

—¿Qué te propones? —insistía el señor Idle con creciente petulancia—. ¿Precipitarte sobre las personas de tu propio sexo y rescatarlas, o morir en el empeño?

—¡El viejo! —exclamó el señor Goodchild en tono abstraído—. ¡Los dos viejos!

El señor Idle no se dignó a dar más que la siguiente respuesta:

—La vieja, querrás decir —dijo el señor Idle por toda respuesta.

Y empezó a desandar su camino escaleras arriba, cojeando y apoyándose en la amplia balaustrada.

—Te aseguro, Tom —arguyó el señor Goodchild acudiendo a su lado—, que desde que te has dormido...

—¡Vaya, eso me gusta! —lo interrumpió Thomas Idle—. ¡Si no he pegado ojo!

Con la peculiar sensibilidad que conlleva el humillante hecho de dormirse fuera de la cama, que es el sino de toda la humanidad, el señor Idle persistió en su declaración. La misma sensibilidad impulsó al señor Goodchild, al verse acusado de similar delito, a repudiarlo con honorable resentimiento. Resolver la cuestión de si era un viejo o dos viejos se convirtió en algo sumamente complicado, y pronto resultó del todo imposible. El señor Idle dijo que todo era consecuencia de la tarta nupcial, y de diversas cosas, puestas de nuevo en orden, que habían visto y pensado durante el día. El señor Goodchild replicó que cómo podía ser..., si él no se había dormido, y qué derecho tenía el señor Idle a afirmarlo, cuando era el señor Idle en realidad quien se había dormido. El señor Idle declaró que no se había dormido ni un momento, y que nunca se dormía, y que el señor Goodchild, por norma general, se dormía siempre. En conclusión, se separaron a las puertas de sus respectivas habitaciones, un tanto alborotados. Las últimas palabras del señor Goodchild fueron que había experimentado, en aquella real y tangible sala de estar de aquella real y tangible vieja hostería (¿iba Idle a negar su existencia?), todas las sensaciones y reacciones, cuya presente relación está a punto de concluir, de las cuales escribiría y daría a imprimir cada palabra. El señor Idle respondió que lo hiciese si así se le antojaba. Y se le antojó, y ya lo ha hecho.

Capítulo 5

Como dos pasajeros más entre los muchos de un tren nocturno en domingo, el señor Thomas Idle y el señor Francis Goodchild tomaron sus billetes en un pequeño andén carcomido (convertido prácticamente en yesca por el humo y las cenizas), en el corazón industrial de Yorkshire. Un corazón misterioso parecía éste, en aquella húmeda, oscura noche dominical, atravesada como un rayo por el tren, entre la música del girar de las ruedas, el jadear de la máquina y el canto coral de centenares de excursionistas de tercera clase, cuyos alardes vocales saltaban con notable habilidad de lo sacro a lo profano, de los himnos religiosos a las melodías del otro lado del Atlántico, como «The Yankee Gal» y «Mary Anne». Parecía que se hubiera producido alguna importante asamblea vocal cerca de cada una de las estaciones solitarias de la línea. No se veía ninguna ciudad, no se veía ningún pueblo, no se veía ninguna luz; pero una multitud se apeaba cantando del tren y otra multitud subía cantando, y la segunda multitud retomaba los mismos himnos y las mismas melodías procedentes del otro lado del océano, y cantaba sus propias y célebres malicias, narrando que el barco estaba ya aparejado y el viento era propicio, y que se hacían a la mar, Mary Anne, hasta que le llegaba el turno de convertirse en una multitud que se apeaba y era reemplazada por una multitud que subía, la cual hacía de nuevo lo mismo. Y en todas las estaciones, la multitud que subía al tren, con una referencia artística a la integridad de sus coros, mientras asaltaba los vagones, gritaba como una sola voz: «¡Juntos somos la gran pandilla!».

Los cánticos y las multitudes se habían ido diluyendo a medida que los lugares solitarios quedaban atrás y se acercaban las grandes ciudades, y el viaje transcurría todo lo silenciosamente que un viaje en tren puede transcurrir, frente a las vagas calles negras de los amplios golfos urbanos y entre los árboles sin ramas de sus vagas chimeneas negras. Bajo aquella humedad grisácea, daba la impresión de que todas esas ciudades habían sido asoladas por un incendio cuyas llamas acababan de ser apagadas; un panorama melancólico y opresivo de muchas millas de longitud.

De este modo, Thomas y Francis llegaron a Leeds, de cuyo bullicioso e importante centro comercial puede decirse con delicadeza que, para bien o para mal, no deja a nadie indiferente. Al día siguiente, el primero de la semana de carreras, tomaron el tren en dirección a Doncaster.

Y de inmediato el carácter de los viajeros y de los ferroviarios cambió por entero, y cualquier asunto, cualquier negocio que no tuviera que ver con las carreras desapareció de la faz de la tierra. La conversación giraba exclusivamente en torno a los caballos y a John Scott. Los guardafrenos, cubriéndose la boca con la mano, susurraban a los jefes de estación cosas sobre caballos y sobre John Scott. Hombres vestidos de chaqué y con corbatas moteadas prendidas mediante distintivas agujas, las piernas recias abultando dentro de pantalones ceñidos con el fin de que se asemejasen lo más posible a las patas de un equino, iban de un lado a otro, por parejas, en las estaciones de enlace, hablando bajo y en tono malhumorado sobre caballos y de John Scott. El joven clérigo de chaleco negro, que ocupaba el asiento central del compartimiento, explicaba con su peculiar lenguaje de púlpito a la joven y adorable reverenda señora Crinolina, que ocupaba el asiento central frente al suyo, unos pocos pasajes de rumores concernientes a «cabayozz, mi amor, y al zeñor John Ezzzcott». Un sujeto encorvado, con una cabeza como un queso danés, que vestía un traje de pana de palafrenero y cuidaba de un caballo transportado en un vagón-jaula, circulaba por los andenes con un ronزال en torno al cuello, como una versión degenerada de burgués de Calais de los viejos tiempos, y era cortejado por la mejor sociedad en razón de lo que podía insinuar a propósito de «los cabayos y Joon Scott», cuando no estaba ocupado comiendo paja. El propio maquinista, mientras con un ojo vigilaba la caldera, parecía tener el otro abierto y vuelto hacia un lado, atento a los caballos y a John Scott.

En la estación de Doncaster había barreras y pasos especiales para contener a la muchedumbre; caminos provisionales de entrada y salida, entre vallas de madera, para que la gente no se desviase. Aquella bendita semana de carreras contaba con cuarenta maleteros de más, y todos ellos concertaban sus apuestas en el cuarto de lámparas o en cualquier otra parte, y ninguno se acercaba a tocar los equipajes. El tren dejaba a los viajeros en un espacio abierto, un triste desierto de hombres ociosos. Toda tentativa de llevar a cabo un trabajo, excepto el relacionado directamente con las carreras, se topaba con un atasco; y todos los hombres se habían metido en aquel atasco.

—¡Eh, palabra! No nos pida a nosotros que le ayudemos con su equipaje. Haga su elección, acierte, ¡venga! ¡Vamos, los caballos y John Scott!

En medio de aquellos hombres ociosos estaban todos los calesines y demás coches de Doncaster y lugares adyacentes, con los caballos aculándose, retrocediendo, avanzando, agitándose, asustándose, se diría que como resultado de no oír hablar de otra cosa que no fuera de su propia especie y de John Scott.

Gran Compañía Dramática de Londres para la Semana de Carreras. Poses Plásticas en la Gran Sala de Reuniones del Patio de Cuadras a las siete y a las nueve todas las noches con motivo de la semana de carreras. Gran Exhibición de Liliputienses Aztecas, importante para quienes deseen horrorizarse por poco dinero, con ocasión de la semana de carreras. ¡Alojamiento de elevada y no tan elevada categoría, pero todo a elevados precios, de diez a veinte libras, durante la semana de carreras!

Sobradamente aturridos por todas estas cosas, los señores Idle y Goodchild se retiraron a los aposentos que se habían asegurado de antemano, y el señor Goodchild miró por la ventana la concurrida calle.

—¡Cielos, Tom! —exclamó, después de echarle un vistazo a la calle—. ¡Vuelvo a estar en el asilo de lunáticos, y todas estas personas son locos a cargo de un cuerpo de celadores intrigantes!

Mientras duró la semana de carreras, el señor Goodchild no fue capaz de apartar ni un instante esa idea de su mente. Todos los días miraba por la ventana, con algo del temor de Lemuel Gulliver cuando contemplaba a los hombres a su regreso del país de los caballos y todos los días veía a los lunáticos locos por los caballos, locos por las apuestas, locos por el alcohol, locos por el vicio, y a los maquiavélicos celadores siempre en pos de ellos. La idea teñía, como el segundo color en una tela tornasolada, la totalidad de las impresiones del señor Goodchild. Éstas eran aproximadamente como sigue:

Lunes, mediodía. Las carreras no empiezan hasta mañana, pero todas las hordas lunáticas han salido, invaden el pavimento de la calle principal de la bonita y acogedora Doncaster, lo llenan todo, se apelonan particularmente en el exterior de las salas de apuestas, saludan con aullidos y risas a cualquier vehículo que pase. A veces, algún que otro caballo lunático, asustado, se desboca, con el consiguiente e infinito alboroto. Hombres de todas clases, desde aristócratas a indigentes, apuestan sin descanso. Los celadores, siempre alerta, aprovechan toda buena ocasión. Hay un detestable aire de familia entre estos celadores, del señor Palmer al señor Thurtell. Tengo ciertos conocimientos en materia de expresión y a lo largo de mi vida he conocido muchas cabezas (esto es lo que escribe el señor Goodchild), y en ninguna parte he visto nunca tantas repeticiones de un mismo tipo de semblante y un

tipo de cabeza (ambos malignos) como en esta calle y por estas fechas. Astucia, codicia, sigilo, frío cálculo, endurecimiento y extrema insensibilidad son las peculiaridades de los celadores. El señor Palmer se cruza conmigo cinco veces en cinco minutos, y, cuando voy calle abajo, la nuca del señor Thurtell marcha constantemente delante de mí.

Lunes, tarde. Encendidas las luces de la ciudad; más lunáticos que nunca en la calle; completa obstrucción y colapso de la circulación ante las salas de apuestas. Los celadores, ya cenados, invaden las salas y despabilan activamente a los lunáticos adinerados; algunos celadores abotargados por la bebida, otros no, pero todos mezquinos y calculadores. El eco difuso de un rumor sobre «ballos» y «rreras» va alzándose perpetuamente en el aire; sólo a media noche empieza a morir en ocasionales cánticos de borrachos y alaridos dispersos. Pero, a lo largo de toda la velada, alguna taberna incívica de la vecindad abre sus puertas a intervalos y escupe a un hombre demasiado borracho para que su presencia sea admisible en el local; hombre que, por consiguiente, prorrumpe en las más estrepitosas protestas para que le readmitan, y acaba durmiéndose allí donde cae o es conducido al calabozo.

Martes, mañana, al amanecer. Súbita aparición, como si brotasen de la tierra, de todas las obscenas criaturas que venden «programas oficiales de las carreras». Habrán estado enroscadas por los rincones o durmiendo en los umbrales de las puertas, y por haber pasado toda la noche en condiciones similares necesitan todas al mismo tiempo activar la circulación de la sangre; pero, sea o no sea así, surgen a la vida juntas y simultáneamente, como si un nuevo Cadmo hubiera sembrado los dientes de un caballo de carreras. Ningún eventual comprador de programas se ha levantado todavía, pero los programas son pregonados con ardor. No hay clientela por la cual pelearse, pero se discute y pelea furiosamente. Conspicua entre aquellas hienas, según descubre uno a la hora del desayuno, aparece una alarmante criatura que parece un hombre: piernas tambaleantes por la bebida y la disipación, la cabeza descubierta y descalzos los pies, con el horrible pelo como una escoba y sin otras ropas que unos calzones andrajosos y una chaqueta de percal satinado de color rosa, tan ajustada (cosida, se diría, a su cuerpo) que es evidente que no se la podrá quitar nunca, lo que, de hecho, jamás hace. Esta espantosa aparición, inconcebiblemente ebria, posee el terrible poder de imitar el rebuzno de un asno que vibra como el sonido de un gong, hazaña que le exige apoyar la quijada derecha en su mugrienta mano, doblar hacia atrás la espalda y expulsar el rebuzno con gran agitación de sus tambaleantes piernas y enérgicos barridos de la escoba que tiene por cabellera. Desde el

primer instante, cuando sale a la luz sosteniendo en alto sus programas para que desde las ventanas los vean, y propone hoscamente que Milord, Su Excelencia, Mi Coronel, el Noble Capitán y a Vuestra Honorable Merced lo compren, desde el primer instante, pues, hasta que termina la Gran Semana de Carreras, a todas horas de la mañana y de la tarde, del día y de la noche, la ciudad reverberará, según se le antoje, con los rebuznos de este pavoroso animal que es el Asno-Gong.

Hoy no hay ninguna carrera realmente importante, así que tampoco hay excesiva afluencia de vehículos; aunque la circulación no es desdeñable: carromatos y calesas campesinos, carruajes con caballos de postas, coches de cuatro caballos, la mayoría procedentes de York, siguen por la calle principal para encaminarse directamente hacia la pista. Un paseo en dirección contraria podría ser hoy mejor opción para el señor Goodchild que dicha pista, de modo que toma la dirección contraria. Todos han ido a las carreras. Sólo niños en la calle. El Circo Gran Alianza, desierto; no queda ninguno de los Star Riders; las garitas de ventas de entradas, con secciones separadas para palcos, platea y anfiteatro, están cerradas y han sido retiradas a un lado; no hay nadie cerca de la lona, excepto un hombre arrodillado en la hierba que está haciendo globos de papel para uno de los números de la noche. Un bonito camino, agradablemente arbolado. Nadie trabaja en los campos: todos a las carreras. Los pocos caminantes rezagados se dirigen a las carreras, y cuando se cruzan con alguien que no sigue su trayecto, lo miran con asombro. El encargado del portazgo se ha ido a las carreras; su ahorrativa esposa, que lava ropa a la puerta de la caseta de cobro, irá a las carreras mañana. El dueño de la hostería vecina se ha marchado a las carreras. Quién sabe si mañana no quedará nadie para cobrar el portazgo y atender a los viajeros, aunque ello seguramente no sea propio ni de los portazgos ni de la gente de Yorkshire. El propio viento y el polvo parecen presurosos en llegar a las carreras cuando rozan, vivaces, al único caminante que queda en la calle. En la distancia, la máquina del tren que aguarda en el extremo de la ciudad emite un agudo grito de desesperación. Nada excepto la dificultad de salirse de la vía impide a aquella locomotora marcharse a las carreras también, eso está muy claro.

Por la noche, más lunáticos en la calle que la noche anterior, y más celadores. Estos últimos, muy activos en las salas de apuestas, frente a las cuales la calle es ahora intransitable. El señor Palmer, como antes. El señor Thurtell, como antes. Estrépito y alboroto, como antes. Apaciguamiento gradual, como antes. Las tabernas expectoran a los clientes indeseables, como

antes. Alaridos de borrachos, Asno-Gong y programas oficiales en continuo aumento.

El miércoles por la mañana, que es la mañana de la Grand Saint Leger, es evidente que ha habido un importante flujo de entrada, tanto de lunáticos como de celadores. Las familias de los comerciantes establecidos en el camino ya no están al alcance de la vista: las habitaciones que solían ocupar ignoran su paradero, llenas ahora de huéspedes a veinte guineas por cabeza. En la ventana del segundo piso de la pastelería, un celador cepilla el cabello del señor Thurtell creyendo que es el suyo. En el ático de la cerería, otro celador se está poniendo los tirantes del señor Palmer. En el cuarto de los niños del armero se afeita un lunático. En el mejor salón de la vivienda del dueño de la papelería-librería, tres lunáticos toman un desayuno combinado, elogian al demonio (del cocinero) y beben *brandy* puro en una atmósfera cargada por los cigarros fumados la noche anterior. Ningún santuario familiar se libra de nuestros angélicos mensajeros (nosotros nos hospedamos en el Ángel), que a modo de camareros adicionales para la Gran Semana de Carreras entran y salen de las habitaciones más secretas de la casa de quien sea, con platos y tapas de estaño, jarros, botellas de soda y vasos. Una hora después, calle abajo y calle arriba, hasta donde alcanza la vista y bastante más allá, hay una densa multitud; lo que se produce ante las salas de apuestas es como un gran forcejeo a la puerta de un teatro (en los días que hay función) o en el vestíbulo del templo de Spurgeon (en los días de Spurgeon). Una hora después: fundiéndose en esta multitud, y de un modo u otro atravesándola, se encuentra todo tipo de vehículos y todo tipo de pasajeros: carretones, con ladrilleros y ladrilleras sentados sobre tablas y traqueteados de acá para allá; diligencias, con los requeridos mozos en la trasera, sentados con los brazos cruzados en la posición requerida, inclinados hacia atrás en el ángulo requerido; postillones con los relucientes sombreros y las elegantes casacas de otros tiempos, cuando no existían los fogoneros; bellísimos caballos de Yorkshire, gallardamente conducidos por sus propios dueños y criadores. Y debajo de cada lanza, de cada eje, de cada caballo, y al parecer debajo de cada rueda, el Asno-Gong suelta sus rebuznos metálicos, cuando no lucha por su vida o es apartado del camino a latigazos.

A la una, ha cesado el bullicio en las calles y no queda nadie en ellas, salvo Francis Goodchild. Y Francis Goodchild no se quedará en ellas mucho tiempo más, porque también él va camino de las carreras.

Un panorama de suma belleza es el que descubre Francis Goodchild en el hipódromo, cuando ha dejado atrás la amable Doncaster y sale campo a

través, con sus gratas perspectivas, su pintoresca Casa Roja que cambia extrañamente y gira según gire Francis, su hierba verde y su brezo fresco. Un espacio abierto y cómodo, donde Francis puede vagar apaciblemente en cualquier dirección y elegir un sitio entre la salida, la meta o la curva que envuelve la colina, o en cualquier punto apartado desde donde observar los caballos trémulos de emoción, los nervios tensados, transmitiendo su temblor a la acogedora tierra cuando desfilan. Francis se congratula de no estar en la gran tribuna, sino en un lugar desde donde puede verla,alzada contra el cielo, con sus largas hileras de puntos blancos que son los rostros, y sus últimas filas altas y sus extremos llenos de gente que parecen alfileres clavados en un enorme alfiletero, aunque no tan simétricamente como su espíritu ordenado desearía, pues las personas cambian de sitio o se marchan. Cuando la carrera ya casi ha terminado, tan hermosa como la carrera misma le resultan la agitación que provoca entre los alfileres y la forma en que éstos cambian del color oscuro al color claro en el momento en que el público se quita el sombrero para agitarlo en el aire. No ofrecen menor interés la ruidosa anticipación del nombre del ganador, la emoción y el rugido final; después, el rápido desprendimiento de los alfileres, la revelación de la forma que tiene el alfiletero desnudo, y la concentración de toda la horda de lunáticos y celadores detrás de los tres caballos y de sus jinetes, ataviados con vistosos colores, que aún no han finalizado su galope, pese a que la competición ha terminado ya.

Al parecer, el señor Goodchild no se libró por completo de la demencia general que se respiraba en las carreras, aunque la suya era una demencia diferente a la de los demás. El señor Idle sospecha que cayó en un engorroso estado mental por causa de unos pequeños guantes de color lila y un sombrerito femenino que vio allí. El señor Idle sostiene que, más tarde, y con apariencia profundamente lunática, su amigo repitió en el Ángel cierta rapsodia que más o menos decía lo siguiente:

—¡Oh, pequeños guantes lila! ¡Oh, cautivador sombrerito que, en conjunción con sus cabellos de oro, rodeaba de gloria su bonita cabeza a la luz del sol! ¿Por qué no estaremos solos en el mundo tú y yo? ¿Por qué el curso de este día (jornada de carreras para los demás, preciosa música para mis oídos) no se prolongará en un eterno otoño soleado sin crepúsculo? Genio de la Lámpara, o Anillo Mágico, ¡detenme allí, gallardo jinete, juez de carrera en mi casaca roja, inmovilizado sobre la verde hierba por los siglos de los siglos! Fraternal diablo de dos bastones, mantén a *Blink-Bonny* plantado en la línea de salida durante diez veces diez mil años, ¡y que la carrera no empiece

nunca! Tambores árabes, poderosos desde remotos tiempos para conjurar a los genios del desierto, empezad a sonar y alzad una tropa en el desierto de mi corazón que hechice de tal modo este polvoriento birlocho (con una conspicua placa de recaudador parecida a la placa de garita de un portazgo), que yo, en su interior, amando los pequeños guantes lila, el seductor sombrero y la encantadora criatura de cabellos de oro que lo llevaba, pueda esperar junto a ella eternamente la celebración de un Grand Saint Leger que no se correrá nunca.

Jueves por la mañana. Después de una tremenda noche de aglomeraciones, gritos, expectoraciones tabernarias, Asno-Gong y programas oficiales. Síntomas de las ganancias de ayer en forma de bebida, y de las pérdidas de ayer en forma de dinero, ambas abundantes. Grandes pérdidas: como es usual, nadie parece haber ganado; pero importantes pérdidas y numerosos perdedores son hechos incuestionables. Tanto los lunáticos como los celadores, en general, muy deprimidos. Varios de ellos, en ambas categorías, contemplan la botica, donde el señor Goodchild está efectuando una compra, como a la espera de que él les levante el ánimo. Un lunático de ojos enrojecidos, congestionado, aturdido y trastornado, entra con precipitación y grita salvajemente:

—¡Póngame un vaso de agua con sales volátiles o cualquier maldita cosa por el estilo!

Caras muy largas en la sala de apuestas, y una muy visible tendencia a morderse las uñas. Los celadores parece que dedican la mañana a andar por ahí, solitarios, con las manos en los bolsillos, mirándose las botas cuando las meten en los baches del adoquinado, luego mirando arriba para, finalmente, alejarse silbando. El Circo Gran Alianza ha salido en procesión; voluminosa dama, miembro del Gran Alianza, en traje de montar carmesí, más agradable de ver, incluso con la carapintada bajo el cielo diurno, que las jetas de lunáticos y celadores. El Caballero Español parece también haber perdido ayer, y hace tintinear sus engalanadas bridas con disgusto, como si estuviera pagando sus deudas. La misma reacción es perceptible en el Ayuntamiento, enfrente, de donde ciertos rateros salen esposados unos con otros, con aquel andar que no se ve nunca en otras circunstancias; aquel caminar revelador de que uno va a la cárcel, sí, pero también de que las cárceles son arbitrarias y de mal gusto, y qué te parecería esto a ti si estuvieras en mi lugar, ¡que es donde deberías estar! Mediodía. La ciudad se llena como ayer, pero no tanto, y se vacía como ayer, pero no tanto. Al anoecer, el comedor del Ángel, donde todo lunático y todo celador consume su modesta cena diaria de tortuga,

venado y vino, no está tan concurrido como ayer, ni tan ruidoso. Por la noche, el teatro. En él, mayor número de rostros abstraídos del que suele verse en reuniones públicas; rostros cuya expresión recuerda vivamente al señor Goodchild la de los chicos de su escuela cuando les tocaba «salir a la pizarra» con su aritmética o sus matemáticas. Estos chicos, no cabe duda, saldrán mañana a la pizarra con sus cifras y sus sumas. El señor Palmer y el señor Thurtell en los palcos del ala izquierda. El señor Thurtell y el señor Palmer en los palcos del ala derecha. La firma Thurtell, Palmer y Thurtell en los palcos centrales. Se observa una tendencia francamente odiosa en aquellos distinguidos caballeros: interpretar vilmente frases suficientemente inocentes de la obra que está representándose, y después aplaudirlas como sátiras. Detrás del señor Goodchild, entre un grupo de lunáticos y un celador, la viva encarnación de la cosa llamada «sujeto». Un caballero nace; un «sujeto» se hace. Una cosa con un pañuelo en torno al cuello y un lenguaje basto brotando detrás del pañuelo; más depravado, más necio, más ignorante, más incapaz de creer en algo bueno y noble, del tipo que sea, que el más estúpido de los bosquimanos. Lleva mucho alcohol en las venas y no es más que un joven muchacho, aunque su aspecto indique lo contrario. Para hacer justicia a sus acompañantes, incluso éstos se avergüenzan de él cuando profiere sus insultantes críticas a la representación, e inflama al señor Goodchild con el ardiente deseo de enviarle al infierno. Sus comentarios son tan horribles que el señor Goodchild llega a dudar por un momento de que aquello sea auténtico arte si coloca a las mujeres ante semejante cosa, aunque sean sus propias hermanas o su propia madre, ¡a quien el Cielo perdone por haber traído al mundo una cosa así! Sin embargo, el hecho de que una naturaleza abyecta debe crear para sí un mundo abyecto donde vivir, cualesquiera que sean los materiales que utiliza, o de lo contrario no podría existir, como ninguno de nosotros existiría sin el sentido del tacto, devuelve al señor Goodchild la razón; en gran parte, debido a que la cosa no tarda en hincar el miserable mentón en el pañuelo y se queda dormida babeando.

Viernes por la mañana. Peleas muy tempranas. Asno-Gong y programas oficiales. De nuevo, copiosa peregrinación hacia las carreras, aunque no tan copiosa como el miércoles. También mucho trajín de equipajes en el piso alto de la armería, de la cerería, de la papelería; porque habrá un intenso trasiego de lunáticos y celadores hacia Londres en el tren de la tarde. La pista de carreras, tan bonita como siempre; el gran alfiletero sigue pareciendo un alfiletero, aunque no esté tan lleno de agujas; hay varias filas vacías. En el acontecimiento principal del día, tanto a los lunáticos como a los celadores les

asalta la ira y se produce una violenta refriega y se inicia la persecución del jinete perdedor, así como la lucha de dicho jinete por no caer en las garras de la voluble y amenazante muchedumbre, bajo la protección de sus amigos, aunque ya con aspecto maltrecho. Bárbaro proceder, ciertamente, aunque animado para presenciarlo desde una distancia prudencial. Terminada la prueba principal, riadas humanas comienzan a fluir desde el alfiletero hasta el ferrocarril; las riadas confluyen en ríos; los ríos no tardan en unirse para formar un lago. Flotando en el lago llega el señor Goodchild a Doncaster, no sin pasar ante el itinerante personaje vestido de negro que, al borde del camino y desde la ventajosa posición de un poste que ostenta un cartel bien legible, le anuncia que por todas aquellas cosas el Señor lo llevará a juicio. A la hora de la cena ya no se sirve el menú de tortuga y venado; esto es ya historia pasada. No se apuesta en los salones; nada hay en ellos, salvo los tiestos con plantas que durante toda la semana han estado custodiando la entrada para dar una apariencia inocente al lugar y que, en aquel periodo, se han marchitado de forma lamentable.

Sábado. El señor Idle desea saber, a la hora del desayuno, qué eran los lúgubres plañidos que durante la noche han sonado detrás de su puerta. El señor Goodchild le contesta que eran la consecuencia de una pesadilla. El señor Idle repudia la calumnia y llama al camarero. El Ángel lo lamenta mucho y se propone explicarlo; pero, verán, señores, había un caballero cenando abajo con otros dos, y había perdido una gran suma de dinero, y había bebido una gran cantidad de vino, y por la noche «le asaltó el horror» y se levantó; y como sus amigos no consiguieron hacer nada por él, se tendió en el suelo y se puso a gemir ante la puerta del señor Idle.

—Pues vaya si gemía —dice el señor Idle—, ¡y hágame el favor de imaginarse si a mí, al otro lado, no me asaltaría también «el horror»!

Hasta aquí, la presente descripción de Doncaster en las fechas de su gran acontecimiento deportivo anual, que ofrece probablemente una estampa general del ambiente social de la ciudad, tanto en el pasado como en los tiempos actuales. La única atracción local en el año que nos ocupa que puede considerarse del todo inusitada, y que merece sin duda una mención, por breve que sea, es la existencia auténtica de un notable personaje que se hospeda en Doncaster y que ni directa ni indirectamente tiene nada que ver con las célebres carreras de la semana. Si se busca entre el gentío que invade la ciudad, incluidos habitantes y, por supuesto, visitantes, no se encontrará a

nadie que viva al margen de los eventos que se celebran estos días, salvo ese único hombre sin parangón. Él no apuesta a las carreras, como los aficionados. Él no participa en las carreras, como los jinetes, los jueces de salida o de pista, o los mozos de cuadra. Él no asiste a las carreras, como el señor Goodchild y el resto de los espectadores. Él no se aprovecha de las carreras, como los hoteleros y los comerciantes. Él no administra las necesidades de las carreras, como los taquilleros, los postillones, los camareros y los corredores de apuestas. Él no fomenta el divertimento de las carreras, como los actores de teatro, los artistas de circo o los mimos de las *poses plastiques*. Sin lugar a dudas, él es el único individuo en Doncaster que está al margen de la arrolladora riada de las competiciones y no es engullido por ella con el resto de sus semejantes. ¿Quién es este moderno eremita, este recluso de la semana de la Saint Leger, este enigmático personaje solitario que vive de espaldas a las diversiones y actividades de las que participan las criaturas de su propia especie? Sin duda, no presenta dificultad alguna resolver el más fácil y claro de los acertijos. ¿Quién puede ser sino el señor Thomas Idle?

Thomas había aceptado el padecimiento de ir a Doncaster del mismo modo que hubiese aceptado el padecimiento de ser conducido a cualquier otro lugar habitable del planeta que le garantizase la posesión temporal de un confortable sofá donde descansar su tobillo. Una vez instalado en el hotel, con la pierna sobre un cojín y la espalda apoyada en otro, declinó formalmente interesarse lo más mínimo por cualquier circunstancia relacionada con las carreras o con la gente que se había congregado para presenciarlas. Francis Goodchild, anhelando que las horas pasaran para su compañero de viaje de la forma más placentera posible, sugirió que acercaran el sofá a la ventana, para que así su amigo se distrajese contemplando la fluctuante marea humana, de la cual la calle principal presentaba una vista excelente. Thomas, sin embargo, rechazó de todas todas aprovecharse de ello.

—Cuanto más lejos esté de la ventana, mejor y más contento, hermano Francis —dijo—. No tengo nada en común con lo que mantiene obsesionadas a todas esas personas que pasan por la calle. ¿Por qué molestarme en mirarlas?

—Yo también confío en no tener nada en común con lo que obsesiona a la mayoría de ellas —respondió Goodchild, pensando en los caballeros aficionados al deporte con los que había tropezado en sus paseos por Doncaster—. Pero estoy seguro de que entre toda la gente que ahora pasa frente a esta casa debe de haber...

—Ni una sola criatura viviente —interrumpió Thomas— que no esté, de un modo u otro, interesada en los caballos y que no sea, en mayor o menor grado, un admirador de esos animales. Porque yo albergo una dudosa opinión de esos cuadrúpedos animales que tiene a su vez, o así lo creo, el dudoso honor de no ser compartida por ningún otro ser humano, civilizado o salvaje, en toda la faz de la tierra. Si hablamos del caballo en general, Francis, yo lo desprecio taxativamente.

—Thomas —dijo Goodchild—, tu confinamiento doméstico ha empezado a afectar a tus secreciones biliares. Iré a la botica y te traeré algún medicamento.

—Lo desapruebo —continuó Thomas, apoderándose tranquilamente del sombrero de su amigo, que estaba en una mesa próxima—; lo desapruebo, primero, por la constitución física del caballo. Rechazo el canon de belleza que se asocia a ese animal. Opino que su hocico es demasiado largo, su frente demasiado baja, sus patas (excepto en el caso del caballo de tiro) ridículamente delgadas en comparación con el volumen de su cuerpo. Asimismo, considerando la gran envergadura de dicho animal, desapruebo la deplorable delicadeza de su constitución. ¿No es acaso la criatura más enfermiza que existe? ¿Qué niño se resfría tan fácilmente como un caballo? Pese a su apariencia de supremo vigor, ¿no se daña una pata con mayor facilidad con la que yo me disloqué el tobillo? Por añadidura, visto de otra manera, ¡qué infeliz y desvalido es! Ni una refinada dama requiere más atenciones que un caballo. Otros animales pueden lavarse solos: él ha de tener un cuidador. Me dirás que ello se debe a que nosotros queremos que tenga el pelaje artificialmente lustroso. ¡Lustroso! Ven a mi casa y mira mi gato, ¡mi habilidoso gato, que se cuida a sí mismo! ¡Mira tu perro! ¡Mira cómo esa inteligente criatura se atusa y peina con sus propios y honrados dientes! Y luego, además, ¡qué tonto es el caballo, un pobre tonto nervioso! Se sobresalta ante un trozo de papel blanco que encuentra en la calle como si viera un león. Lo único que tiene en mente, cuando oye un ruido que no le resulta familiar, es escapar a la carrera... ¿Qué me dices de estas dos conocidas particularidades, del talento y el coraje de ese animal tan alabado en exceso? Podría multiplicarlas hasta doscientas si me devanara los sesos y agotara el aliento, lo cual no hago nunca. Prefiero exponer mi última alegación contra el caballo, que es la más seria de todas, porque afecta a su carácter moral. Me arriesgo a acusarlo, en su condición de servidor del hombre, de encubrimiento y traición. Lo denuncié públicamente como traidor, no importa lo mansos que parezcan sus ojos ni lo suave que sea su pelo, como traidor sistemático, pues,

siempre que tiene ocasión, traiciona la confianza que se deposita en él. Y a propósito, ¿qué pretendes ahora riéndote de mí y sacudiendo de ese modo la cabeza?

—¡Oh, Thomas, Thomas! —dijo Goodchild—. Mejor será que me des mi sombrero; mejor será que me dejes ir a buscarte esa medicina.

—Dejaré que vayas a buscar lo que quieras, incluyendo un sedante para ti —dijo Thomas, aludiendo con irritación a la infatigable actividad de su compañero—, si te quedas sentado cinco minutos más y terminas de escucharme. Te repito que el caballo traiciona la confianza que se deposita en él; y esta opinión, permíteme aclarártelo, está basada en mi experiencia personal, no en cualquier teoría superficial de tres al cuarto. Te pondré dos ejemplos, dos ejemplos concluyentes. Referente al primero te preguntaré: ¿cuál es el rasgo distintivo que el poni de las Shetland se ha atribuido a sí mismo, proclamado, además, al son de trompeta por todo el mundo, tanto en los medios populares como en los tratados de Historia Natural? Puedo leer la respuesta en tu rostro: la particularidad de su paso seguro. Simula tener también otras cualidades, como la resistencia y la fuerza, que quizá descubras si lo pones a prueba; pero lo único que pretende hacerte creer cuando lo montas es que puedes confiar plenamente en que no rodará por tierra contigo. Pues bien, hace unos años estuve en las Shetland con un grupo de amigos. Insistieron en que subiera con ellos a la cima de un despeñadero que presidía el mar desde gran altura. La distancia era larga, pero todos estaban resueltos a caminar hasta allí, excepto yo. Fui entonces más sensato de lo que he sido contigo en la Carrock y decidí valerme de un medio de transporte para llegar hasta el acantilado. En la isla no había ni siquiera caminos de carro, y nadie ofreció (en consonancia, supongo, con el estado de imperfecta civilización del país) una silla de manos o una litera, que era naturalmente lo que yo hubiera preferido. En cambio, trajeron un poni de las Shetland. Me acordé de mi Historia Natural, evoqué la creencia popular, y subí a lomos de la pequeña bestia, como cualquier otro hombre habría hecho en mi lugar, depositando una confianza tácita en la seguridad de su paso. ¿Y cómo me pagó él aquella confianza? Hermano Francis, traslada tu imaginación de la mañana al mediodía. Trata de concebir la imagen de un triste páramo de hierba y ciénagas flanqueado por pedregosas lomas de escasa altura. Elige un punto determinado de ese escenario imaginario y sitúame en él, con los brazos extendidos, la espalda curvada y los pies en el aire, precipitándome de cabeza en un charco negro de agua y lodo. Sitúa detrás de mí las patas, el cuerpo y la cabeza de un poni de las Shetland de paso seguro caído de bruces en el suelo,

y habrás obtenido la fiel representación de un hecho más que lamentable. Y la divisa moral de este cuadro, Francis, será testimoniar que cuando un caballero deposita su confianza en las patas de un poni de las Shetland, descubrirá a su propia costa que no se apoya sino en cañas quebradizas. Éste es mi primer ejemplo. Y dime, ¿qué tienes tú que decir al respecto?

—Nada, pero quiero mi sombrero —respondió levantándose, inquieto, con la intención de dar unos pasos por la habitación.

—Lo tendrás dentro de un minuto —prosiguió Thomas—. Mi segundo ejemplo... —Goodchild refunfuñó y volvió a sentarse—. Mi segundo ejemplo es más adecuado al momento y lugar presentes, pues se refiere a un caballo de carreras. Un par de años atrás, un buen amigo mío, deseoso de convencerme para que practicara ejercicio con regularidad, pero siendo consciente de la debilidad de mis piernas para no esperar de ellas gran cosa, me regaló uno de sus caballos. Al enterarme de que el animal en cuestión había comenzado su vida en las pistas de carreras, decliné el regalo con el debido agradecimiento, y añadí, a modo de explicación, que mi idea de un caballo de carreras era una especie de huracán hecho carne, sobre el cual ningún hombre en su sano juicio aspiraría a sentarse. Mi amigo replicó que, por mucho que mi comparación pudiera aplicarse a los caballos de carreras en general, sería del todo inadecuada en el caso del caballo con el que pretendía obsequiarme. Desde que era un potrillo, aquel notable animal había sido el más indolente y lento de su raza. Las pocas dotes que pudiera poseer para la carrera, las había guardado tan celosamente para sí mismo que por mucho entrenamiento que recibiera jamás las había puesto en práctica. Se había revelado exasperantemente lento como corredor y exasperantemente perezoso como cazador, y no servía para nada que no fuese una vida tranquila y cómoda junto a un caballero anciano o un inválido. Cuando escuché a mi amigo hablar así del caballo, debo reconocer que me encariñé con él. Ante mis ojos desfilaron atractivas imágenes de Thomas Idle montado plácidamente a lomos de un corcel tan holgazán como él mismo, presentando al agitado mundo el soporífero y monótono espectáculo de una especie de perezoso centauro, demasiado apacible en sus costumbres y maneras como para llamar la atención de nadie. Fui a la cuadra a examinar el caballo. ¡Gentil criatura! Se había dormido con un gatito en su lomo. Vi cómo un mozo lo sacaba a airearse. De haber llevado pantalones en las patas no las habría distinguido de mis piernas, con tanta flema las levantaba, con tanto cuidado las bajaba, con tanta lentitud las hacía avanzar por el terreno. En aquel preciso instante acepté el ofrecimiento de mi amigo. Me marché a casa; el caballo me siguió (en un

tren lento). ¡Oh, Francis, cuán devotamente creí yo en aquel caballo! ¡Con qué mimo le procuré sus pequeñas comodidades! Nunca había llegado al extremo de contratar a un criado para mí, pero no titubeé ante el dispendio que suponía contratar a uno que lo atendiese a él. Si pensé un poco en mí cuando compré la silla más blanda que encontré en el mercado, también pensé en mi caballo, pues al ofrecerme el hombre que me la vendió espuelas y una fusta, las rechacé con horror. Cuando, por lo tanto, me dispuse a hacer mi primera salida, iba desprovisto de cualquier artilugio para arrear a mi corcel. Él marchó a su paso durante todo el recorrido, y cuando al fin se detuvo, e hinchó ambos flancos con un profundo suspiro, y volvió su adormilada cabeza y miró atrás, lo conduje de nuevo a casa, como habría llevado a un niño ingenuo que me dijese: «Por favor, señor, estoy cansado». Este estado de placidez entre mi caballo y yo duró tan sólo una semana. Después, cuando él se hubo asegurado suficientemente mi confianza, cuando se hubo percatado de todas mis pequeñas debilidades como jinete (que son legión), la traición y la ingratitud latentes en su naturaleza equina afloraron en un instante. Sin la menor provocación por mi parte, sin que en aquel momento lo hubiera adelantado nada ni nadie, como no fuera un cochecillo tirado por un poni y conducido por una vieja dama, de soñoliento abatimiento se transformó en pura agitación frenética. Coceó, corcoveó, se estiró, corveteó, cabeceó, brincó horriblemente. Yo aguanté en la silla tanto tiempo como pude, y cuando ya no pude más, salí despedido. ¡No, Francis! No son circunstancias para que uno se eche a reír, sino para llorar. ¿Qué dirías si fuera un ser humano quien así correspondiera a mis atenciones? Busca en todo el resto del reino animal, ¿y dónde encontrarás un ejemplo de traición tan patente como aquél? La vaca que cocea a quien la ordeña puede tener motivos para ello; considerarse forzada en exceso a contribuir a la dilución del té de los humanos y al untado del pan de los hombres. El tigre que me salta encima de improviso puede tener un hambre voraz en aquel momento, por no hablar de la justificación posterior de que yo soy para él un perfecto extraño. La misma pulga que me sorprende en mitad del suelo puede justificar su picadura porque yo, a mi vez, estoy siempre dispuesto a asesinarla cuando estoy en vela. Desafío a todo el cuerpo de profesores de Historia Natural a que, mediante razonamientos lógicos, me hagan cambiar de idea con respecto al caballo. Aquí tienes tu sombrero, hermano Francis; tómallo y vete a la botica, si quieres, porque yo ya he terminado. Pídeme cualquier cosa que desees, salvo que me interese por las carreras de Doncaster. Pídeme que mire cualquier cosa que te plazca, salvo una aglomeración de personas animadas por sentimientos de naturaleza

amistosa y devota por el caballo. Tú eres un hombre bien informado, y has oído hablar de los ermitaños. Considérame un miembro de esta antigua hermandad y añadirás una más a las muchas obligaciones que Thomas Idle está orgulloso de deberle a Francis Goodchild.

Tras decir esto, fatigado por el esfuerzo de haber hablado tanto, el polemista Thomas agitó lánguidamente la mano, recostó la cabeza en el almohadón del sofá y cerró los ojos.

En posteriores ocasiones, el señor Goodchild asaltó intrépidamente a su compañero de viaje desde la inexpugnable fortaleza del sentido común. Pero Thomas se mantuvo en sus trece y continuó tan invulnerable mentalmente como siempre se había mantenido con respecto al tema que constituía su obsesión favorita.

La vista desde la ventana ha cambiado completamente después del desayuno del sábado. Las familias de los comerciantes ya han regresado. La joven esposa del dueño de la papelería sacude un plumero en la ventana del salón de los desayunos combinados; una niña juega con una muñeca donde el señor Thurtell se cepillaba el cabello; una sesión de lavado a fondo tiene lugar allí donde el señor Palmer se ponía los tirantes. En las calles, no queda ni un solo rastro de las carreras más que los carromatos y los coches destartados y los carretones cargados con las bancas de los puestos de bebidas y las mesas y los restos de los palcos, que salen de la ciudad tan deprisa como pueden. El Ángel, cuyo interior fue despejado para albergar el espectáculo y las aglomeraciones de la semana, empieza ya a restablecer cada cómoda y pulcra pieza del mobiliario en el cómodo y pulcro lugar que le corresponde. Las hijas del Ángel (los ángeles más simpáticos que los señores Idle y Goodchild vieran jamás, ni demasiado expertas en su trabajo ni afectadas por la manía de considerarse por encima de éste) disfrutan de un poco de tiempo para descansar y lucir sus alegres rostros entre las flores del patio. Es día de mercado. El mercado tiene un aspecto sorprendentemente natural, confortable y seguro; la gente del mercado también. Se diría que la ciudad está bastante recuperada, cuando de pronto, ¡jaaark!, un rebuzno metálico: ¡el Asno-Gong!

El miserable animal no ha desaparecido con el resto, sino que está allí, al pie de la ventana. Cuánto más inconcebiblemente borracho ahora, cuánto más ennegrecidas sus manos, cuánto más estrecho su atuendo de percal, cuánto más manchado y embarrado y sucio y cubierto de estiércol desde la horrible escoba de su cabellera hasta los tiernos dedos de sus pies, ¿quién podría

decirlo? Ya no consigue siquiera soltar su rebuzno sin bajar la jeta hasta tan cerca del barro de la calle que se derrumba en éste después de soltarlo. Ahora está tendido en el lodo, ahora vuelve a levantarse apoyándose en el escaparate de un comercio, cuyos propietarios salen aterrorizados a echarle de allí; ahora está ante la taberna, luego en el estanco, donde va a comprar tabaco, y entra en el local y se agencia un cigarro, que antes de un minuto se ha olvidado de fumar; ahora bailoteando, después dormitando, luego maldiciendo, y a continuación lisonjeando a Milord, al Coronel, al Noble Capitán, a Su Honorable Reverencia, el Asno-Gong retoza y jaranea y rebuzna de vez en cuando, hasta que súbitamente el mejor amigo que tiene en el mundo se aproxima por la calle.

El amigo más querido que tiene en el mundo el Asno-Gong es una especie de chacal de pelaje negro, deslustrado y sarnoso, compuesto por piezas tan pequeñas que parece estar hecho de botellitas de betún vueltas del revés y remendadas juntas. El amigo más querido del mundo (también inconcebiblemente borracho) avanza hacia el Asno-Gong con una mano en cada muslo, dando una serie de divertidos saltos alternados con paradas y sacudiendo la cabeza a medida que se aproxima. El Asno-Gong lo mira con atención y con el más cálido afecto, pero repentinamente se percata de que es el mayor enemigo que tiene en el mundo y, en su turbación, le suelta un fuerte porrazo. El atónito chacal arremete contra el asno, y ruedan una y otra vez por el barro dándose puñetazos el uno al otro. Un inspector de policía, dotado de una paciencia infinita, que ha estado observándolos hace ya rato desde las escaleras del Ayuntamiento, le dice a un esbirro:

—¡Tráelos aquí! ¡Enciérralos!

Apropiado final para la Gran Semana de Carreras. El Asno-Gong, cautivo y sin dejar rastro, encerrado en prisión, donde lo mejor que pueden hacer es guardarlo hasta la siguiente semana de carreras. El chacal está asimismo reclamado y lo han buscado por todas partes. Pero, como ha tenido la suerte de no llamar tanto la atención en el momento de la captura, su búsqueda se ha desvanecido en el aire.

El sábado por la tarde, el señor Goodchild sale de paseo y va a contemplar la pista. Está completamente desierta: montones de trozos de loza y de botellas se hallan esparcidos en memoria suya; y programas oficiales y otros trozos de papel revolotean por los alrededores, como los librillos de ordenanzas que los soldados franceses llevaban en el pecho y que podían verse, poco después de haberse librado la batalla, correteando ligeramente por la llanura de Waterloo.

¿Serán las presentes páginas, igualmente ligeras, esparcidas por los ligeros vientos, hasta que algún día las últimas acaben extraviadas y olvidadas? Una ociosa pregunta y un pensamiento ocioso; y con ellos efectúa el señor Idle su saludo de despedida, y el señor Goodchild efectúa el suyo, y de este modo termina el Ocioso Viaje de Dos Aprendices Holgazanes.



CHARLES DICKENS (1812-1870) fue el novelista inglés más popular del siglo XIX y un implacable observador de las miserias de la sociedad victoriana. De su extensa obra, cabe destacar: *Los papeles póstumos del Club Pickwick* (1836), *Oliver Twist* (1837), *David Copperfield* (1849), *Casa desolada* (1852) y *Grandes esperanzas* (1860).



WILKIE COLLINS (1824-1889) fue un prolífico escritor inglés, y está considerado uno de los creadores del género policíaco y de misterio. Sus obras más conocidas son, entre otras, *La dama de blanco* (1860), *Armadale* (1866) y *La piedra lunar* (1868).

Notas

[1] *Sir* Richard Whittington (1354-1423) fue un rico comerciante que ocupó el cargo de lord mayor de Londres. La leyenda popular cuenta que salió de la pobreza gracias al dinero que le reportó la venta de su gato en un país invadido por las ratas. (*N. del E.*) <<

[2] Rob Roy, ganadero escocés del siglo XVIII, conocido por luchar contra el robo de ganado, habitual en aquella época. Es el Robin Hood de los escoceses. (*N. del E.*) <<

[3] Literalmente, «salpicadura». En sentido figurado, «mancilla, calumnia, desdoro». (*N. del T.*) <<

[4] Protagonista de un cuento popular inglés que, una noche, deja unas semillas de habichuela en el suelo de su habitación, sin saber que tienen poderes mágicos. A la mañana siguiente, la mata de habichuelas se eleva a las alturas y Jack trepará hasta llegar a un castillo habitado por un temible gigante. (*N. del E.*) <<

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Sobre los autores